

CAROLYN  
CONNOR

Una  
*esposa*  
para  
NAVIDAD

Una  
*esposa*  
para  
NAVIDAD

CAROLYN  
CONNOR

 *Grupo*  
Romance  
EDITORIAL

1º Edición Noviembre 2021

©Carolyn Connor

**UNA ESPOSA PARA NAVIDAD**

©2021 EDITORIAL GRUPO ROMANCE

© Editora: Teresa Cabañas



Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

**Gracias por comprar este ebook.**

# Índice

[Prólogo](#)  
[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)

## Prólogo

*Providence, 1886*

Como cada día, Hope estaba en la cocina preparando todo lo necesario para hacer la comida. Bajo la luz de la mañana, cortaba verduras mientras tarareaba y revisaba el pollo en el horno para que quedara perfecto.

Le gustaba su vida sencilla y tranquila, aunque no fuera la habitual para una muchacha de su edad.

La familia poseía una pequeña, pero cómoda casa, en un barrio situado no muy lejos del centro del pueblo. Su ubicación les permitía tener cierta intimidad y a la vez estar cerca de las tiendas, la iglesia y el mercado.

Pero Providence no era su ciudad natal. La familia Dobbs se había mudado de Boston hacía ya casi tres años, cuando a su padre Edward Dobbs le ofrecieron un trabajo como encargado del mantenimiento de la presa de esa ciudad.

Un trabajo que les permitió empezar de nuevo y dejar atrás todo el dolor que habían sufrido.

A Hope no le gustaba recordar sus dos últimos años en Boston, le traía el recuerdo de la muerte de su madre Madelene. Una mujer dulce y buena que falleció por culpa de unas fiebres, y que la dejó al cuidado de su padre y del pequeño de la casa: Harry, de tan solo dos años.

Desde esa trágica muerte, Hope se había convertido en la hermana y en la madre de Harry, a pesar de que ella, por aquel entonces, solo contaba con quince años.

Ahora, cinco años después, Harry ya era un niño de siete años y ella una mujer de veinte primaveras. Sabía que pronto tendría que casarse, pero estaba en una encrucijada de la que no encontraba salida.

Por una parte, no podría permanecer soltera por mucho tiempo, si quería formar su propia familia; pero tampoco podía abandonar a su padre y a Harry cuando estaban tan unidos y tanto la necesitaban.

Tampoco podía imponer a su futuro esposo que vivieran los cuatro juntos, al no ofrecerles la intimidad necesaria en un matrimonio.

Por ese motivo, el tiempo pasaba y Hope seguía soltera.

Pero ante una mañana tan espléndida como esa, ningún problema parecía importante. El sol estaba en lo alto del cielo y todo indicaba que el buen tiempo del verano se negaba a marcharse.

—Bueno, esto ya está —declaró satisfecha al haber terminado de preparar las verduras.

Ahora solo le quedaba esperar a que el asado estuviera y cocer las verduras que lo acompañarían.

Decidida se apartó del mostrador para coger una olla cuando la puerta de la cocina, que comunicaba al patio trasero, se abrió de golpe.

—¿Ya está la comida?

Como si se tratara de un huracán, Harry entró en la cocina, completamente despeinado y con las ropas sucias y arrugadas.

Al verlo Hope suspiró, pues era una tarea imposible mantener a su hermano limpio.

—Harry, ¿cuántas veces te he dicho que te limpies el barro de los zapatos antes de entrar en casa?

—No lo sé, han sido tantas que ya ni las cuento.

A Hope le encantaba el espíritu inquieto y travieso de su hermano, aunque en ocasiones como esta lo que de verdad deseaba era estrangularle. Quiriendo asustarle, Hope cogió la cuchara de palo y la osciló delante de su cara.

—Pues será mejor que te acuerdes o la próxima vez te voy a dar con esto en el trasero.

Harry la miró a la cara con ojos apesadumbrados y Hope supo que estaba perdida. Harry podía hacer todas las travesuras del mundo, pero cuando le ponía esos ojillos lastimeros estaba perdida. Y por como la observaba el granuja, este lo sabía.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo exasperada mientras dejaba la cuchara de palo sobre el mostrador.

—No me has contestado. ¿Está la comida?

—No, le falta media hora. Así que aprovecha este tiempo para lavarte y recoger tu cuarto.

Harry no pareció haber escuchado esto último, pues se acercó a ella con una brillante sonrisa.

—¿Qué tienes en las manos? —preguntó Hope cuando vio que su hermano mantenía las manos unidas, una sobre la otra, como haciendo una pequeña prisión entre sus dedos.

Ensanchando la sonrisa, Harry se le acercó otro paso y alzó las manos hasta dejarlas frente a la cara de Hope. Luego, orgulloso, abrió las manos revelando un gran sapo sentado entre sus palmas, con la piel nudosa y verrugosa, ojos de color ámbar brillante y pequeños dedos palmeados.

—¡Puaj! ¡Harry! —gritó, alejándose de él—. ¿Por qué tienes eso?

—Voy a hacerle una broma a papá —declaró convencido—. Tengo que buscar un buen escondite donde dejar al sapo hasta la hora de comer.

—Ni se te ocurra tener esa cosa dentro de la casa. Y menos aún en mi cocina.

—¿Por qué no? Es solo un sapo.

—Por eso mismo. No puedes...

—Te hace falta ese molde que está sobre la mesa —le interrumpió Harry, pues no prestaba atención a sus palabras.

—Claro que me hace falta.

—Entonces lo guardaré dentro de una cacerola.

—¡De eso nada!

La pequeña criatura trató de escapar de las manos de Harry que se esforzó por mantenerlo bien sujeto.

Desesperada, Hope se puso firme al no estar dispuesta a consentir que ese animal siguiera sufriendo. Por no mencionar que le daba asco. Aunque, por supuesto, no podría demostrar su animadversión por el sapo, o todos los días se encontraría uno escondido en algún lugar de la casa. De eso estaba segura, pues solo hacía un día que su padre, mientras comían, le confesó a Harry su miedo a estas criaturas y Harry ya había encontrado uno para asustarle. Y solo Dios sabía de dónde lo habría conseguido.

—¡Harry! ¡Saca a ese pobre sapo de la cocina! —indicó Hope.

Harry la observó sonriendo y haciendo que sus mejillas, normalmente rojas, se enrojecieran aún más. Con su cabello rojo rizado, sus pecas, sus ojos verdes y sus hoyuelos, Harry parecía la viva imagen de un duendecillo irlandés.

El cabello de Hope, sin embargo, era una mezcla entre el de su padre rubio y su madre pelirroja, y sus pecas ya no se le notaban tanto. Algo que ella agradecía pues, aunque eran encantadoras en su hermano, en su cara no le resultaban tan interesantes. Lo que sí compartía con su hermano era su mirada de color verde jade.

—¿Por qué no puedo tener un sapo en la cocina? —inquirió el pequeño—. Tú traes muchos animales y yo no te digo nada.

Hope suspiró, luego tomó aire y contó hasta tres para tranquilizarse.

—Los pollos, los peces, las perdices y los conejos son para comer, no para tenerlos de mascota en la cocina.

Harry miró con asco al pobre sapo que lo observaba con ojos inexpresivos.

—Entonces, ¿si quiero tener al sapo en la cocina hasta que venga papá, luego tendré que comérmelo?

Hope estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo y continuó mirándolo serio.

—¡Eso es algo asqueroso! ¡No pienso comérmelo! —soltó Harry enfurruñado.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer...

El sonido estridente de la puerta al abrirse de golpe y chocar con la pared hizo que se callara.

—Coge todo lo que puedas de valor y salir corriendo al bosque. —La voz alterada de su padre estremeció a Hope y a su hermano.

—¿Qué pasa, papá?

Edward estaba visiblemente alterado, así como sudoroso. Parecía que había llegado corriendo, y por la expresión de espanto de su rostro, no parecía traer buenas noticias.

—Ahora no hay tiempo para que te lo explique. Solo coge lo que te he dicho y marcha al bosque.

Cuando Edward, aún en la puerta de la cocina vio que ninguno de sus hijos se movía, les gritó:

—¡Queréis hacerme caso!

Edward odió los rostros asustados de sus hijos, pero no había tiempo para explicaciones. Si quería salvarlos debían darse prisa o sería demasiado tarde.

—Por favor. —Cambió su tono de voz y se mostró más dulce—. Tengo que seguir avisando a la gente. Vosotros solo hacerme caso.

Hope asintió mientras se acercaba a su hermano. No sabía por qué, pero algo en la expresión de la cara de su padre le indicaba que tenía que protegerlo.

—Os quiero —señaló su padre con ojos vidriosos. Y mirando a Hope le dijo—: Cuida bien de tu hermano.

Después la sirena del pueblo comenzó a sonar y su padre se marchó dejándolos solos en la cocina.

—¿Qué sucede? —se preguntó.

Hope trepidaba a causa del miedo. Algo muy grave debía de estar pasando. Con las piernas temblando se asomó por la ventana y vio a gente apurada que salía de sus casas. También observó a su padre corriendo calle arriba mientras gritaba que se pusieran a salvo en el bosque. Pero él no huía desesperado en esa dirección, sino todo lo contrario. Corría hacia la presa.

—¡La presa!

Sin perder ni un segundo más Hope fue hacia la habitación de sus padres y con manos temblorosas abrió el pequeño joyero de su madre. En su interior había un par de pendientes, un broche y un collar de perlas.

Sin detenerse a pensar, metió todo en su bolsillo y regresó a la cocina donde Harry permanecía en el mismo sitio, llorando y con el rostro pálido y asustado.

—¿A dónde ha ido papá? —preguntó el pequeño.

—Creo que a la presa —le contestó.

Sin más, lo cogió de la mano y tiró de él hacia el exterior de la casa. Más personas habían salido de sus hogares y miraban frenéticas a su alrededor, como si esperaran que en cualquier momento algo espantoso llegara al pueblo.

Otras, sin embargo, habían decidido huir tras escuchar la sirena de aviso de la presa y corrían hacia el bosque lo más rápido posible.

El caos entre los que se quedaban parados sin saber qué hacer, los que escapaban asustados y los que cargaban carros con sus pertenencias llegó a ser tan grande, que resultaba difícil andar por la calle sin chocar con alguien.

Hope pensó si debía detenerse e informar a los menos osados para que se marcharan, pero al mirar a su hermano supo que lo único que podía hacer era ponerlo a salvo.

—Harry —llamó a su hermano para que le prestara atención—. Ahora tienes que agarrarte fuerte a mi mano y correr lo más rápido que puedas. Y si por algún motivo nos separamos...

—¡No! —la interrumpió Harry llorando.

—Escúchame con atención, si nos separamos, corre lo más rápido que puedas hacia el bosque y súbete a un árbol. ¿Lo entiendes?

Harry asintió y se secó las lágrimas de su cara con la manga.

—Te juro que si nos separamos te encontraré —le prometió Hope para que Harry no estuviera tan asustado.

Y sin más, Hope comenzó a correr por la calle en dirección al bosque.

Mientras lo hacía, no quería pensar en la gente que se quedaba atrás, ni en su padre; solo podía pensar en apresurarse y en sujetar fuerte la mano de Harry.

«Corre, corre», pensaba.

Apretaba la mano de su hermano tan fuerte, que sabía que le estaba haciendo daño. Aun así, no la aflojó y agradeció en silencio a Harry que no protestara ni se parara.

Apenas les quedaban unos metros para salir del pueblo, cuando escucharon un fuerte y atronador crujido que resonó por todo el valle. Hope estaba sin aliento, pero no se detuvo para mirar hacia atrás. Ese sonido indicaba que algo horrible había sucedido y que el tiempo para ponerse a salvo, se les acababa.

De pronto, Harry tropezó y cayó al suelo. Delante de ellos estaba el bosque, y a sus espaldas, un sonido estridente que cada vez sonaba más cerca.

—Vamos Harry —le animó a que se levantara y continuara.

Cuando miró los ojos de su hermano vio tanto horror y tristeza que su corazón se partió. Harry era muy pequeño,

pero entendía lo que estaba pasando. Incluso, si lo pensaba con claridad, estaba segura de que todas las personas del valle ya lo sabían, pero solo unas pocas se atrevían a admitirlo y corrían hacia el bosque.

—Se ha roto la presa —alguien gritó tras ellos confirmando sus peores temores.

El agua llegaría hasta ellos en cuestión de segundos y los ahogaría. Pero Hope no estaba dispuesta a parar, no cuando tenía que salvar a su hermano como su padre le había pedido.

Miró hacia atrás y vio cómo una enorme ola de agua se precipitaba ladera abajo escapando de su confinamiento. Resultaba impactante observar esa enorme cantidad de agua fluyendo a toda velocidad montaña abajo, sin que pudiera hacerse algo para impedirlo.

A Hope le hubiera gustado gritar y que su padre la abrazara, pero no podía aflojar su determinación. Ella era lo único que tenía su hermano para salvarse, y aunque le costara su propia vida, estaba dispuesta a hacerlo.

Con esfuerzo, consiguió mover sus pies, los cuales parecían pegados al suelo, y temblorosa cogió en brazos a su hermano y continuó corriendo.

Notaba cómo la tierra temblaba cada vez más y supo que la ola gigantesca estaba cerca.

Ya habían conseguido llegar al bosque, pero necesitaban encontrar un terreno más elevado. Sus fuerzas la estaban abandonando y no creía que pudiera seguir aguantando.

De pronto, escuchó gritos tras ella, así como crujidos, y supo que la ola había llegado al pueblo. Pensó en todas esas personas que había visto paradas en sus porches, con la mirada perdida. Sintió como su cuerpo se estremecía.

El estruendo tras ella fue tan fuerte, que supo que la ola estaba arrasando todo a su alrededor. Casas, tiendas, personas, todo lo que conocía estaba siendo engullido por el agua.

«Y la presa», se recordó. También habría sido destruida y con ella... su padre.

—Papá —susurró entre lágrimas al necesitarle. Temía no ser lo suficientemente fuerte para poner a su hermano a salvo.

Entre sollozos escuchó a Harry llorando y notó cómo este se aferraba a ella con todas sus fuerzas. Y lo supo. Tenía que ser fuerte y protegerlo, costara lo que costara. Su hermano solo la tenía a ella y no pensaba defraudarle.

—Lo vamos a conseguir, Harry. Papá y mamá nos ayudarán.

Resoplando por el esfuerzo, comenzó a subir con más brío la pendiente, hasta que vio como una pareja que corría delante de ellos se subía a un árbol.

A su alrededor, otras personas optaban por seguir corriendo para alejarse lo máximo posible, pero Hope comprendió que apenas le quedaban fuerzas para continuar.

Si decidía seguir corriendo, podía acabar demasiado cansada para trepar o para resistir el envite del agua cuando les alcanzara.

Tenía que tomar una decisión en un segundo y así lo hizo. Se paró en un árbol robusto y alto y se dejó caer de rodillas al suelo.

—Tienes que subir al árbol —le dijo a su hermano.

Hope sabía que Harry treparía sin esfuerzos, pues era algo que le encantaba hacer. Sin embargo, ella con sus faldas y su cansancio, no lo tendría tan fácil.

—Vamos Harry —le instó, apartándole los brazos de su cuello.

Tembloroso, Harry la miró y asintió sin decir nada.

A Hope le hubiera gustado abrazarlo y consolarlo con palabras tiernas, pero no había tiempo. Ahora, lo importante era salvarse, después vendrían los abrazos.

Para ganar tiempo, alzó a Harry por la cintura y lo observó subir. El rugido del agua estaba cada vez más cerca y sabía que le faltaba poco para que los alcanzara.

Los gritos ya apenas se escuchaban en la lejanía, así como tampoco se oía el canto de los pájaros o cualquier otro sonido que no fuera el del agua. Darse cuenta de que el cese de los gritos solo podía significar que la gente del pueblo ya estaba muerta, la estremeció, y le hizo desear estar en otro lugar donde la muerte no la acechara.

Sin saber por qué, miró hacia atrás, y lo que contempló la dejó paralizada por el horror. Providence había sido sepultada por la gigantesca ola y solo podía verse el campanario de la iglesia.

Pero eso no fue lo peor, lo que de verdad la asustó, fue ver como la ola estaba mucho más próxima a ella de lo que esperaba.

Desesperada, comenzó a subir el mismo árbol donde se encontraba Harry. Notaba como la áspera corteza dañaba sus manos y como se desgarraba su ropa. Pero no le importó y continuó subiendo.

Harry estaba trepando justo delante de ella, con más agilidad.

—Sube todo lo que puedas —insistió Hope, con el fin de darle ánimos.

Sentía las manos pegajosas, pero no cesó. Continuó sin descanso cuando escuchó más gritos cerca de ella.

Subió con determinación y rezó a Dios para que los salvara, no solo a ella, sino a toda la gente que estaba a su alrededor. A los que se quedaron atrás y a los que iban más adelantados.

De pronto, notó como el árbol se tambaleaba y desesperada aferró el cuerpo de su hermano. Habían llegado lo más alto que podían y solo esperaba que fuera suficiente.

—Agárrate con fuerza. —Había conseguido su propósito. Estaban en la parte más elevada y solo les quedaba esperar.

Rezó cuando sintió el agua fría mojando su ropa y supo que el tiempo se les había acabado. Ahora estaban en manos de Dios y solo él podía salvarlos.

Cerca de ellos, vio el cuerpo inmóvil de un hombre flotando en el agua y sintió deseos de gritar. Necesitando consuelo buscó a la pareja que se había subido a un árbol, y se quedó horrorizada. El agua lo había sacudido con más fuerza y estaba más inclinado. Tal vez fuera, porque soportaba más peso al tener dos personas adultas aferradas a su tronco, o porque el árbol era más estrecho. Lo único que Hope sabía, era que la mujer permanecía agarrada al tronco con una mano, y con la otra trataba de sujetar al hombre para que la corriente no se lo llevara.

Y un segundo después, las manos se separaron y el hombre fue brutalmente apartado de una desconsolada mujer, que tuvo que observar mientras gritaba, como su compañero era empujado por las aguas contra el tronco de otro árbol.

La fuerza con que fue empujado fue tan brutal, que se pudo escuchar con total claridad el crujido de su espalda al romperse. Después, el cuerpo se alejó inmóvil y laxo siguiendo la corriente.

Desesperada por un poco de esperanza continuó rezando, sin perder de vista a su hermano. Si eso le sucediera a Harry, si la corriente se lo llevara, ella se lanzaría a por él sin pensárselo. No porque fuera muy valiente, sino todo lo contrario, era demasiado cobarde para enfrentarse a la vida sola. Como la mujer del otro árbol.

Después de lo que pareció una eternidad, el agua comenzó a bajar y su fuerza descendió de intensidad. El peligro parecía que había pasado.

Ahora solo quedaría descubrir quien había sobrevivido y quien había muerto.

Hope no tenía muchas esperanzas de encontrar a su padre con vida.

# Capítulo 1

*Últimos días de agosto, 1888*

**H**abían pasado dos años, dos dolorosos años desde que Hope perdió a su padre en la rotura de la presa. Desde ese día, su vida y la de Harry habían cambiado para siempre. No solo al quedar huérfanos en una ciudad destruida, sino porque desde ese día la familia Dobbs se convirtió en el centro de todas las culpas por la tragedia.

No importaba que se demostrara que su padre no había tenido la culpa y que hubiera fallecido en la inundación. La ciudad solo sabía que él era el ingeniero jefe de la presa y esta se había roto.

Mirando a través de la ventana de su pequeño cuarto alquilado, Hope observó que la calle aún estaba desierta. El sol hacía poco que había salido y la ciudad comenzaba a despertarse; por el momento, parecía que solo ella estaba de pie.

Le gustaba esa sensación de paz que le traía cada amanecer, pues se preguntaba si ese día sería distinto y su suerte cambiaría. Era como si todo comenzara, y tuviera ante ella un futuro lleno de posibilidades. Después, simplemente el sol continuaba saliendo, la gente se levantaba y su triste rutina volvía de forma repetitiva.

Esa mañana se había levantado más melancólica de lo normal y el recuerdo de aquel día la atormentaba.

Harry y ella habían logrado sobrevivir, al contrario que la mayoría de los habitantes de Providence.

Tras esperar durante horas a que el agua se calmara y comenzara a bajar, se tuvieron que enfrentar a calles embarradas, cuerpos muertos rodeándoles y a su casa destruida. Y por si fuera poco su desgracia, también tuvieron que aguantar las miradas de desaprobación y desprecio de muchos, así como voces entrometidas que cuchicheaban a sus espaldas y ojos que los miraban con rencor.

Hope no podía enfadarse por ese recibimiento al entender su rabia ante la pérdida; pero lo que no comprendía, era que no se olvidaran de este odio y se desfogaran con su hermano Harry, quien era demasiado pequeño para entender lo que había sucedido.

De hecho, Harry sufrió tal trauma, que durante el primer año se negó a hablar y apenas salía de casa. Fue un año muy duro para Hope, pues además se vio obligada a vender las joyas de su madre. Los únicos recuerdos que tenía de ella y lo poco que le quedaba de su pasado.

Pero el dinero no les duró mucho y, cuando se acabó, tuvo que buscar un alojamiento más barato, un trabajo, cuidar de su hermano y aguantar los desplantes de la gente. Todo ello, sin tener un hombro en el cual llorar y esforzándose para sonreír delante de Harry.

Fue muy duro para ella darse cuenta de que estaba sola y que nadie la ayudaría o le haría la vida más fácil. Todas sus amistades les dieron la espalda y la gran mayoría de la gente les cerraron sus puertas.

Sola y sin ayuda, tuvo que alojarse en una pequeña habitación, con una sábana que separaba la cocina de la única cama. Ni siquiera tuvo tiempo de llorar la muerte de su padre, ya que justo después de su entierro tuvo que enfrentarse a la realidad. Ahora Hope era todo lo que Harry tenía y dependía de ella que pudieran salir adelante.

Una carga que le oprimía el corazón, todos los días le preocupaba que no tuvieran nada para comer o que acabaran en la calle.

Providence se había convertido en una especie de prisión que cada día la consumía más.

Resignada, Hope preparó las gachas para el desayuno. Ese día no habría suficiente para los dos y se las dejaría todas a Harry. Quizás con suerte, ella podría pedir una galleta mientras limpiaba la cocina de la viuda Garret, o quizás cuando trabajara en la tienda de suministros del señor Benson pudiera pedirle alguna cosa para comer.

El ruido de los zapatos de Harry al ser arrastrados puso en aviso a Hope. Su hermano se acercaba, y como cada mañana, tendría que esforzarse para poner una sonrisa al recibirlo.

—Parece que se te han pegado las sábanas —dijo ella.

Harry no levantó la cabeza para mirarla y simplemente se sentó en su silla.

—¿No vas a decirme nada? —le preguntó Hope mientras se le rompía el corazón al verlo tan triste y abatido.

Harry negó con la cabeza y se quedó quieto esperando su tazón de gachas. Cinco minutos después, con el tazón medio lleno y las gachas ya frías, Harry por fin levantó la cabeza para mirarla.

—¿Tengo que ir hoy al colegio?

—Sabes que sí.

—Pero... ya sé leer y escribir y podría ayudarte.

Hope se acercó a él y le acarició el cabello. Entendía a su hermano, pues ella misma deseaba quedarse en casa y no tener que enfrentarse a la censura del pueblo. Pero sabía que no podían hacerlo, no si querían comer cada día.

—Me eres de mucha ayuda, Harry; pero tengo que trabajar y no puedes quedarte aquí solo todo el día.

—Ya no soy un niño. No pasa nada porque me quede solo —le contestó refunfuñando.

No era la primera vez que tenían esta conversación y Hope sabía que tampoco sería la última.

—Cada uno tiene sus obligaciones y tú tienes que cumplir las tuyas.

Malhumorado, Harry continuó comiendo sus gachas, sin querer mirar a su hermana. Quería demostrar su enfado y que no compartía sus opiniones. Pero lo que Harry no sabía era que Hope también deseaba con desesperación quedarse encerrada en casa todo el día, a salvo de rumores, miradas y desprecio. De una vida vacía y de un trabajo que apenas le daba para comer y pagar el alojamiento.

Hope miró a su alrededor, a su pequeño cuarto alquilado y supo que no podría soportar otros dos años en esa ciudad. Poco a poco los estaba consumiendo, y si no hacía algo en breve, se les agotarían las pocas fuerzas que les quedaban y solo serían sombras de las personas que fueron.

Unos seres tristes y amargados que vivían sumidos en su propio infierno. ¿Pero qué podría hacer? ¿Qué salida tenía una mujer soltera de veintidós años con un niño a su cargo?



Tres horas después, tras haber dejado a Harry en el local que hacía de colegio y haber jabonado la cocina de la viuda Garret, Hope se encaminaba por la calle principal a la tienda de suministros del señor Benson.

—Ahí está la hija de ese asesino —escuchó Hope a sus espaldas.

Hope sintió como su corazón daba un vuelco, como ocurría cada vez que escuchaba decir que su padre era un asesino. No soportaba que lo llamaran así, pero ya había aprendido por las malas que lo mejor que podía hacer era ignorarlas.

Apretando su mandíbula continuó caminando aunque sin agachar la cabeza. Podían decir lo que quisieran de su familia, pero ella sabía la verdad y estaba muy orgullosa de su padre.

Mientras se acercaba a la tienda de suministros, observó al señor Benson sentado en su vieja mecedora. Verlo le hizo sonreír y aligeró el paso.

—¿Qué dijeron esta vez? —preguntó el anciano en su tono grave, antes de que Hope tuviera tiempo de darle los buenos días.

—Lo mismo de siempre —le contestó parándose a su lado.

Como cada mañana, el señor Benson se sentaba en la acera de su tienda a leer el periódico y fumar su pipa. Hope le tenía mucho cariño, pues a pesar de su habitual ceño fruncido y su cara gruñona, fue la única persona que verdaderamente la ayudó después de la tragedia.

Le ofreció un trabajo en su tienda como su ayudante, aunque Hope sabía que en realidad el señor Benson no necesitaba de sus servicios y que apenas podía pagarle. Pero fue el único trabajo decente que le propusieron, aparte

del de la viuda Garret, que se aprovechaba de su necesidad y le remuneraba una miseria por su trabajo.

Pero en la tienda se sentía bien, sobre todo porque se pasaba la mayor parte del día en la trastienda, ordenándolo todo, barriendo y haciendo pedidos.

—Tienes que dejar de permitir que todo esto te afecte —le dijo, como lo llevaba haciendo desde dos años atrás.

—Lo sé, pero aunque lo intento no puedo soportar que digan esas cosas de mi padre.

—Tu padre era un buen hombre. Tú lo sabes, yo lo sé, y aunque ellos se nieguen a creerlo, también lo saben.

Hope notó que las lágrimas comenzaban a picarle en los ojos y decidió que ya había sufrido bastante humillación ese día, como para que la vieran llorar.

—Voy a la trastienda. Si necesita algo...

—Gritaré y tú vendrás corriendo —dijo él.

Su comentario estuvo a punto de hacerla sonreír y le agradeció en silencio su amistad. Estaba segura que, de no ser por el señor Benson, no solo estarían Harry y ella en la calle y hambrientos, sino que la desesperanza habría podido con ella.

—Así es. Y no se preocupe por gritar como una chica. No se lo diré a nadie —bromeó Hope.

La risita del señor Benson sí consiguió que sonriera; y por un instante, el sol de esa mañana iluminó su mundo.

Hope ya se encaminaba al interior de la tienda cuando el señor Benson la detuvo.

—Te he guardado algo que creo que te puede interesar. Está escondido dentro del cajón del mostrador.

Hope no supo qué decir al no esperar que le diera nada. Solían esconder en ese cajón cartas y artículos que la gente de Providence prefería mantener en privado, por lo que Hope no imaginaba de qué podía tratarse.

Con pasos resueltos se acercó al mostrador, y llegó hasta el cajón indicado. En su interior se encontró con un ejemplar de *The Marriage Time*. Un periódico de ámbito nacional especializado en novias por correo.

Desconcertada, Hope ojeó el periódico y leyó algunos anuncios de hombres buscando esposa. En su gran mayoría eran personas del oeste y solían pedir lo mismo: una mujer que supiera llevar la casa, dulce y educada.

Le llamó la atención que una fémina quisiera casarse con un desconocido, y se preguntó qué podría impulsar a alguien a realizar algo tan imprudente como cruzar el país para desposarse con un extraño.

Y la respuesta le vino en el acto: «una mujer tan desesperada por cambiar de aires como tú».

—No es una idea tan mala. —La voz del señor Benson tras ella la sobresaltó, al no haberlo escuchado acercarse.

—¿Cuál?

—La de casarte e irte de aquí. En Providence ya no te queda nada y tienes que pensar en tu futuro y en el de Harry.

—No creo que nadie acepte a una esposa y al hermano pequeño de esta.

—Eso no lo sabes.

Pero algo dentro de ella lo sabía. Aun así, la idea de comenzar de nuevo en otro lugar y ser la esposa de un ganadero o ranchero le atraía. ¿Pero y Harry? No podía dejarlo en Providence. Eso jamás.

—Estos anuncios son para mujeres en otras circunstancias —repuso ella queriendo zanjar así el tema.

—¿Qué otras mujeres? Otras que vivan en un lugar que las hace infelices, donde nunca encontrarán un marido y un futuro digno. Niña, si alguien necesita contestar un anuncio de esos, esa eres tú.

Hope miró el periódico que aún sujetaba entre sus manos y se permitió pensar por un segundo qué sucedería si respondía a una carta.

Tenía veintidós años, y estaba muy claro que nadie de Providence le pediría matrimonio. Además, tenía que pensar en el futuro. No podría pasarse toda la vida en ese cuarto y ayudando al señor Benson por un pequeño sueldo. Sabía que él estaba haciendo un gran sacrificio para poder pagarle, y no sabía hasta cuándo podría permitirse darle su sueldo.

Pero, por otra parte, ¿podría casarse con un extraño? ¿Y qué haría con Harry?

De nuevo el problema de Harry le impedía seguir adelante con esta idea.

—Piénsatelo. No es algo que tengas que hacer de inmediato —le aconsejó el señor Benson.

Hope descubrió que su curiosidad por ese tema iba en aumento; pero, por el momento, tenía que dejarlo a un lado. Aún no estaban tan mal para hacer algo tan drástico. Todavía algo podría cambiar.

Aunque algo dentro de Hope sabía que no podía quedarse allí para siempre. No en un lugar donde la angustia

parecía volverse cada vez más pesada.

## Capítulo 2

*Polson, Montana,*

*Últimos de agosto, 1888*

**M**ark se secó el sudor de la frente. Llevaba horas trabajando en su granja y estaba a punto de terminar. Tenía la camisa sudada y la garganta seca, pero quería acabar antes de acercarse a la bomba de agua del patio. Allí se echaría un buen trago de agua fría y metería la cabeza debajo del chorro.

Pensar en refrescarse le hizo suspirar, pero continuó ocupándose de sus tierras. Era todo lo que tenía y por nada del mundo las dejaría desatendidas.

Había heredado su granja de sus padres, hacía ya ocho años, y desde entonces su vida había consistido en trabajar y tratar de no recordar lo solo que se sentía.

Desde que él y su hermano mayor Owen eran pequeños, sus padres les habían enseñado a valorar lo que tenían y a amar ese lugar. Pero fue Mark el que de verdad comprendió la importancia de tener un sitio que considerara suyo.

Volver atrás en el tiempo, lo llevó a cuando era un niño y adoraba a su hermano. Apenas se llevaban tres años de edad y lo seguía a todas partes. Esa época fue muy feliz y lo siguió siendo hasta que ya de adulto conoció a una joven llamada Bethany. Era una muchacha bonita y sonriente que le hacía pensar en asentarse y tener su propia familia.

Hasta que ocurrió el incidente y sus sueños de ser feliz y formar un hogar se evaporaron.

Solo, a sus veintiocho años de edad, Mark alzó su mirada y miró al cielo. Si pudiera echar marcha atrás en el tiempo, quizás...

Pero era inútil quedarse atrapado en los deseos, sabía por experiencia que eso solo le traería dolor y le haría sentirse triste.

Cuando esto sucedía se decía a sí mismo que era afortunado. Poseía unas tierras fértiles y ricas, formadas en su mayoría por campos de maíz. También tenía vacas, un buen puñado de gallinas, un par de cabras y a su caballo Polizón.

Todo ello le hacía vivir cómodamente a unas millas del pueblo, donde respetaban su deseo de soledad y apenas lo importunaban. Aunque sospechaba, que la verdadera causa de que lo dejaran en paz era porque no querían saber nada de él.

Pero eso no le importaba, pues él tampoco quería saber nada de ellos.

Este aislamiento autoimpuesto le ofrecía una vida pacífica y sencilla. El trabajo lo mantenía concentrado y conseguía que su mente estuviera clara. Además, con una granja de ese tamaño, no tenía la necesidad de contratar mano de obra adicional para que lo ayudara con sus tareas diarias. Le gustaba así, pues cuanto menos tiempo pasara con la gente, mejor.

Los animales y las plantas eran fáciles de entender. Las personas, al menos los que Mark conocía, eran criaturas muy impredecibles y violentas. Quizás te profesen su amor un día y luego te traicionen al día siguiente.

Eso le recordó la reserva india de los Flathead que se encontraba cerca de su granja. Desde el incidente no había vuelto a ver a un indio en su propiedad y él tampoco se acercaba a su territorio. Algo que agradecía, pues no quería que se volviera a repetir lo sucedido hacía ocho años.

Mark suspiró y decidió continuar con su labor. Ya empezaba a tener hambre y si acababa pronto podría prepararse algo de comer.

Llevaba solo unos minutos centrado en su trabajo cuando escuchó el sonido de unos cascos de caballo. Curioso, alzó la vista y contempló a un jinete que se acercaba a su granja.

—Lunes —susurró cuando vio de quien se trataba.

Solo su amigo y encargado de la tienda de suministros se acercaba a su granja y lo hacía cada lunes. Normalmente, le traía algún encargo que habría hecho la semana anterior y se llevaría un buen número de docenas de huevos, que vendería en la tienda de suministros de Polson.

Sus gallinas ponedoras eran las mejores de la zona y la venta de sus huevos le reportaban un buen ingreso. Aunque había más.

Alan era un buen amigo y sospechaba que cada lunes se acercaba para asegurarse de que Mark estaba bien y no necesitaba nada urgente. Tras su llegada, hablaban durante un rato y una vez comprobado que todo estaba bien, regresaba al pueblo más tranquilo.

La verdad era que Mark le agradecía a Alan su interés, y el permitirle hacerle pequeños encargos. De esa manera, podía tener el lujo de no bajar al pueblo.

Se conocían desde hacía años, y era la única persona que no parecía recordar el incidente que lo había cambiado todo. Además, respetaba su petición de no hablar de ello y simplemente conversaban durante un rato de trivialidades.

A parte de todo eso, estaba el detalle de que no soportaba bajar al pueblo pues le recordaba a Bethany. Otro tema tabú que prefería olvidar.

De nada servía el paso de los años, y la gran cantidad de gente nueva que se había instalado en granjas y ranchos, y que posiblemente no supieran o no les importara lo que aconteció hacía ya ocho años. Para Mark, cada persona con la que se encontraba le miraba con recelo y le hacía desear no haber salido de su granja.

—Buenos días, Mark —le saludó Alan cuando llegó a su lado.

Traía un gran saco de semillas, sujeto entre sus piernas, y algunas cosas para la cocina en sus alforjas.

—Hola, Alan. Veo que hoy vienes cargado —contestó.

—Sí, ya han llegado las semillas que me encargaste y te he traído los suministros de la semana. La señora Patherson quiere más huevos de tus gallinas y me ha preguntado que cuándo le venderás unas cuantas.

—Ya te dije que no vendo a ninguno de mis animales. Si le gustan mis huevos tendrá que seguir comprándomelos.

Alan se rio y bajó de su caballo. Alan era de complexión fuerte y alto, de unos cuarenta años y con un tupido bigote. Además, era de naturaleza alegre, por lo que sus visitas siempre eran bien recibidas.

—¿Cómo te va todo por aquí? —preguntó Alan.

—Bien. La cosecha va a ser buena y ya no tengo problemas con la bomba de agua.

—Me alegro. —Se notaba que Alan quería preguntarle algo, pero no sabía cómo hacerlo. Comprendía que Mark había pasado por mucho y quería ayudarlo, igual que mucha gente del pueblo que deseaba apoyarlo y demostrarle que ya había olvidado el pasado. Pero parecía que a Mark no le resultaba tan fácil dejarlo atrás.

Mark, ajeno al deseo de Alan de hablar con él de cierto tema que de seguro le incomodaría, cogió el saco de semillas y se lo colocó en un hombro. Puede que no fuera tan alto como Alan; de hecho, pocos en el pueblo lo eran, pero sí que era más fuerte.

—Sabes —continuó Alan—, Martha me ha pedido que te pregunte qué te pareció la idea.

Al escucharlo Mark se tensó, pero trató de disimular.

—¿Qué idea?

—La de buscar esposa.

—Ya te dije que no me interesa ninguna mujer de Polson —aclaró decidido a dejar atrás ese asunto. No es que no quisiera casarse, pero no pensaba hacerlo con nadie del pueblo. No cuando, a cada momento, se estaría preguntando si sería igual que Bethany. Solo esperaba que Alan no le diera otra charla de que no todas las mujeres eran iguales a su anterior prometida.

—Sí, lo sé. Pero se nos ha ocurrido una idea. —La sonrisa de Alan le indicó a Mark que había caído en la trampa, y ahora tendría que escucharle—. Verás. Mi mujer oyó mencionar un periódico donde los hombres ponen un anuncio buscando una esposa. Es algo muy sencillo y puedes recibir cartas de mujeres interesadas.

—¿Me propones que ponga un anuncio en un periódico como cuando quise comprar una vaca?

La cara de Alan se enrojeció y puso los ojos como platos.

—Bueno, no sería exactamente igual. En este periódico no se venden mujeres. Y no creo que tu vaca pudiera

contestar a tu anuncio si estuviera interesada.

Mark estuvo a punto de sonreír al oírle. Lo que más le gustaba de Alan era su ingenuidad y la poca malicia que había en él. Se notaba que la vida no le había golpeado y le había hecho desconfiado, pues creía en las personas y en que estas eran buenas por naturaleza.

—Es una pena que no tengamos un ejemplar de ese periódico. Así podría ver alguno de esos anuncios y comprobar cómo funciona. —Estuvo a punto de felicitarle por su ocurrencia, cuando vio la sonrisa que se estaba formando en la cara de Alan.

—Por suerte Martha ha conseguido un ejemplar de *The Marriage Time* especialmente para ti —soltó feliz mientras sacaba un periódico liado de una de las alforjas.

Mark no supo qué contestar y simplemente se quedó mirando el periódico que Alan había colocado delante de él.

—Yo... —Resignado no tuvo más remedio que coger el periódico—. Dale las gracias a Martha.

—No te preocupes. Se las daré en cuanto la vea —contestó Alan radiante de felicidad al haber hecho su entrega—. Martha me ha comentado que podrías escribir la carta en esta semana, así el lunes que viene cuando venga a por más huevos y a traerte tu encargo la recojo.

—Veo que habéis pensado en todo.

—Bueno, tú dijiste que deseabas casarte cuanto antes, pero que no querías que tu futura esposa fuera de Polson.

Mark no recordaba cuáles fueron sus palabras la última vez que habló de este tema con Alan, pero no estaba seguro de haberle dicho que tuviera prisa por casarse. Aun así, no estaría de más echar un vistazo al periódico.

Era cierto que desde hacía un tiempo le rondaba por la cabeza la idea de casarse, pero al final siempre acababa posponiéndolo. Pero parecía que ni Alan ni Martha estaban dispuestos a que lo siguiera aplazando.

—Será mejor que me marche. Se acerca la hora de la comida y hoy toca bistec —dijo Alan.

Las tripas de Mark sonaron pidiendo también bistec, pero por suerte Alan estaba más pendiente de sacar todo de las alforjas que de escucharlas.

—Te traeré las cestas de huevos de esta semana. Mientras, hazme el favor y coloca todo en la cocina —comentó Mark.

Alan asintió, y Mark se marchó al gallinero para recoger las cestas que había dejado llenas esa mañana temprano. Había construido un lugar fresco y seguro donde mantener los huevos, y desde el viernes los iba guardando para entregárselos a Alan lo más frescos posibles.

Mientras caminaba pensó en el periódico y en la posibilidad de buscar una novia por correo. Nunca había oído hablar de algo semejante, pero la idea no le resultaba tan mala.

No tardó mucho en conseguir las cestas y acercarlas a Alan que ya lo esperaba en el caballo.

—Nos vemos el lunes que viene y ya me cuentas. —Alan se despidió de su amigo y comenzó su lento recorrido hacia el pueblo para no romper ningún huevo.

Mientras lo miraba, Mark se dijo que tenía suerte de haber encontrado a una persona tan amable y buena que lo ayudara. Después se preguntó si sería tan afortunado de encontrar una esposa.

Miró a su casa y la sintió más pequeña y solitaria que nunca.

En realidad, le gustaba su vida solitaria, debido a que no era un hombre muy dado a charlar o a las aglomeraciones; pero también era cierto, que con cada año que pasaba, la soledad se le hacía más pesada. Sobre todo, en las largas noches de invierno, cuando se sentaba ante el fuego, nacía un ternero o la cosecha estaba germinando. Para esos días, le gustaría tener a alguien con quien compartir sus logros y llevar a cabo planes de futuro.

Sin poder dejar de pensar en el periódico entró en su casa decidido. Una vez en la cocina, lo contempló encima de la mesa y se le acercó despacio.

*The Marriage Time* no parecía un periódico especial, por lo que no creyó que le perjudicaría si le echaba un pequeño vistazo. Con cuidado lo cogió y lo estuvo ojeando, deteniéndose en algunos anuncios que le llamaron la atención.

Había páginas llenas de anuncios de hombres pidiendo esposas. En su mayoría, eran granjeros que vivían en el oeste y como él se sentían solos. Algunos de ellos, buscaban compañeras solicitando algo específico como la edad o el color del cabello, y otros solo exigían respeto y confianza.

Vio, además, anuncios de parejas que felicitaban al periódico por haberles dado la oportunidad de conocerse y eso lo animó.

La verdad era, que no sonaba tan extraño buscar una novia. Podía poner un anuncio donde pediría una mujer joven, honesta y trabajadora, que no le importara vivir en una pequeña granja. A cambio, le daría estabilidad y la posibilidad de formar una familia.

Se recordó que debería insistir en la honestidad, pues tras lo sucedido con su antigua prometida, no estaba seguro de cómo reaccionaría si otra mujer lo engañaba o intentaba manipularlo.

Completamente decidido, buscó lápiz y papel y se puso a escribir. Al fin y al cabo, de seguro habría una mujer en alguna parte que, como él, también buscaba algo de compañía y un hogar.

¿Y por qué no podría ser a su lado en Polson, Montana?

## Capítulo 3

**Y**a era demasiado tarde y Harry aún no había regresado del colegio. Hope notaba como algo en su interior le decía que su hermano no estaba bien, pero no sabía qué hacer.

Si se marchaba y él regresaba, podría pasarse horas enteras buscándolo inútilmente; pero si le había pasado algo y ella no iba a buscarlo, jamás se lo perdonaría. No, cuando Harry lo era todo para ella.

Tomando una respiración profunda, Hope enderezó los hombros y se dirigió hacia la puerta. Ya había caminado bastante sobre la alfombra gastada, mientras sus pensamientos la atormentaban. Había llegado el momento de hacer algo, antes de que el día siguiera avanzando y anocheciera.

El corazón le martilleó en el pecho al imaginarse a su hermano solo en la oscuridad, y esa visión fue el impulso que necesitaba para salir en su búsqueda.

Quizás, esto era solo una idea loca, pero prefería equivocarse a lamentarse. Decidida, cogió su viejo y gastado chal, se lo puso sobre sus hombros y salió a la calle.

Comenzaría a buscarlo por las cercanías y el local que hacía de escuela y luego se iría alejando. Después, si no lo encontraba, pondría patas arribas Providence, aunque fuera lo último que hiciera.



Durante más de dos horas Hope estuvo buscando a su hermano por todas partes, sin haber conseguido dar con él.

En el colegio ni siquiera lo habían visto ese día y Hope se preguntó que más le habría ocultado. La imagen de Harry solo en una ciudad hostil, la hizo estremecer y preguntarse si durante todo este tiempo había estado ciega respecto a su hermano.

Había creído que la gente de Providence lo dejaba en paz y no se metía con él por ser un niño, pero en ese instante se preguntaba si había estado en lo cierto. Quizás, habían sido tan desagradables con él como lo eran con ella, y por eso, se quejaba cada mañana al tener que ir al colegio.

Darse cuenta de lo ciega que había estado la entristeció y se prometió que hablaría con él en cuanto lo encontrara.

El señor Benson le había aconsejado que lo buscara por algún lugar que su hermano soliera frecuentar o le gustara, pero Hope se preguntó si se estaba equivocando y debería buscarlo en algún sitio que creyera improbable. De pronto, se le ocurrió una idea.

Las ruinas de la presa. Un lugar maldito al que muy pocos se acercaban.

Sin importar las apariencias, Hope salió corriendo y no tardó mucho en llegar a la presa.

—¡Harry! —comenzó a llamarlo.

Gran parte del terreno seguía inundado, pero las aguas se habían retirado lo suficiente para dejar al descubierto rocas y masas de cemento desgarrado. Entre esos escombros lo buscó, sintiendo como si algo en su pecho se encendiera y la quemara.

Ese lugar se había destruido causando cientos de muertes y miles de dólares en pérdidas. Responsabilizaban a su padre de ello, cuando él había sido el único en quejarse del lamentable estado de las instalaciones. Pero ya nadie recordaba sus reclamaciones y, simplemente, lo usaban como chivo expiatorio, tal vez para acallar sus propias culpas.

Caminando entre los restos de la presa continuó llamándolo, hasta que lo localizó sentado en una gran roca. Harry contemplaba las ruinas que se esparcían ante él y a lo lejos el lago, que era contenido por las toneladas de rocas que se desprendieron de las instalaciones, y por los miles de sacos de tierra que fueron puestos hasta que la presa fuera reconstruida.

—Harry —lo llamó de nuevo y, esta vez, su hermano se volvió para mirarla.

En su rostro se podía percibir la extrañeza al verla, pero lo que más le dolió a Hope fue ver el rostro de Harry cubierto de lágrimas y una expresión tan triste que le partía el alma.

—Te he estado buscando por todas partes —le indicó ella.

El pequeño simplemente se encogió de hombros y sorbió por la nariz.

—¿Llevas aquí mucho tiempo? En el colegio me han dicho que no has ido hoy —expuso mientras se sentaba a su lado sin mostrar reproche en sus palabras.

Harry se encogió de hombros, y cuando parecía que no iba a hablar, le contó en voz baja:

—No sé cuánto tiempo llevo aquí.

—¿Qué te ha pasado? —Hope necesitaba saber qué le había hecho ir a ese lugar.

Harry se encogió de nuevo de hombros y sin mirarla le dijo:

—No aguante más que se metieran conmigo.

—¿Los chicos de la escuela? —demandó.

Harry asintió.

—Ellos me insultan y se meten conmigo. —Bajando la cabeza, como si se avergonzara de ello, le confesó—: Además, sus madres me miran mal y les dicen que no se acerquen a mí.

Hope sintió como la rabia la llenaba por dentro, a la vez que le hacía sentirse impotente. Estaba en lo cierto, y durante todo ese tiempo, no solo ella había sufrido las injurias más lamentables, sino que su hermano también las había padecido. Y lo que era peor, en silencio, posiblemente para no preocuparla.

—Hope... ¿papá era un asesino? —preguntó el pequeño.

Sin poder resistirse lo abrazó, cobijándolo entre sus brazos.

—Claro que no, Harry. Papá era un hombre maravilloso.

—Entonces, ¿por qué la gente dice esas cosas tan malas de él?

—Porque necesitan culpar a alguien.

Hope notó como su hermano temblaba y supo que no solo era de frío, sino que también lo hacía por estar llorando.

—No me gusta este sitio —afirmó Harry abrazándola con fuerza por la cintura.

—A mí tampoco, pero... —Iba a decir que no tenían otro lugar al que ir, hasta que recordó el periódico *The Marriage Time*.

Comenzó a pensar en Providence, en toda una vida de insultos y malvivir. No podía criar en ese ambiente a Harry, si lo hacía, él acabaría consumido por la rabia y lo más seguro era que terminaría marchándose en cuanto tuviera la posibilidad. Si antes no cometía una imprudencia por la que debería pagar durante el resto de su vida.

Luego estaba el detalle que ella había comenzado a detestar: ese lugar y su vida. También necesitaba un cambio o terminaría amargada y consumida. Pero ¿adónde podía ir una mujer joven, con conocimientos básicos y con un niño de nueve años a su cargo?

Y solo había una respuesta: debía casarse y lo más rápido que podía hacerlo era siendo una esposa por correo.

—¿Qué te parecería mudarnos a Montana? —le preguntó Hope.

Harry dejó de abrazar a su hermana y la miró con la cara cubierta de lágrimas, solo que ya no lloraba y se le veía interesado.

—¿Qué quieres decir? —demandó.

—El señor Benson me dio un periódico donde unos granjeros de Montana buscan esposa. Podríamos escoger a uno de ellos y escribirle una carta. Si tenemos suerte, podríamos mudarnos en un par de meses.

—¿Tendrías que casarte?

—Sí. —Hope sintió un nudo en el estómago al decirlo, pero lo disimuló y continuó hablando con tono alegre—. Pero buscaremos uno que nos guste. ¿A que suena bien poder elegirlo?

Hope esperó que la tierra no se abriera y la tragara por mentirle. Era cierto que ella elegiría un anuncio y escribiría a ese hombre, pero luego ese hombre tendría que aceptarla. ¿Y lo haría con un niño a cuestas? Decidió que ese problema lo resolvería más tarde.

—¿Y podríamos elegir uno que tenga caballos? —La ilusión en la cara y la voz de Harry le dejó claro a Hope que estaba tomando una buena decisión.

—Claro. Aunque creo que todos los granjeros de Montana tienen uno como poco. Y posiblemente, tenga otros animales.

—¿Cómo un perro? —indagó Harry.

Hope había pensado más bien en vacas, gallinas y cerdos, pero ¿por qué no podría tener un perro?

—Es muy posible —contestó la muchacha.

—Me gusta esa idea. Buscaremos uno muy guapo para que te enamores, y que tenga un caballo y un perro.

Hope rio y volvió a abrazar a su hermano.

—Trato hecho. En cuanto lleguemos a casa buscaremos uno que nos guste y le escribiremos.

Hope pensó que posiblemente tendrían que escoger a unos cuatro para que alguno la aceptara, pero le pareció sensato empezar primero por centrarse en uno.

Ambos hermanos se levantaron de la roca donde se habían sentado y cogidos de la mano se dirigieron a su casa. Se les veía más animados y con un brillo especial en los ojos.

Solo llevaban unos metros cuando el semblante de Harry se volvió a entristecer.

—Hope —la llamó en voz baja—, ¿tengo que ir al colegio hasta que nos mudemos?

Por unos instantes ella se quedó reflexionando qué sería lo mejor para su hermano pequeño. Obligarlo a ir a un lugar donde lo humillaban y lo hacían sentirse mal, o tenerlo con ella intentando que sus últimos meses en Providence fueran lo más felices posibles.

Sin lugar a dudas la respuesta era sencilla.

—Estaba pensando que podría decirle al señor Benson que te deje ordenar conmigo el trastero de la tienda —comentó Hope—. Si quieres, claro.

La cara de Harry se iluminó y Hope supo que por la felicidad de su hermano haría cualquier cosa. Incluso casarse con un extraño.

—Me gusta el señor Benson —señaló el chico.

—Entonces eso haremos.

Los dos continuaron caminando hasta que Harry le tiró de la mano para detenerla. Con un semblante de preocupación le dijo:

—Prométeme que pase lo que pase no me dejarás.

Extrañada, Hope se puso de cuclillas para estar a su misma altura y así poderlo mirar a los ojos. Fue entonces cuando contempló el miedo en su mirada y comprendió que temía que una vez casada se desharía de él. O quizás, Dios no lo permitiera, su futuro esposo no lo quisiera con ellos y tuviera que decidirse por un marido y una estabilidad o por quedarse con su hermano en una vida incierta.

Por supuesto, ella sabía la respuesta:

—Te juro que nunca te dejaré.

—¿Lo juras en serio? —inquirió.

—Claro. Sabes que te quiero muchísimo y nunca te dejaría.

Harry bajó la cabeza como si no se atreviera a mirarla a la cara mientras le hablaba.

—Papá también nos quería y nos dejó.

Hope sintió un nudo en el estómago y abrazó con todas sus fuerzas a Harry. Era lógico que al ser tan pequeño se sintiera abandonado tras morir su padre, al no entender muy bien lo que significaba morir. Pero ella estaba segura de que no lo dejaría y deseaba que él no se preocupara por eso.

—Papá no se fue. Él subió al cielo y ahora está con nosotros en nuestros corazones, cuidándonos, como lo hace mamá.

—Apenas me acuerdo de mamá. ¿Crees que con el tiempo también olvidaré la cara de papá?

—Es posible, pero nunca olvidarás lo mucho que él te quería y lo mucho que tú le querías, tampoco cómo todos

los domingos te levantaba haciéndote cosquillas o cuando os ibais a pescar juntos.

La cara de Harry se volvió a iluminar con esos recuerdos.

—Me acuerdo de esas cosas. Y de cómo me cogía en brazos y me giraba.

Tratando de contener las lágrimas, Hope hizo todo lo posible por sonreírle.

—Claro. Hay muchos detalles que siempre evocarás de él. Y en el momento que lo necesites puedes preguntarme.

Harry le sonrió como hacía mucho que no lo hacía y Hope se sintió esperanzada por primera vez, desde la desgracia de la presa. Ya podía ver una luz al otro lado del oscuro túnel que estaban cruzando. Una luz que esperaba que, poco a poco, se intensificara hasta llenar sus corazones.

—¿Qué te parece si te voy contando lo que recuerdo de papá mientras vamos a casa?

—¡Sí! —afirmó con júbilo Harry.

Después, Hope se puso en pie, lo volvió a coger de la mano y juntos se encaminaron en busca de un nuevo comienzo, mientras dejaban atrás las ruinas de la presa y la desesperanza.

## Capítulo 4

**E**sa noche Hope no pudo dormir pensando en su vida en Providence y en su hermano.

Estaba cansada de esa situación, donde cada día tenía que esforzarse para seguir adelante. El hogar ya no le brindaba el consuelo que buscaba, y se temía que el tiempo no conseguiría que las cosas mejoraran. Quizás si se iban, entonces podrían dejar el dolor y comenzar de nuevo.

Como le había dicho a Harry, estaba segura de que fuera de esa ciudad encontrarían un futuro mejor. Los dejarían de llamar los hijos del asesino y no los observarían cuando caminaban por la calle.

Tumbada en la cama, sin que el sueño la venciera pese al cansancio, Hope recordó cuando Harry y ella llegaron a casa y cómo ilusionados habían ojeado el periódico en busca de un anuncio que les llamara la atención a ambos.

Habían encontrado una buena cantidad de hombres buscando esposas, todos ellos de diferentes partes del país. Pero fue hasta que leyó el anuncio de un granjero de Montana, llamado Mark Turner, que sintió que podría haber encontrado al que andaba buscando.

No estaba segura de por qué este anuncio le resultó tan especial, pero había algo en él, que le hizo pensar, en que era un hombre que sabría comprender lo que era la soledad y el dolor.

En su anuncio hablaba de su rancho con orgullo, pero sobre todo, hacía hincapié en tener a alguien que le hiciera compañía. También mencionó que no tenía a nadie más en su vida y que deseaba formar una familia.

Le gustó cómo Matthew indicó que anhelaba una esposa que lo ayudara en el rancho, pero que no parecía importarle de dónde venía ni cómo se veía. Solo quería a alguien allí con él.

La mayoría de los demás anuncios de hombres mencionaban el deseo de mujeres hermosas y plácidas.

La forma en que se había expresado había tocado una fibra sensible dentro de ella. Hope sentía algo parecido, al querer empezar de nuevo. Aunque en su lugar no estuviera sola al tener a Harry.

Y era precisamente la presencia de Harry lo que la inquietaba.

En ninguna parte del anuncio mencionó que no le importara que la mujer fuera una viuda con hijos, o que esperara tener descendencia en el futuro. Aunque, claro está, tampoco era un tema adecuado para mencionar en un periódico. Pero la idea de que la rechazara sin ni siquiera conocerla por incluir en el trato a su hermano pequeño le parecía injusto.

Una parte de ella estaba segura de que en cuanto se conocieran él estaría encantado de tenerlos en su granja, pero esto solo sucedería si no los juzgaba sin conocerlos.

Contra más lo pensaba más convencida estaba de esta idea y de que Harry se lo ganaría al ser un muchacho cariñoso. En cuanto a ella, bueno, era una muchacha bonita y que estaba dispuesta a abrirle su corazón. ¿Qué más podía pedirle?

«Honestidad» pensó al recordar el anuncio.

Haciendo una mueca se dio la vuelta en la cama y continuó cavilando.

Estaba decidida a ir a Montana para verlo y convencerlo de que eran la mejor opción que encontraría. Al fin y al cabo, no le había pedido que se casaran en cuanto llegaran y se tomaría ese tiempo para hacerle comprender las ventajas de contar con dos manos extras en su granja.

Asumía que existía el riesgo de que la rechazara, pero por lo menos habría conseguido salir de Providence.

Con esa idea cerró los ojos dispuesta a dormir, mientras repasaba la carta que Harry y ella le habían escrito. Le hablaba de su ilusión de formar una familia y de una vida tranquila y apacible en su granja. También le hablaba de su soledad y de como su anuncio le había conmovido, al darse cuenta de que ambos buscaban lo mismo.

Le había costado convencer a Harry para que no apareciera en ella, pero le aseguró que era lo mejor por el momento.

Solo quedaba esperar a que amaneciera para echar la carta. Luego, el tiempo se volvería eterno hasta que le llegara la contestación. Después, solo Dios lo sabía.

Esperaba que todo saliera bien y tanto ella como Harry dieran con un buen hombre que los acogiera y los cuidara. Aunque estuviera saltándose su petición de ser honesta.



Mark se encaminó hacia la casa seguido de cerca de Alan y con la carta de una tal Hope Dobbs quemándole en las manos.

Había intentado que su amigo se marchara y le dejara solo para leerla, pero fue imposible que este lo hiciera. De nada sirvió los ceños fruncidos y su rostro serio, pues Alan parecía decidido a enterarse de lo que esa mujer le decía, ya fuera acompañándolo para leerla después de él, o interrogándolo sin cuartel otro día.

Sabiendo que no podría impedir que se enterara, optó por la opción más sencilla y desagradable. Por eso tras él iba su amigo, que parecía igual de emocionado y expectante que Mark.

—Tengo la certeza de que esta carta será la buena —lo animó el compañero.

—Es posible.

—¿Tú no lo sientes?

—No, y te recuerdo que la otra carta también te daba buenas sensaciones hasta que la leíste.

—Esa vez fue diferente.

Mark decidió callarse. Había recibido una carta hacía tres días de una mujer de Nueva York, que lo había dejado preguntándose si no había cometido un error.

Por supuesto, en esa ocasión Alan también le acompañó, según él, para no dejarlo solo. Pero al final fue una suerte que lo siguiera, pues así no tuvo que explicarle por qué la había rechazado tan rotundo.

Para empezar, la mujer le preguntó a qué distancia estaba la tienda más cercana y cuánto destinaría para «sus caprichos». Le aseguraba que sabía cuidar de un hogar, aunque prefería que la criada se ocupara de los «detalles más desagradables».

Ni Alan ni él supieron lo que significaba esos «detalles más desagradables» aunque no esperaba que se refiriera a tener relaciones íntimas con él. Aunque no lo creía, pues esta le indicaba que no estaba dispuesta a encamarse más de una vez al mes, como máximo.

«La cara de espanto de Alan debe reflejar la mía» pensó Mark, pues no le hizo preguntas ni lo reprendió por que rompiera la carta en el acto.

Quizás por eso no guardaba muchas esperanzas ante esta nueva carta. No conocía mucho a las mujeres, pero todo indicaba que la mayoría se parecía demasiado a su antigua prometida, y pensar en meter en su casa a una víbora similar le daba escalofríos.

Ya en la cocina, se sentaron cada uno en una silla y miraron la carta fijamente. Mark pensó en posponerlo y ofrecerle un café a Alan, pero al ver como se estrujaba las manos decidió leer primero el texto, antes que su amigo comenzara a comerse las uñas.

—¿Te importa si la leo en voz baja primero y luego te la dejo ver, como hicimos la otra vez? —Le parecía ridículo preguntarle algo así a Alan, pero no quería que este le arrancara la carta de sus manos cuando estuviera por la mitad de su lectura.

—Eso depende de lo que tardes en leerla —contestó Alan.

Exasperado Mark se sentó mejor en la silla y comenzó a abrirla.

—¿Alguna vez te han dicho que eres igual de cotilla que una mujer?

—Mi esposa me lo dice prácticamente todos los días.

Ya con el sobre abierto Mark sacó un papel. Le gustó su caligrafía redondeada y bien cuidada. Le pareció muy

femenina y le hizo sentir curiosidad por saber más de esa mujer.

*Querido Mark,*

*Disculpa mi atrevimiento al empezar con tanta confianza esta carta. Sé que todavía no nos conocemos, pero tú anuncio me conmovió tanto, y me vi tan reflejada en ti, que no he podido evitarlo.*

*Tus palabras me han hecho ver a un hombre de gran corazón que desea emprender una nueva vida con una buena mujer a su lado. Y espero que esa mujer pueda ser yo.*

*No busco otra cosa que un hombre que me comprenda, me cuide y que me valore. Sé cómo llevar una casa y puedo aprender a trabajar en la granja. No le tengo miedo al trabajo ni soy una mujer asustadiza.*

*Solo espero que, tus deseos de formar una familia en un entorno confortable sean verdaderos, pues estoy dispuesta a ir hasta Polson para conocerte.*

*Tengo un gran corazón que está deseando abrirse, y quizás, si tú lo deseas y Dios así lo quiere, seas tú el elegido para recibir este amor.*

*Con toda mi buena voluntad y mis mejores deseos.*

*Hope Dobbs*

Mark dejó la carta y miró a su amigo. Este parecía que en cualquier momento saltaría de la silla para quitarle el papel de entre sus manos, por lo que se la cedió.

Alan la cogió con avidez mientras Mark reflexionaba sobre lo que había leído.

Era cierto que Hope no le mencionaba su aspecto físico, pero debía ser justo ya que tampoco le preguntaba por el suyo. De todas formas eso no tenía importancia en relación al resto de la carta.

Si debía definir con una palabra qué había sentido al leerla esta sería: emocionado.

Había algo entre líneas que le indicaba un alma afín a la suya. Era como si supiera de su dolor, como si ella también sintiera el peso de la soledad y tuviera un gran deseo de comenzar de nuevo y de amar.

Debía reconocer que le había asustado su mención al amor, pero se dijo que, por lo que él sabía, las mujeres eran de naturaleza enamoradiza. Además, ¿por qué estaría mal que esa mujer acabara enamorándose de él? No había pensado en esa posibilidad, pero era lógico que después de conocerse más profundamente y de compartir su casa durante unos meses, comenzaran a sentir algo el uno por el otro.

Esa idea le gustó y le hizo suspirar.

Definitivamente esa mujer tenía algo que le atraía.

Cuando alzó la vista y vio a su amigo Alan ensimismado leyendo la carta, se alegró de que lo estuviera haciendo. Aunque en un principio lo había visto como un entrometimiento en su intimidad, en ese instante lo contemplaba como la posibilidad de tener otra opinión.

Quizás él se había dejado llevar por unas palabras bonitas y no había visto algo oculto en la carta que debería saber, y su amigo, como hombre casado, lograría descubrirlo.

Además, poder comentar con otro hombre este asunto, le daba cierta seguridad de que no estaba dejándose llevar por un impulso si aceptaba a esta mujer. Solo había recibido dos cartas y posiblemente en las próximas semanas le llegarían más, pero sentía la necesidad de escoger a Hope Dobbs.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —preguntó Alan al no poder esperar más.

—Es ella, Mark. Es la mujer que buscabas —contestó emocionado.

Algo dentro de Mark se encendió y le calentó, como si fueran justo esas palabras las que esperaba.

—Yo también lo he creído al leer la carta, pero no quiero equivocarme. Es solo una carta, no la conozco y ella no me conoce a mí.

—Eso no quiere decir nada. Conocías a Bethany de toda la vida y mira como acabó todo.

El cambio en el semblante y la rigidez de Mark debió indicarle a Alan que había dicho algo inapropiado, porque pronto se disculpó:

—Lo siento, Mark. Sé que no quieres hablar de ella. Lo que quería decirte es que...

—No hace falta que sigas, te entiendo. Esta mujer parece honesta y creo que busca lo mismo que yo.

—Así lo creo. De todas formas, no espera que te cases con ella en cuanto llegue. Podéis daros un tiempo y, si

todo sale bien, casaros en unos meses.

—Eso suena muy sensato —apuntó Mark.

—Y no arriesgas mucho, verdad. Solo un billete de tren. Y sin embargo, piensa en todo lo que podrías ganar si es la adecuada.

Conforme más escuchaba a su amigo más convencido estaba de que Hope Dobbs era una buena opción. Como él decía, apenas arriesgaba y tal vez podría recibir mucho a cambio.

Solo había un inconveniente que le preocupaba.

—¿No crees que la gente del pueblo, en especial el párroco, dirán algo en contra de que una mujer soltera pase una temporada en mi granja? —dudó Mark.

—¿Desde cuándo te ha importado lo que piensa la gente del pueblo? —La voz de Alan sonaba divertida—. Apenas bajas tres veces al año y nunca vas a misa. ¿Te va a preocupar lo que ellos digan?

Al escucharle se percató de lo aislado que había estado, aunque hubiera sido por iniciativa propia. Algo que hasta el momento no le preocupaba, pero que con la llegada de una esposa debería remediar.

—Me da igual lo que ellos digan, es por ella. Me imagino que le gustará bajar al pueblo de vez en cuando.

—En eso te doy la razón. No creo que a esa mujer le guste vivir aislada en esta granja tanto como a ti —opinó Alan.

Mark frunció el ceño y lo miró enfadado.

—Sabes el motivo por el que lo hago. No es algo que he hecho por decisión propia.

—Y por eso, debes ser tú mismo quien se dé cuenta de lo absurdo de tu aislamiento, ya es hora de que comiences a relacionarte con la gente.

—No creo que a la gente del pueblo le guste verme por ahí.

—Eso no lo sabes. Han pasado muchos años Mark, deberías empezar a olvidar y dar el primer paso.

Mark desvió la mirada y se pasó una mano por la nuca. De pronto, se sintió cansado y abrumado por los recuerdos de un pasado que quería olvidar, pero que no desaparecía.

—Aún no estoy preparado.

Alan no quiso insistir más y le devolvió la carta. Su misión ya había terminado por el momento. Le había ofrecido su ayuda para buscar una esposa, había estado a su lado apoyándolo para que no se echara atrás en su decisión y le había asegurado que Hope Dobbs era la mujer adecuada.

Ya todo dependía de su amigo.

—Si quieres, piénsatelo durante unos días y luego me dices qué has decidido —propuso Alan.

Estaba a punto de ponerse en pie cuando Mark lo miró de nuevo, pero esta vez con la resolución marcando el brillo de sus ojos.

—No tengo que pensar nada. Hay algo que me atrae de esta mujer y, si no la conozco, me arrepentiré de ello durante años. —Alan suspiró al escucharle—. Si esperas un poco le escribiré la respuesta y se la puedes mandar cuando llegues al pueblo.

Alan asintió y observó como su amigo salía de la cocina en busca de lápiz y papel. Estaba convencido de que Mark no se equivocaba al escribir esa carta. Solo esperaba que esa mujer fuera honesta y no hubiera mentido.

Pero, si por el contrario Hope Dobbs era la mujer dulce, hogareña y sensata que parecía ser, entonces su amigo habría encontrado a su compañera.

En cuanto lo vio entrar se levantó y se dirigió a la puerta.

—Te dejaré un momento de intimidad. —Y sin más salió de la casa.

Por su parte, Mark se sentó a la mesa y decidido, le pidió a esa desconocida que compartiera su vida con él.

Y por extraño que parezca, no se arrepintió de esta decisión cuando cerró la carta, ni cuando vio alejarse a Alan con ella en el zurrón, ni en las noches que siguieron pensando en cómo sería Hope Dobbs.

## Capítulo 5

**H**ope se reclinó contra el duro banco de la diligencia y trató de no gemir, mientras su cuerpo protestaba por la inactividad y el continuo traqueteo del vehículo.

Le parecía que el conductor hizo todo lo posible para golpear cada bache o agujero del camino, convirtiendo su viaje en una tortura. Y por si eso en sí no fuera suficiente martirio, una de las ruedas también chirriaba crispándole de los nervios.

Se alegró de que este fuera su último día de viaje, al no estar segura de haber podido resistir otro más.

Sin embargo, su hermano, que era un niño inquieto y nervioso, se había pasado la mayor parte del camino durmiendo. Una especie de milagro que agradeció enormemente, pues hubiera sido insoportable tener que lidiar también con Harry.

Se asomó por la ventanilla con cuidado de no despertar a su hermano, que se encontraba a su lado y con la cabeza apoyada en su hombro, y contempló el basto manto verde que lo cubría todo.

Hacía frío porque estaba empezando septiembre, pero dentro de la diligencia la temperatura era más elevada.

Hope recordó que los otoños no le gustaban desde la inundación, pero decidió que su partida a su nueva vida, justo en otoño, no sería el preludio de una desgracia, sino el comienzo de un nuevo ciclo que rompería la mala suerte.

Quería creer con todo su corazón en ello, ya que no estaba segura de poder soportar otro infortunio. Del mismo modo, deseaba no haberse equivocado al elegir al señor Turner.

Aunque para ser sincera, si esto ocurría, lo más probable era que fuera culpa suya. No había nada que le indicara que el señor Turner no había sido sincero con ella, pero en cambio, Hope sí le había engañado al no haberle hablado de Harry.

La idea de haber podido estropearlo todo la atormentaba y le hacía desear alargar el viaje, aunque este fuera tortuoso.

Reconocía que había sido una cobarde al no haberle dicho nada en su primera carta, ni en la siguiente que le escribió, antes del viaje, donde le comunicaba el día en que llegaría a Polson.

Habían salido de Providence en cuanto tuvo todo empacado y hubo cambiado el billete de tren; que el señor Turner le había adjuntado en el sobre, por dos en diligencia. Viajar en este medio de transporte era más barato, pero también era más incómodo y largo.

Y en ese momento, una semana después de su salida, no tenía otro remedio que presentarse con su hermano y con las manos vacías. ¿Les rechazaría ese hombre o tendrían por fin un sitio en donde asentarse y comenzar de nuevo?

Recordó la ilusión del primer día de viaje y cómo no le importó compartir la diligencia con otras tres personas. Un matrimonio mayor y su hijo adolescente, que se pasó los tres días que estuvo en su compañía con la cabeza gacha.

Por suerte, este muchacho había congeniado bien con Harry, y habían conversado en voz baja de vez en cuando, soltando algunas que otras risas.

Pero el cuarto día, cuando la pareja y su hijo se marcharon, sus puestos fueron ocupados por un comerciante orondo y su esposa. Una mujer delgada y con voz chillona que no paró de hablar durante los dos días que ocupó su asiento.

Para colmo, el comerciante además de ser parlanchín como su esposa también roncaba; por lo que, aparte de apenas dejarles espacio para moverse, tuvieron que soportar el continuo ruido dentro del habitáculo.

Hope no estaba segura de qué hubiera hecho si esta pareja hubiera prolongado su viaje durante una hora más. En ocasiones, deseó tapparles la boca con un trapo o tirarlos por la puerta. Pero como no era una mujer violenta, acababa decidiendo que se bajaría de la diligencia y caminaría las millas necesarias a pie, si fuera necesario.

Afortunadamente, cuando anunciaron que se bajaban en la siguiente parada, la sonrisa de su cara les mantuvo

callados durante diez espléndidos minutos.

En la siguiente parada se subió una anciana de pelo cano y vestido negro, que si bien no era muy elegante, si denotaba buen gusto. La mujer le había sonreído y le había hablado durante unos quince minutos, hasta que el sueño la venció y le hizo cerrar los ojos.

Antes de eso, le había indicado que regresaba a Polson tras visitar a su hija casada. Un viaje de unas dos horas que hacía cada dos meses. Por ese motivo Hope sabía el tiempo que le restaba para llegar.

Le gustaba esa mujer de complexión menuda, con su cofia blanca en la cabeza y sus ojos destellando simpatía. Se había alegrado al saber que iban al mismo destino, pues así podría preguntarle cosas sobre Polson y, con suerte, quizás conocería al señor Turner y podría hablarle de él.

La diligencia se balanceó al tomar otro bache, sacando a Hope de sus cavilaciones. La sacudida fue tal, que la mujer mayor que estaba sentada frente a ella estuvo a punto de caerse.

—¡Por el amor de Dios! ¿Es que este hombre se ha propuesto coger todos los baches de Montana? —habló la señora.

Hope sonrió y se extrañó de que su hermano continuara durmiendo.

Como la anciana se había despertado, no podía perder la oportunidad de hacer sus preguntas.

—Perdone. Dijo usted al subir a la diligencia que era de Polson, ¿verdad? —Hope sabía la respuesta, pero no se le ocurrió otra forma de comenzar una conversación antes de que la anciana volviera a quedarse dormida.

—Así es, querida. He vivido toda la vida en Polson y pienso ser enterrada en ese lugar junto a mi Michael.

Hope asintió, aunque hubiera preferido que no hubiera mencionado la muerte. Más aún cuando la diligencia se movía tanto.

—Entonces debe conocer a todo el mundo de Polson.

—Así es, querida —aseguró la señora intentando esconder un bostezo.

—Se lo comento porque voy a instalarme en ese lugar y me gustaría saber cómo es.

La anciana sonrió amablemente y se enderezó en su asiento. Al parecer le agradaba mantener esta conversación sobre su hogar.

—En ese caso puedes preguntarme cualquier cosa que desees saber. Aunque creo que primero deberíamos presentarnos. Yo soy la señora Emily Baxter. ¿Y tú querida eres?

—Me llamo Hope Dobbs y este es mi hermano Henry, aunque todos le llamamos Harry.

—Es un placer conocerla, señorita Dobbs. Y lo mismo digo por tu hermano, aunque será mejor que lo dejemos dormir.

—Lo mismo digo, señora Baxter. —Sonrió a la mujer.

—Y dime, ¿qué quieres saber de Polson?

Hope lo pensó por unos segundos y decidió que lo mejor era ser directa, por si la anciana volvía a dormirse.

—Me preguntaba si conoce al señor Turner.

—¿Turner? Me suena ese nombre. —La anciana se quedó pensativa—. Es extraño, conozco a todos en Polson, pero ese nombre...

—Me dijo que tenía una granja a unas millas del pueblo. —No sabía por qué, pero que esa mujer no lo recordara no le agradó.

De pronto, el semblante de la señora Baxter cambió y se volvió más pálido.

—¿Dices que se llama Turner y vive en una granja en las afueras? —inquirió.

Hope asintió, en ese instante asustada, por lo que esa anciana pudiera decirle.

—Sí, lo conozco —dijo la señora sin más, crispando los nervios de Hope.

—¿Es un buen hombre? —preguntó la muchacha al ver que la mujer no continuaba hablando.

—Por lo que yo sé de él, sí, lo es. —Sin darse cuenta Hope soltó el aire que hasta ese momento había contenido—. ¿Qué tienes que ver con ese hombre?

—Yo... voy a casarme con él —o por lo menos eso esperaba—. Verá, soy una novia por correo.

—¿Una novia por correo? Nunca había oído hablar de algo así antes.

—Bueno. —Estaba tan nerviosa que no sabía muy bien cómo explicarlo. Sobre todo, cuando la señora Baxter la miraba tan fijamente—. No conozco personalmente al señor Turner. Él buscaba una esposa, vi su anuncio, le

contesté y acordamos casarnos.

No quería profundizar en el tema por si el señor Turner no deseaba que la gente de Polson se enterara. Al parecer, por lo poco que sabía de él la señora Baxter, era muy reservado.

—Vaya. ¿Quieres decir que viajas con tu hermano hasta un lugar desconocido para casarte con un extraño?

Dicho así sonaba algo estúpido y peligroso.

—Así es —contestó Hope.

—Debo decir que eres valiente. Mi Michael tuvo que cortejarme durante todo un año para que me decidiera. Y nos conocíamos de toda la vida.

Las palabras de la señora Baxter hicieron que Hope se sintiera aún más nerviosa. ¿Y si Mark le había mentido y era un hombre violento o anciano? Había tomado por cierto todo lo que él le había dicho sin ni siquiera cuestionárselo.

—¿No había ningún joven con el que te podrías haber casado en donde vivías? —preguntó inocentemente la señora Baxter.

Entonces recordó la razón por la que había sido tan impulsiva y había creído en las palabras del señor Turner. Porque necesitaba desesperadamente salir de esa ciudad que le estaba oprimiendo. Tanto a ella como a Harry.

—No había ninguno que me interesara —repuso sin más al no querer dar explicaciones.

—Es una pena que tengas que viajar tan lejos para casarte, más siendo una muchacha tan bonita. —Hope se sonrojó y le sonrió—. No sé mucho del señor Turner, solo que debe ser joven, aunque no puedo precisarte su edad. Pero sí ha aceptado casarse con una desconocida, que, además, lleva consigo a su hermano pequeño, entonces debe ser un buen hombre.

Hope tragó con fuerza. Había estado a punto de preguntarle el motivo de que apenas lo conociera, cuando ella tenía entendido que Polson no era un pueblo tan grande, pero la culpabilidad de su engaño, la dejó muda.

Es más, ante la mirada persistente de la señora Baxter esperando una respuesta, no tuvo más remedio que tragar saliva y asentir.

—En sus cartas me pareció un hombre muy amable. —No comentó que solo se habían escrito dos veces y brevemente.

—De todas formas, si tus padres han dado su aprobación todo estará bien.

Hope estuvo a punto de mentirle y de asegurarle que así había sido, pero no quería empezar su nueva vida en Polson con una mentira, o mejor dicho, con otra mentira.

Si iba a vivir en ese pueblo tan pequeño, tarde o temprano todo el mundo se enteraría que eran huérfanos.

—Nuestros padres murieron. Pero estoy segura de que estarían de acuerdo con mi compromiso con el señor Turner —aseveró.

No estaba convencida por completo de su afirmación, pero quería pensar que así era.

—Entonces te deseo lo mejor. Y no te preocupes por la gente de Polson. Son personas muy amables que te recibirán con los brazos abiertos —dijo la señora Baxter.

Esas palabras la tranquilizaron y la hicieron relajarse. Era la primera buena noticia que tenía de su nueva vida. Solo esperaba que el señor Turner también fuera un buen hombre y todo estaría solucionado.

Estaba decidida a tener un buen matrimonio y solo esperaba que su futuro esposo quisiera lo mismo.

Si es que llegaban a casarse.

## Capítulo 6

**M**ark esperaba pacientemente la llegada de la dirigencia. No entendía por qué la señorita Dobbs prefería viajar en ese medio tan incómodo, cuando le había enviado un billete de tren. Pero hasta que no se lo preguntara en persona, solo podría especular por ese cambio de planes.

Quizás a la mujer le gustaba ahorrar, o había preferido que su futuro esposo no se gastara tanto dinero en ella. Fuera como fuese, en breve sabría la respuesta.

Mientras, incómodo frente a la puerta del único hotel del pueblo, esperaba la llegada de una novia que sin apenas hacer acto de presencia, ya le había trastocado el día.

Primero, al haber tenido que cambiar sus planes para poder estar esa mañana esperándola. Segundo, al tener que dar largas a Alan para que no le acompañara. Y tercero, por llevar demasiado tiempo aguardando en medio de la acera.

No sabía a quién se le había ocurrido que la parada de la diligencia estuviera justo en medio del pueblo: más concretamente frente al hotel, pero sospechaba que el cuñado del alcalde tenía mucho que ver al ser el dueño de dicho negocio.

Y, nervioso como un ternero en medio de una tormenta, Mark trataba de hacerse cada vez más pequeño para que nadie se fijara en él. Algo que por el momento había conseguido, pues ninguna persona se le había acercado.

El sonido de unos caballos, acompañado de una rueda chirriante, hizo que Mark saliera de las sombras y se asomara a la calle.

A una velocidad considerada, para estar dentro de un lugar habitado, se acercaba la diligencia que había estado esperando.

Mientras se aproximaba se notaba el cansancio de los caballos y del conductor, así como el polvo que traían tras ellos y que envolvía la diligencia. Solo esperaba que los del interior estuvieran protegidos de la nube marrón, o los pasajeros parecerían llevar una cobertura de tierra.

La diligencia no tardó mucho en pararse frente a él mientras comenzaba a disminuir la velocidad y como si fuera una coreografía bien ensayada, se paró. Los caballos resollaron demostrando su cansancio y el dueño del hotel, el señor Young, salió para recibirlos.

Lo que Mark no se esperó, fue que el señor Young le saludara levantando levemente su sombrero. Aunque cuando vio que no se paraba a su lado, sino que se acercaba a la diligencia, determinó que no lo había reconocido y solo estaba siendo cortés con un desconocido.

Pero ese no era el caso, pues Mark se acordaba de él a la perfección, al haber ido juntos al colegio. De eso ya hacía muchos años y él estaba muy cambiado. Desde luego, el señor Young no se parecía en nada al muchacho que recordaba; a la fecha vestía con elegancia, poseía un refinado bigote y una barriga comenzaba a indicar la abundancia de manjares en su mesa.

Dejando atrás esos recuerdos y al señor Young, Mark se empezó a impacientar al estar a escasos segundos de conocer a la señorita Dobbs. Eso le hizo sentir que se le escapaba el aliento y que le sudaban las palmas de las manos.

Mark se armó de valor e hizo todo lo posible por evitar los horribles recuerdos que le traía estar en el pueblo. Se centró en dar un paso hacia adelante tras otro hasta situarse detrás del señor Young.

Este abrió la puerta de la diligencia y su primer ocupante bajó. Se trataba de una anciana con vestido negro y cofia blanca, por lo que supuso que no era la mujer que esperaba.

La anciana sonrió al señor Young ofreciéndole una sonrisa y se saludaron cortésmente, lo que le hizo saber a Mark que se conocían. De hecho, la cara de la mujer le resultaba familiar, pero con los nervios no conseguía ubicarla en su mente. Sin embargo, cuando la anciana levantó la cabeza y le miró, supo que ella sí le había reconocido.

Y lo más extraño de todo, lo observó y le dedicó una sonrisa, antes de apartarse gentilmente para dejar salir al siguiente pasajero.

En esa ocasión era una mujer joven con el cabello del color más bonito y llamativo que Mark había visto en su vida. Era como si les hubiera robado el color a las llamas del fuego y luego le hubiera añadido destellos de sol. Una combinación excepcional que la hacía única.

La mujer no solo llamaba la atención por su cabello, que llevaba recogido en un moño bajo, aunque algunos mechones rebeldes se habían soltado. Sus ojos verdes iluminaban su cara y le daban a su rostro un toque aún más atractivo. Su estatura era mediana, su figura estrecha y su porte elegante, pero recatado. Algo que le gustó a Mark, pues eso le indicaba que pese a su belleza no era vanidosa.

Sin lugar a dudas, esa mujer, que bajaba de la diligencia ayudada de la mano por el señor Young, era la criatura más hermosa que había conocido. Al mirarla, no sabía si dirigir al cielo una plegaria para que fuera ella la señorita Dobbs, o pedir todo lo contrario, ya que estaba seguro de que con una preciosidad así a su lado le sería imposible mantener la cordura.

Cuando la mano del señor Young se quedó más tiempo del debido ofreciéndole su apoyo, Mark dio un paso más hacia adelante atrayendo la atención de la mujer.

Pudo ver sus mejillas sonrojadas y su rostro animado, como preguntándose cuál de los dos hombres era el señor Turner.

En ese momento tomó conciencia de sus ropas cubiertas de una ligera capa de polvo y menos elegantes que las del señor Young. También pensó en la diferencia de clase, al ser evidente que él era solo un simple granjero, mientras que el otro era un caballero elegante. ¿A cuál de los dos preferiría ella?

La aparición de un muchacho al lado de la mujer hizo que el alma se le cayera a los pies. Era evidente por el color del cabello y la proximidad de este que eran familia, posiblemente hermanos, ya que la mujer era demasiado joven para ser su madre.

Si este era el caso, esa preciosa mujer no era la que esperaba, pues esta debía llegar sola.

Con un suspiro, Mark esperó que alguien más bajara de la diligencia, pero cuando esto no sucedió su ceño se frunció. ¿Acaso habría perdido la diligencia la señorita Dobbs? ¿O es que se había arrepentido en el último momento y había decidido no viajar hasta Montana?

Mark se sintió apesadumbrado ante esta posibilidad, ya que se había ilusionado con esta relación. No sabía muy bien qué hacer, cuando se percató de que la mujer le miraba fijamente, ajena a las palabras de bienvenida del señor Young.

A su orgullo le encantó que se fijara en él y no prestara atención al hombre más refinado. Esto hizo que le sonriera y ella le devolviera una sonrisa radiante.

Después, la mujer dijo algo al señor Young y a la anciana que permanecía a su lado a la espera de sus equipajes. Luego cogió de la mano al niño que parecía asustado y comenzó a caminar hacia él.

Mark tragó saliva y se quitó el sombrero, para inmediatamente después pasarse una mano por su pelo. No quería parecer desarreglado, pero dudaba mucho que su pelo siguiera en su sitio.

Y entonces tuvo la certeza, de que esa mujer que se le acercaba decidida era la señorita Dobbs. No supo muy bien cómo estaba tan seguro, pero algo dentro de él se lo dijo. La mujer que esperaba era la criatura más hermosa que había visto en la vida, y se había parado frente a él.

—Disculpe, no quiero molestarlo, pero ¿es usted por casualidad el señor Turner? —Al ver que no le contestaban la mujer continuó hablando—. Se supone que debo encontrarme con él en la parada de la diligencia y me preguntaba si usted podría ser ese caballero.

Mark arqueó una ceja, encantado con su valentía y resolución. Nunca le habían gustado las damas apocadas y cabizbajas, que apenas alzaban la voz para hablar, y que parecían a punto de desmayarse o gritar por cualquier tontería.

Esta mujer, además de hermosa, era decidida y eso era algo más valioso que su belleza. Aunque no tenía intención de protestar o poner una traba a su magnífico aspecto, de hecho, estaba más que encantado de que fuera tan bonita.

—¿Eres la señorita Dobbs, de Providence? —preguntó a pesar de que supiera que era ella.

La cara de la muchacha se iluminó haciéndola aún más bonita, si eso era posible, y se acercó un paso más soltando al hacerlo la mano del niño.

—Así es. Soy Hope Dobbs. ¿Entonces usted es...?

—Soy Mark. Quiero decir, Mark Turner. —Se sintió estúpido por comportarse como un chiquillo imberbe que balbuceaba ante la presencia de una mujer hermosa.

—Es un placer conocerlo, señor Turner, —afirmó Hope antes de extender su mano hacia él.

—Igualmente.

De pronto, recordó al pequeño que se escondía callado tras ella y lo observó con el ceño fruncido. No tenía la intención de asustarlo, pero fue evidente por cómo se estremeció el niño, que eso fue precisamente lo que consiguió.

La señorita Dobbs también pareció recordarlo, pues bajó su mirada y su sonrojo se acentuó. Luego, instintivamente, puso una de sus manos en el hombro del pequeño, como si lo estuviera protegiendo.

Ver como lo cuidaba le conmovió, pues aunque él siempre amó a su hermano Owen, este nunca le mostró ese cariño. Más bien, se molestaba por tenerlo siempre encima y se quejaba ante sus padres cuando les hacían hacer alguna tarea conjunta.

El sonido de un bolso de viaje cayendo al suelo sacó a ambos de una pausa incómoda, devolviéndolos a la realidad.

Mark miró a la diligencia y comprobó que el conductor, junto con otro muchacho que no había visto llegar, estaban descargando el equipaje y lo apilaban en la acera, no muy lejos de ellos.

Sabía que esos bártulos pertenecían a la mujer y al niño, pero antes de hacerse cargo de ellos, quería que la muchacha le explicara la presencia de este.

—¿Y el pequeño es? —procuró ser neutral en su tono, pero el chico se sobresaltó al saber que se referían a él.

En ese momento, a Hope le hubiera gustado ser más valiente, pues había llegado la hora de la verdad y había perdido toda su resolución.

Se había alegrado cuando al bajar de la diligencia había descubierto al hombre apartado observándolos. Desde el primer momento que lo vio supo que debía ser el señor Turner, ya que el otro era demasiado refinado para ser un granjero. Por no decir que, su porte de pavo real no cuadraba bien con el temperamento sencillo que parecía mostrar el señor Turner en sus cartas.

Ese hombre que la miraba era fuerte y de hombros anchos y con la piel algo oscura por el sol. Solo que, por su postura, parecía incómodo, y eso no cuadraba con como ella se lo había imaginado.

Mirándolo más detenidamente, le pareció un hombre muy atractivo con su cabello rubio y sus ojos claros que la miraban impresionados. Era evidente por como la contemplaba, que le agradaba su aspecto y esto le había dado más confianza. Pero en ese instante, ante la hora de la verdad, no se sentía gallarda como antes.

—¡Oh! —exclamó mientras retrocedía un paso—. Es mi hermano menor Harry, tiene nueve años —soltó como si eso explicara que le acompañara.

Cuando fue evidente que el señor Turner quería saber más, Hope colocó la mano en la espalda de un reacio Harry y le empujó para que este diera un par de pasos y se colocara frente al hombre.

—H-hola —balbuceó Harry sin levantar la vista—. Encantado de conocerlo, señor Turner.

Mark no tuvo ninguna duda de que los dos estaban asustados, al no saber cómo iba a reaccionar él, y para ser sincero, ni él mismo lo sabía. Lo único de lo que estaba seguro era que su futura esposa había sido deshonesto con él, al no mencionar a su hermano, y tenderle esa encerrona.

¿Por qué le había engañado? ¿Acaso creía que no iba a aceptar al niño? Le había dicho que estaba sola en el mundo y no era verdad. Contra más lo pensaba, más furioso se sentía.

Al mirarla a la cara y ver su miedo supo lo que había sucedido.

Debían de estar desesperados al estar solos en el mundo y solo vieron en él la oportunidad de buscar un futuro mejor. ¿Pero acaso no sabía él ya eso? ¿Por qué si no esa muchacha iba a casarse con un extraño?

Volvió a mirar a los dos hermanos y como ella, colocada tras Harry, le cogía por los hombros dándole ánimos. Estaban esperando a que él indicara algo, pero no sabía qué decir.

—Me imagino que querrás que viva con nosotros —¿inquirió Mark?

La severidad en la mirada de Hope fue suficiente respuesta, aunque esta le contestó:

—Por supuesto. Mi hermano y yo no pensamos separarnos. Si se queda conmigo también tendrá que quedarse con él.

—¿Por qué no me hablaste de él? —indagó Mark.

—Yo... no estaba segura de que usted lo aceptara. Y no podía arriesgarme. Deseábamos tanto venir aquí, que...

Una parte de Mark se sintió alagado de que quisieran tanto estar con él, pero todavía no podía pasar por alto el engaño.

—Pensaste que no te aceptaría si me decías que vendrías con tu hermano —lo afirmó, más que preguntarlo.

—Así es.

—Bueno, ya no podemos hacer nada, ¿verdad? No podemos devolverlo a Providence. —El tono de su voz se había vuelto más alto, más agitado.

—Si él se va, yo me voy con él.

Mark respondió con una mirada furiosa.

—Eso es lo que pensé.

Hope se dio cuenta de que poco a poco el señor Turner se agitaba más, poniendo en peligro su permanencia en esa tierra. No quería pensar en qué sería de ellos sin la ayuda de ese hombre, por lo que decidió cambiar de estrategia y calmarlo.

—Lamento no haberle hablado de mi hermano, pero como le he dicho temí que no nos aceptara y no tengo otro lugar a donde ir.

Mark no dijo nada. Todavía estaba reflexionando sobre esta nueva información cuando Hope continuó hablando:

—No se arrepentirá si nos acepta. Somos trabajadores y aprendemos rápido. Además, los dos podríamos serle de mucha ayuda en su granja.

Mark miró a Hope y luego a Harry. No estaba seguro de qué hacer. Por un lado, había sido engañado por una mujer por segunda vez en su vida y no estaba muy contento con ello. Sobre todo, cuando le había dejado muy claro que solo le pedía honestidad. Por el otro, no era un desalmado y podía entender la desesperación de Hope.

Se preguntó qué pasaría si los rechazaba. No se sintió a gusto al imaginar donde podían acabar. No sería capaz de vivir con algo así en su conciencia. Ya tenía demasiadas cosas del pasado que lo atormentaban, para añadirle más carga a su alma.

—Dormiré en el establo con los animales si es necesario, señor Turner, y no comeré mucho. Se lo prometo.

La voz temblorosa de Harry conmocionó a Mark. ¿De verdad tenía que pensárselo? ¿Quería ser esa clase de hombre?

—No nos rechace. —La voz lastimera de Hope fue la gota que calmó el vaso.

Mark cerró los ojos, respiró hondo y suspiró profundamente. Luego se pasó la mano por el pelo y se puso el sombrero antes de hablar:

—Está bien, —dijo con severidad, al no querer dar la sensación de ser un blando—. Podéis quedaros. Pero es mejor que el muchacho no cause ningún problema.

—No lo hará —prometió Hope con confianza—. Me aseguraré de eso.

Mark asintió con la cabeza y pudo apreciar como una sonrisa se formaba en la boca de la señorita Dobbs. Antes de quedarse embobado mirándola, carraspeó y dijo:

—Podéis llamarme Mark. Al fin y al cabo, vamos a vivir juntos.

—En ese caso puedes llamarme Hope.

Mark asintió y se acercó al equipaje donde se puso a hablar con el muchacho que lo vigilaba.

Al parecer durante su charla, la anciana, el señor Young y el conductor se habían marchado, dejando a un aburrido joven a la espera de órdenes.

—Lo hemos conseguido Harry. Tenemos un nuevo hogar —le dijo Hope.

—No estoy seguro de eso. Creo que no le gusto al señor Turner —se quejó el pequeño.

—Tonterías. Te portarás muy bien y harás tus tareas en la granja. Ya verás como el señor Turner... quiero decir Mark, acaba encantado.

Harry miró por el rabllo del ojo a ese hombre de aspecto recio y duro. No estaba tan convencido como su hermana, pero prefirió callarse. Sabía que había logrado un gran triunfo y no quería estropear la alegría que por

primera vez en meses veía en Hope.

Aun así, tendría mucho cuidado de no enfadar al señor Turner, o Mark, como les había dicho que le llamaran.

## Capítulo 7

Cuando los tres salieron de la ciudad, los hermanos pudieron observar maravillados el paisaje que rodeaba Polson. Si bien Hope, había apreciado la vista que contemplaba por la ventanilla de la diligencia, Harry recién en ese instante comenzaba a percibir el esplendor del lugar, por haberse pasado gran parte del viaje durmiendo.

La propia ciudad de Polson se encontraba en una llanura y esta, a su vez, era coronada por un espectacular macizo de montañas. Algunas agrupaciones de árboles se acercaban al pueblo, pero su belleza no podía igualar al denso bosque que tenían ante ellos.

Conforme avanzaban y se acercaban a este bosque, más baches presentaba el camino.

Mark había vivido allí toda su vida, por lo que no le impresionaba la visión de estos enormes árboles. Quizás, por ese motivo, estaba más pendiente de Hope, que viajaba a su lado en el pescante y menos de lo que les rodeaba.

Por esa razón, notó varias veces cómo Hope se inclinaba hacia él cada vez que el carro golpeaba una parte irregular del camino o se desviaba un poco.

También notó la forma en que ella trató de compensar su peso hacia el lado opuesto, para no tocarlo directamente. Mark no pudo evitar darse cuenta de cómo se encontraba deseando que ella se acercara un poco más cada vez que el carro se balanceaba.

Le echó la culpa al frío que comenzaba a abrumarlos cuando el sol desapareció en gran medida bajo las copas de los árboles, pero incluso en el fondo de su mente sabía que era más que eso.

Ajena a este acercamiento, Hope le señalaba a Harry de vez en cuando algo que le llamaba la atención y Harry, tras ellos, lo contemplaba todo con los ojos bien abiertos, sin apenas parpadear.

Las hojas rojas, naranjas y amarillas caían a su alrededor mientras avanzaban, con tanta intensidad, que el camino se veía cubierto de ellas. Cuando el sol comenzó a resurgir de entre las copas de los árboles, quedó claro que estaban saliendo del bosque.

El camino se podía ver ya más claramente y a lo lejos pudieron apreciar unas colinas que se alzaban.

—Antes de llegar a esas colinas está la granja —les anunció Mark cuando vio como las observaban.

—¿Entonces no queda muy lejos de aquí? —Quiso saber Hope, al imaginarse que tarde o temprano tendría que ir al pueblo y debería aprenderse el camino para no estar dependiendo de Mark.

—A casi dos millas. Esta cerca del pueblo.

Hope asintió, ya que sabía que para un rancho de Montana, esa distancia se consideraría a tiro de piedra.

Después de avanzar un poco más, llegaron a una bifurcación en el camino y siguieron a la izquierda. Desde ahí ya se podía ver una cabaña de madera, lo suficientemente grande como para cobijar en su interior a una familia.

Hope se estremeció al verla, pues sabía que Mark vivía solo en la granja y no había esperado algo tan grande.

Mark debió notar su emoción y su extrañeza, pues le sonrió orgulloso.

—Creo que no te conté en la carta que la granja la heredé de mis padres. Ellos buscaban un buen lugar donde prosperar y construyeron una casa grande porque querían tener muchos hijos.

—¿Y lo consiguieron? Me refiero a si tuvieron muchos hijos —le preguntó ella risueña.

—No —respondió él y por sus ojos pasó una chispa de pesar. Fue tan breve, que si Hope no lo hubiera estado mirando no se habría percatado.

Hope decidió que no estropearía ese momento tan especial haciendo más preguntas, que podrían incomodarle; y simplemente, se empapó de la maravillosa sensación que sintió conforme se acercaba.

Se notaba que era un buen terreno, a pesar de que ella no entendía mucho de esos asuntos. Podían verse una cantidad reducida de animales y los humildes campos sembrados, que se extendían verdes ante ella.

Le había comentado que su granja no era muy grande, pero al contemplarla, la encontraba ideal para ellos. Daba

igual a qué punto cardinal mirara, sabía que esa heredad le pertenecía a Mark. Y aunque él pudiera creerla poco extensa, se podría considerar de un tamaño bastante decente para el lugar de donde Hope provenía.

—Es muy hermoso —soltó ella a unos pocos metros de la casa y con la visión del campo de maíz extendiéndose hasta el horizonte.

Mark detuvo el carro frente a la casa y se quedó observando el lugar. Debía admitir que el sitio tenía cierto encanto, más aún cuando el sol bañaba de luz su propiedad y los sonidos de los pájaros, sus animales y el viento se convertían en una canción que solo un granjero sabría apreciar.

Él siempre había amado el rancho, después de todo, toda la vida había sido su hogar. Aunque en el pasado sucedieron cosas muy desagradables que prefería olvidar.

—Mi padre construyó todo desde cero con sus propias manos—, explicó Mark con la esperanza de que pudiera hacer que ella viera un poco más favorablemente la propiedad. Después de todo, si las cosas iban bien, también sería su casa.

—¿Tienes un perro? —Harry le interrumpió.

Mark no se atrevió a regañarlo ya que el entusiasmo de Harry era más que evidente. Sobre todo, por su forma de moverse en el carro, como si no aguantara más para bajarse.

—Desde que murió el viejo Tom no he vuelto a tener uno, pero no veo por qué no podemos conseguir otro —contestó el hombre.

La respuesta de Mark agradó a Harry, pues parecía a punto de comenzar a dar saltos.

—Podríamos conseguir uno pequeño. Yo me ocuparía de él hasta que fuera grande y le podría enseñar cosas —propuso el niño.

—Eso suena muy bien, Harry. Pero antes de que comiences a hacer planes, espera a que estemos instalados —le contestó Hope, aunque Harry estuviera mirando a Mark con los ojos bien abiertos.

—Ya has escuchado a tu hermana. Por el momento tendrás que esperar.

Mark bajó del carro y lo rodeó para ayudar a Hope a descender de este. Mientras, Harry, de un salto se apeó y salió corriendo hacia el gallinero, posiblemente porque el cacareo ruidoso de las gallinas le llamó la atención.

—Necesitaré ayuda con el equipaje, Harry, por lo que no te alejes demasiado —le gritó Mark consiguiendo que el chico frenara en seco, dudando entre recorrer la poca distancia que le quedaba para llegar al gallinero o volver al carro. En esa ocasión, sus buenos modales ganaron a su entusiasmo juvenil, y tras hundir los hombros, regresó a paso lento.

Al verlo tan abatido, Mark solo pudo sonreír, al recordar lo que era ser un niño. Después, regresó su mirada a donde Hope luchaba por bajar del carro sin caerse.

—Déjame ayudarte. —Le ofreció la mano, pero ella simplemente la miró, reusó su ayuda e insistió en bajar por su cuenta.

Mark se la quedó mirando con los brazos cruzados, como si esperara que ella cambiara de opinión o se viera obligada a pedirle su ayuda. Justo dos segundos después, Hope se pisó el bajo de su falda y trastabilló.

No hacía falta ser muy listo para saber que ella acabaría en el suelo, por lo que Mark se adelantó y la agarró firmemente por la cintura. No iba a permitir que por su terquedad se acabara lastimando.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hope mientras él la bajaba del carro y caía a sus brazos.

Mark no pudo evitar sonreír y retenerla un instante más de lo necesario antes de dejarla de pie en el suelo.

—Te estaba ayudando —contestó él encogiéndose de hombros, para quitarle importancia.

—No necesitaba tu ayuda. Podía hacerlo perfectamente sola.

Al mirarla colorada por completo ante él, con el moño medio deshecho y el ceño fruncido, Mark tuvo que admitir que se veía encantadora cuando se enojaba. Había oído decir, que las personas pelirrojas eran muy tercas, y su futura esposa parecía demostrar que esa afirmación era cierta.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que vea que estás a punto de abrirte la cabeza. —La voz de Mark no sonó como a regañina, sino más bien como una broma, por lo que Hope dejó de colocarse el cabello y se puso a sacudir enérgicamente la falda mientras lo miraba de reojo.

Mark ya había comenzado a dirigirse hacia la parte de atrás del carro, para descargar el equipaje, cuando la miró y la vio disgustada luchando contra su falda. Estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo y continuó

caminando.

De un saltó se subió a la parte trasera justo cuando llegó Harry.

—¿Tu hermana siempre tiene tanto genio? —le preguntó.

—Sí —declaró Harry sin pensárselo—. Más cuando te cuelas en la cocina y le coges una galleta o pisas el suelo con las botas sucias.

—¡Vaya! —exclamó Mark mientras le pasaba una maleta a Harry que no se sentía mal por contar esas cosas de su hermana—. Entonces deberé tener cuidado.

—Sobre todo no manches el suelo de barro. Se convierte en un ogro de tres cabezas cuando lo haces.

Mark tuvo que contener una carcajada al ver que Hope se acercaba.

—¿Necesitáis mi ayuda? —averiguó ella.

—Ya casi hemos terminado —le dijo Mark disimulando su sonrisa—. No habéis traído mucho equipaje.

—El agua se lo llevó casi todo —contestó Harry sin darle importancia al asunto.

Mark miró a su hermana cuando recordó que en una carta le comentó algo de una inundación.

—Ah sí, me comentaste algo —agregó para no incomodarlos, pues Hope pareció apenada.

Y así era, pero no solo por los recuerdos trágicos que traía consigo la inundación, sino por lo mucho que tuvieron que pasar después al vender lo poco que consiguieron rescatar de valor. Toda una vida de recuerdos vendidos como baratijas o simplemente perdidos. Algunos de ellos de un valor emocional incalculable, como el ajuar de su madre guardado para cuando ella se casara, y que el agua había arruinado.

—Podréis comprar en el pueblo todo lo que necesitéis. —Volvió a decir Mark al verla tan apenada.

Hope levantó la vista y lo miró, como si lo estuviera estudiando. Luego le sonrió y le dijo:

—Por el momento no necesitamos nada, pero te agradezco el ofrecimiento.

Lo que Mark no sabía era que Hope no quería aprovecharse de él, pues todavía no estaban casados y no deseaba deberle nada. Una vez que ambos estuvieran de acuerdo con el matrimonio, entonces no tendría ningún reparo en aceptar su generosidad. Ya era bastante con tener que alojarlos y darles de comer. Aunque pensaba pagarle con su trabajo y convencerlo de que era una excelente opción como esposa.

Por supuesto, se le había olvidado su arrebato de indignación de hacía unos escasos minutos.

## Capítulo 8

**M**ark continuaba apilando el equipaje de los hermanos a un lado del carro, mientras Harry le ayudaba metiendo en la casa los menos pesados.

Disimuladamente, observó a Hope y se preguntó qué clase de tratamiento debería tener con ella. Ya le había indicado que se tutearan, pero le resultaba extraño compartir la casa con una desconocida.

Sus cartas habían sido tan escasas, que no conocía sus gustos ni los detalles más necesarios para darle su espacio. No sabía a qué hora se levantaba cada mañana, si era ordenada, si le gustaría vivir aislada y miles de detalles más.

Sabía que algunas de estas particularidades las iría conociendo con el paso de los días, pero otras cosas más privadas, como sus ideas, gustos y pensamientos, tendría que averiguarlo por su cuenta.

Por ejemplo, se moría de curiosidad por saber qué era lo que pensaba de él. Era evidente que la granja la había impresionado, pero no sabía si era la clase de hombre que le interesaba. ¿Los prefería más refinados como el señor Young o más rudos y comunes como él?

Se decía que eso, por el momento, no importaba y que, al aceptar casarse con un granjero, debería saber que no se uniría a un tipo elegante. Aun así, su orgullo hacía que la observara de vez en cuando, deseando averiguar si la sonrisa que le dedicaba, en ocasiones, escondía la satisfacción de verse con un hombre que le agradaba o de resignación ante lo que le había tocado en la vida.

Por su parte, Hope cada vez estaba más nerviosa, no solo por encontrarse en un lugar nuevo y completamente maravilloso, sino por tener que compartir la casa con un extraño.

Estaba encantada de que Mark fuera un hombre tan bueno y comprensivo, pues había aceptado enseguida a Harry. Eso decía mucho de él y se alegraba de haberlo elegido.

No obstante, le ponía nerviosa no saber lo que pensaba acerca de ella o cómo se comportaría con una mujer bajo su techo, tomando en cuenta que podría hacer lo que quisiera con su persona al estar tan aislados; y lo peor de todo, sabiendo que no tenía a nadie en el mundo para defenderla, excepto a Harry. Pero se resistía a creer que Mark era esa clase de hombre, al no haber visto en él nada malicioso. Solo que, ¿sería demasiado inexperta para reconocer la lujuria en un varón?

Recordó lo mucho que se había alterado al sentir sus manos sobre su cuerpo, cuando la había cogido de la cintura para bajarla del carro.

El escalofrío que notó fue tan intenso e inesperado, que solo se le ocurrió exigirle que la soltara. Luego se dio cuenta de que se había alterado en exceso por algo que en realidad no tenía la menor importancia. Había sido tan confusa la sensación de sus manos sobre ella que se enfadó, demostrando su carácter.

Desde entonces, se atormentaba cavilando qué pudiera pensar de ella, pues sabía que a los hombres les gustaban las mujeres sumisas. Pero, ¿debía comportarse sumisa hasta que se casaran o debía demostrar que era una mujer fuerte que exigía respeto?

La verdad era que todo resultaba difícil de entender y lamentaba no tener a nadie a quién preguntar.

También había otro par de cuestiones que la atormentaban, como saber si tenía que tratarlo como su anfitrión, su prometido o... Porque era su prometido, ¿verdad?

Sus cartas habían sido tan escasas, que no sabía muy bien cuál era el lugar que ocupaba.

Hope no se dio cuenta de que había soltado un suspiro hasta que Harry y Mark la miraron. Sin querer que Mark sospechara de sus inseguridades buscó una excusa creíble.

—Me encanta como huele el aire —dijo.

Harry alzó la nariz e inhaló una bocanada de ese mismo aire.

—Pues a mí me huele a mierda de gallina —intervino el niño.

La mirada que su hermana le lanzó hizo que Harry cogiera una maleta y se metiera corriendo en la casa. Mark, por el contrario, aprovechó para hablar a solas con Hope.

Si iban a vivir juntos durante largos años, sería mejor que empezara a conocerla.

—Sé a lo que te refieres. El olor de la tierra y del maíz germinando al sol es especial. Es algo que solo un granjero que trabaja su tierra con sus propias manos puede experimentar. Y me alegro de que tú lo hayas percibido tan pronto —agregó el hombre.

Hope se sintió mal por haberle mentado, pues como su hermano, ella solo olía el estiércol del gallinero. Aun así, volvió a inspirar una bocanada de aire y se propuso acabar siendo una granjera capaz de percibir ese olor.

—¿Qué te parece si metemos esto en la casa y te enseño tu habitación?

—Me gustaría mucho —aseguró aliviada, pues solo seguía oliendo el estiércol.

Mark cogió los bártulos más grandes que quedaban, dejando a Hope una bolsa más pequeña y una cesta de mimbre. Nada más entrar en la casa ambos dejaron su carga a un lado de la puerta y ella observó todo a su alrededor.

—A la derecha está la cocina y a la izquierda un pequeño salón que utilizo de sala de estar —indicó él.

Hope asomó la cabeza a la habitación de su izquierda, y vio una estancia que parecía muy acogedora. Contaba con cortinas estampadas con flores, un armario con adornos y libros, una gran mesa con ocho sillas colocadas a su alrededor, unos tresillos que parecían muy cómodos y usados, así como un par de mecedoras frente a la chimenea.

Hope se imaginó que Mark mantenía los muebles de sus padres, por lo que ese rincón recogido frente al fuego debía pertenecer al matrimonio. De pronto, se vio sonriendo al imaginarse a ella y Mark ocupándolos en las largas noches de invierno. Una cálida sonrisa que rápidamente desvió al notar como Mark la observaba.

Un ruido procedente de la cocina distrajo la atención de Mark, y Hope pudo volver a respirar. No sabía que era lo que ese hombre le hacía sentir, pero si seguía contemplándola así, no estaba segura de que sus piernas la sujetaran.

¿Por qué la miraba de esa manera? ¿Por qué ella se sentía arder cuando la observaba?

La cara manchada de pecas de su hermano la distrajo de sus cavilaciones, cuando lo vio asomarse por la puerta de la cocina.

—¡Mira Hope! La cocina es más grande que la de nuestra casa —dijo Harry.

Hope supo que se refería a la de la casa de sus padres en Providence, ya que la cocina de la habitación que tenían alquilada apenas contaba con una estufa para cocinar y una mesa.

Al asomarse Hope se quedó con la boca abierta al ver la luminosidad y la amplitud de la habitación. Contaba con una gran mesa con sus sillas debidamente colocadas. También tenía una estufa grande, diseñada para cocinar comidas abundantes. Junto a esta había un fregadero, y más allá, se ubicaban una gran cantidad de armarios y alacenas.

Mark entró y se dirigió a una puerta que estaba cerca de la estufa. Al abrirla, reveló que tenía una despensa de un tamaño en la que se podía entrar. La cantidad de comida en ese lugar era más de la que cualquiera de los hermanos había visto en mucho tiempo.

Se dio cuenta que Mark debía ser un hombre muy organizado, pues no había nada fuera de lugar, y de que la granja, a pesar de su tamaño, proveía en abundancia. Se hizo una nota mental para tener esto en cuenta, al no querer desajustar su vida con su llegada.

—Suelo hacer tres comidas al día. No soy muy exigente y me gusta tomarme una taza de café por las mañanas y al anochecer —dijo él.

—¿Te levantas muy temprano? —preguntó Hope.

—Justo antes de la salida del sol.

Las caras de los dos hermanos le indicaron a Mark que ellos solían levantarse algo más tarde.

—No hace falta que os levantéis tan temprano, pero cuesta mucho trabajo llevar la granja y se suele empezar pronto.

—Nos acostumbraremos, ¿verdad Harry?

Cuando el niño tardó en contestar, como si no estuviera muy seguro de que eso sucediera, Hope trató de volver a llamar la atención sobre él.

—Ya te dije que somos gente trabajadora. En Providence trabajaba desde por la mañana hasta por la noche, tanto en una tienda de suministros como ocupándome de la casa.

Se calló, prudentemente, que su casa alquilada en Providence, por aquel entonces, cabía en su cocina.

—No lo dudo, y estoy seguro de que poco a poco os iréis acostumbrando —añadió Mark—. Me vendría muy

bien una mano que me ayudara con los animales, y creo que Harry serviría muy bien para ese puesto.

Mark se quedó mirando a Harry para saber si le gustaba su idea, y por la cara ilusionada del niño, supo que le había agradado. Dejaría para más tarde decirle que las vacas se ordeñaban antes del amanecer y que a sus gallos no les gustaba que un extraño entrara en su gallinero.

—¿Qué te parece Harry? —preguntó.

—Me gusta la idea. —No tardó en contestar el niño, pensando que esa tarea sería mejor que trabajar en el campo; aunque terminara oliendo a estiércol.

—Entonces, ¿qué te parece si empiezas ocupándote del caballo mientras yo le enseño la casa a tu hermana?

Como respuesta, Harry le sonrió y salió disparado de la cocina.

—Gracias —le dijo Hope cuando se quedaron a solas.

—¿Por hacer trabajar a tu hermano? —le preguntó con ironía, al incomodarle que ella le mirara como si hubiera hecho algo maravilloso.

—Por hacer que se sienta como en casa. —Hope agachó la cabeza y continuó hablando—: Debo confesar que me asustaba llegar a Polson al no saber cómo reaccionarías al ver a Harry. Sé que hice mal al no hablarte de él en las cartas, pero tenía tanto miedo de que te negaras, que pensé que una vez aquí...

—No tendría más remedio que aceptarlo.

Hope asintió visiblemente apenada.

—Admito que me decepcioné por esa encerrona. Creí que había quedado claro que buscaba honestidad, y lo primero que sé de ti es que me has mentado. Pero...

Mark calló al ver unas lágrimas que comenzaban a caer por el rostro de Hope. Por nada del mundo quería que su primer recuerdo en ese lugar fuera de tristeza, por lo que sin pensarlo se acercó a ella y le cogió de las manos.

—No te preocupes. Lo comprendo. Y debo admitir que fuiste muy lista al haber actuado así. No estoy seguro de haberte aceptado si no hubiera visto lo unidos que ambos estáis, y lo bien que podéis encajar en este lugar —la tranquilizó Mark.

La cara de Hope se transformó al escucharle. Lo miró fijamente sin soltarle de las manos y sin dejar más lágrimas fugitivas por su cara. En su lugar apareció una pequeña sonrisa que se clavó directamente en el pecho de Mark.

¡Dios, que tenía esa mujer que lo alteraba tanto!

—¿Lo dices en serio? —inquirió ella.

—¿El qué? ¿Que hiciste bien o que encajáis bien en la granja?

Hope soltó una carcajada que llenó de luz la casa. Por fin, después de años de silencio, tristeza y soledad el hogar parecía que volvía a la vida.

—Me imagino que te pregunto por ambas cosas.

—Así lo creo —le contestó mirándola serio a los labios.

Los ojos de ambos se observaron en silencio. Como si estuvieran viendo más allá de sus simples rostros y estuvieran buscando algo afín en sus corazones que los uniera. Hasta que un ruido de fuera de la casa les devolvió a la realidad y se separaron como si hubieran estado haciendo algo indebido.

—¿Seguimos viendo la casa? —preguntó Mark con la voz un poco ronca y el cuerpo temblando de... excitación.

—Por supuesto —contestó ella también nerviosa y un poco avergonzada.

En silencio, salieron de la cocina y continuaron por un pasillo corto que conducía a dos habitaciones que estaban en lados opuestos del pasillo.

Mark abrió la puerta del lado derecho y le mostró uno de los dormitorios que sería para uno de los hermanos.

—No tenía pensado que se ocuparían los dos, por eso solo arreglé este —expuso.

Hope se asomó y quedó sorprendida, no solo por lo grande que era, sino porque estaba adornado con detalles que indicaban que era una habitación de mujer. Incluso había un pequeño ramo de flores campestres en un pequeño jarrón que casi hicieron llorar a Hope.

Se notaba que Mark se había esforzado para que ella se sintiera cómoda en la casa, y se preguntó si por ese motivo la vivienda estaba limpia, recogida y la despensa llena.

Se sentía tan bien y tan agradecida, que hubiera deseado saltar y gritar de júbilo. No se había equivocado con ese hombre, y se juró que haría todo lo que estuviera en sus manos por ser su esposa.

—¿Te gusta? —le preguntó cuando ella no dijo nada.

—¡Es maravillosa! —exclamó mirándolo a los ojos. Cuando Mark vio su felicidad suspiró aliviado, al haberse temido lo peor ante su silencio—. No me esperaba algo así. Es perfecto y te lo agradezco muchísimo.

Incómodo, Mark no supo qué hacer con las manos y se pasó una de ellas por su cabello. Una manía que tenía cada vez que se ponía nervioso.

—Me alegra que te guste. El otro...

—¡Oh! No tienes que preocuparte. Entiendo que haya que arreglarlo. Me ocuparé de él en cuanto coloque mis cosas en mi dormitorio.

De pronto Mark se percató que estaba dentro del dormitorio de Hope y dio un paso atrás como si quedándose en el dintel de la puerta, fuera más correcto. Verla dentro de la habitación observándolo y tocándolo todo lo dejó ensimismado por unos segundos. Le gustaba verla ahí, en su casa, llenándola con su presencia y su vitalidad.

Le encantó la forma en que después de mirarse al espejo se colocó un mechón suelto de cabello tras la oreja, y cómo se sonrojó al mirarlo mientras lo hacía.

Sintió la boca seca, más aún cuando pasó su mano por la cómoda de madera que había limpiado el día anterior. Imaginó cómo se sentirían esos dedos por su cuerpo y un calor digno de una tarde de agosto lo dejó acalorado y temblando.

—Bueno... —balbuceó Mark sabiendo que tenía que salir de ahí cuanto antes—. Mi dormitorio está arriba. La primera puerta a la derecha. Te lo digo por si necesitas....

¿El qué?

La mente de Mark se quedó en blanco. ¿Para qué lo necesitaría ella en la habitación? Las imágenes que le vinieron a la mente le hicieron arder más y las mantuvo en silencio para que una señorita tan educada como su prometida no saliera corriendo.

Su prometida. Esa idea le gustó y le hizo sonreír como un tonto.

Cuando la sonrisa de Hope desapareció y lo miró seria, entonces deseó que la tierra se lo tragara por si había dicho algo en alto que no debía o por si su cara al hablar de su dormitorio había puesto al descubierto sus pensamientos.

—Yo, esto... Voy a por el resto del equipaje mientras lo miras todo y revisas el dormitorio de tu hermano.

Un segundo después, Hope se quedaba sola en el dormitorio, preguntándose que había dicho o hecho para que Mark pusiera una cara tan rara y saliera de forma tan precipitada.

Con disimulo, se miró la falda y luego volvió a mirarse en el espejo, pero no encontró nada para esa última mirada de Mark. Era difícil comprender a los hombres, especialmente a Mark.

Encogiéndose de hombros se arremangó las mangas de su vestido y decidió que después de refrescarse la cara y los brazos con agua, se pondría a colocarlo todo, a ordenar la habitación de su hermano y a preparar la cena.

Aunque pensándolo bien, quizás el poco queso que le había sobrado de la comida, y que aún estaba en la cesta de mimbre, le vendría muy bien antes de ponerse a trabajar.

Ya no sentía ese nudo en el estómago que se hacía más grande cada día, hasta hacerse doloroso. Sin embargo, Hope notó que misteriosamente había desaparecido el queso, y por primera vez en semanas tenía hambre.

Sonriendo miró a su alrededor y se dirigió a la ventana. Después la abrió y olfateó el aire que entraba en su nueva habitación. Puede que este oliera un poco a estiércol, pero por lo demás todo era perfecto.

La granja, la casa, su dormitorio y...Mark.

Un hombre que había resultado toda una sorpresa y que cada vez le agradaba más.

¿Y que más daba si a su alrededor olía a mierda de gallina? Lo importante era que ese sitio le encantaba y le hacía sentirse como en casa.

## Capítulo 9

**E**l primer enfrentamiento entre Mark y Harry no tardó mucho en llegar.

Sucedió bien temprano en la mañana, cuando Harry, aún dormido, entró en el gallinero resuelto y se encontró picoteado por un par de pollos. El niño trató de quitarse a esos animales molestos de encima, pero con cada patada que daba, estos se ponían más furiosos y alarmaban más a las gallinas que se pusieron a cacarear a gritos.

Curioso, Mark se acercó al gallinero y vio a Harry rodeado de pollos que saltaban desquiciados sobre él. Se notaba que el muchacho estaba asustado, por lo que tuvo que sacarlo cogiéndolo de un brazo y tirando de él con fuerza.

Una vez fuera, comprobaron que el cuerpo de Harry estaba cubierto de plumas y buena parte de los brazos llenos de picotazos. Por suerte, los fuertes pantalones impidieron que las lesiones llegaran a ser importantes en las piernas y solo le picaban las pantorrillas.

Harry no estaba acostumbrado a verse rodeado de animales atacándolo, por lo que le temblaba todo el cuerpo y solo deseaba ir con su hermana; pero cuando vio como Mark le miraba enfadado, todos sus temores desaparecieron y quedó solo el orgullo herido de los Dobbs.

—Tus gallinas están locas. Han tratado de matarme —se quejó.

—Te dije que no entraras solo —le recordó Mark—. Que primero te enseñaría a ordeñar a las vacas.

—Pero no te he visto y he creído que podía adelantar trabajo.

—Que no me veas no significa que no te esté esperando. A partir de hoy mismo, cada mañana antes de que salga el sol, te vas derecho al establo. Y no quiero excusas.

Harry agachó la cabeza al saber que Mark tenía razón y la culpa había sido suya. Había salido corriendo de la casa al saber que se había dormido, sin ni siquiera coger un abrigo y deseoso de demostrar su valía.

Sin más que decir por parte de los dos, ambos se encaminaron al establo a ordeñar a las vacas. Así, por lo menos, les daban tiempo a las gallinas y a Harry para que se tranquilizara.

Una hora después, en el interior cálido del establo, cuando por fin parecía que le había cogido el tranquilo a ordeñar y tenía su cubo medio lleno, la vaca le había dado una coz y lo había tirado al suelo. Con la mala suerte de que le había vertido la leche encima.

—Te dije que no apretaras tanto la teta —indicó Mark mientras ordeñaba con maestría la vaca continua. No había reproche en su voz, pues sabía que ordeñar era algo que solo se aprendía con la práctica, pero a Harry le sonó a regañina. Quizás porque aún estaba molesto por el incidente con las gallinas, o porque le dolían los picotazos y tenía frío a pesar del calor del establo.

El niño volvió a sentirse estúpido al haber insistido en no ir a la casa a por algo de abrigo y por ser tan desastroso en las cosas de la granja

—No tengo la culpa de que esta vaca sea tan quisquillosa. Además, no tengo tanta experiencia con las tetas como tú. —En el acto se sonrojó y se puso de pie tiritando de frío. Quería darle una patada al cubo de la leche volcado, pero en su lugar volvió a colocar el taburete y comenzó de nuevo.

Mark trataba de no reírse para no enfadar más al muchacho, pero le gustaba ese genio al recordarle al de su hermana. Sin lugar a duda, este par de hermanos pelirrojos eran de armas tomar y sus enfados le harían divertirse en más de una ocasión.

Aunque, seguramente cuando el fuera el blanco de su enojo no sería tan divertido.

—Mira el lado bueno de esto. Ahora, gracias a la leche que te has echado encima, no se te ve la sangre de los picotazos.

El silencio a su lado le indicó que su broma no le había gustado.

Y después con la mañana ya comenzada, los animales bien atendidos y el campo revisado, Mark se enfrentaba al

segundo encontronazo con Harry.

Los tres estaban sentados a la mesa de la cocina después de una espléndida comida. Mark estaba de un humor excelente con el estómago lleno de manjares que no había probado en mucho tiempo. El asado se había desecho en su boca y la mantequilla estaba simplemente perfecta.

Habían comenzado a hablar mientras terminaba su taza de café y los hermanos fregaban los cacharros, cuando Harry le hizo una simple pregunta:

—¿Puedo ir a inspeccionar la granja?

—Sí, claro. Pero no te alejes mucho. Cerca está la reserva india de Flathead<sup>[1]</sup> y no es conveniente que andes solo. —El semblante de Mark al mencionar a los indios se endureció tanto que Hope se asustó.

—¡Dios mío! ¡Hay indios por aquí cerca! —exclamó Hope.

—Bueno, no están muy cerca, pero no quiero que Harry se aproxime a la reserva. Los indios suelen rondar por el lago y prefiero no tener problemas con ellos.

—Claro —contestó ella atemorizada mientras miraba con recelo por la ventana.

Mark se sintió culpable por haberla asustado sin motivo. Al fin y al cabo, desde el incidente, hacía ya ocho años, no había tenido ningún problema con los indios. Incluso, si era sincero consigo mismo, fue él quien lo comenzó todo. Aun así, quería mantener esa parte de su vida oculta, y si el niño se acercaba a la reserva, todo quedaría al descubierto.

Por ese motivo decidió que prefería hacerles creer que estaban en peligro, para que así no se adentraran y no hubiera problemas.

—No son peligrosos si los dejas tranquilos. Así que chico, procura no alejarte mucho y, si ves uno, sal corriendo.

Harry asintió todavía con la boca abierta. ¡Había indios en ese lugar! ¿Arrancarían la cabellera como había leído en los relatos del oeste de un centavo? ¿Vivirían en esas casas tan extrañas?

Todos los inconvenientes de ese día se le olvidaron, quedando en su mente el deseo de la aventura. Se imaginó observando de lejos la reserva india y olvidó la prudencia.

—¿Puedo acercarme un poco para verlos? —insistió.

Su pregunta fue inocente, pero la mirada fría que Mark le dedicó le aseguró que se había metido en un buen lío.

—¿Acaso no me has escuchado? Ese sitio es peligroso. ¡No quiero que te acerques y punto! —reiteró el hombre.

—Mark, lo estás asustando —intervino Hope.

Solo cuando escuchó la voz preocupada de ella se dio cuenta de que le había gritado al muchacho. No estaba seguro de qué le había sucedido, pero algo dentro de él estalló y lo había pagado con Harry.

Este se mostraba cabizbajo e intimidado, como si le hubieran echado una buena regañina. Después de la mañana que Harry había tenido, Mark no quería que se molestara más con él. No pretendía que lo viera como su enemigo, pero se daba cuenta de que, si seguía ese camino, el niño terminaría temiéndolo o, simplemente, apartándose de él.

Y eso era algo que no deseaba. No cuando había organizado todo el asunto de la novia por correo para tener una familia y poder vivir por fin en paz.

—Lamento si te he amedrentado, Harry. Solo quería hacerte ver que no era una buena idea —explicó Mark.

Harry asintió, pero todavía se negaba a levantar la cabeza y mirarlo.

—Mi hermano lo ha entendido, ¿verdad, Harry? —salió Hope en su defensa, dividida entre abrazar a Harry para consolarlo o mantenerse en su sitio. Sabía que esa discusión era muy importante, no solo por el tema de los indios y su seguridad, sino porque no podía desacreditar la autoridad de Mark. No si quería que Harry comprendiera que Mark era el cabeza de familia y debían respetar sus decisiones.

—No te preocupes, Mark, no me alejaré mucho. —La voz de Harry sonó apagada, pero no soltó ni una sola lágrima. Solo se levantó, se colocó el abrigo y salió arrastrando los pies de la casa.

Hope no estaba segura de que su hermano no acabara metiéndose en problemas, pero decidió darle un voto de confianza.

—Harry es un buen chico, es solo que aún necesita más tiempo para adaptarse —lo defendió.

—Lo sé. Sé que le está resultando complicado y no quiero parecer un ogro, pero necesita saber desde hoy mismo lo que puede y no puede hacer.

Hope asintió mientras se restregaba las manos en su mandil. Ya habían terminado de fregar los cacharros de la

comida, pero le quedaban muchas cosas por hacer, como recoger las sábanas que había tendido esa misma mañana.

—Será mejor que continúe con mis cosas. Quiero preparar pollo frito para cenar y todavía tengo muchas cosas pendientes —habló ella.

Mark asintió aún sentado en la cabecera de la mesa, cuando detuvo a Hope con sus palabras.

—Gracias —le dijo.

—¿Por qué?

—Por no haberme desautorizado. Sé que te ha resultado difícil no ir a consolar a tu hermano y que lo has hecho por mí, para que me respete.

Hope quiso preguntarle cómo se había dado cuenta, pero se imaginó que su deseo de ir a abrazar a su hermano fue demasiado fuerte y Mark lo había notado. Llevaba tanto tiempo cuidándolo que no era de extrañar ese fuerte vínculo entre ambos.

—Quiero que esta granja sea nuestro hogar. —Se calló que también quería que él fuera su marido, y por como Mark la observó, quizás también se dio cuenta de su deseo.

—Yo también lo quiero. Y me alegra lo bien que has encajado en este lugar, pero, sobre todo, agradezco a Dios que te haya puesto en mi camino.

Hope se ruborizó al escucharlo, al mismo tiempo que su corazón se ensanchó en su pecho. Advertía en la mirada de Mark su interés por ella y eso le agradaba. Quería gustarle y que la deseara para que no tuviera ninguna duda de hacerla su esposa.

—Yo también te lo agradezco. Esa carta... venir aquí y poder empezar de nuevo, significa mucho para nosotros —se sinceró la muchacha.

Mark asintió y se levantó de la silla sin dejar de mirarla.

Por un segundo, ninguno de los dos sabía qué hacer, al estar sumidos en una situación tan intensa. No querían estropear el vínculo que se estaba formando entre ellos, ni tampoco podían alejarse. En su lugar permanecieron quietos como si esperaran a que el cielo se abriera y Dios en persona bajara para decirles qué paso debían dar en ese instante.

—Será mejor que continúe con mis tareas. —La voz de Hope atravesó el espacio que les separaba sacándoles de ese trance tan extraño.

—Sí, claro. Yo también tengo muchas cosas que hacer.

—Te veré entonces a la hora de la cena —comentó ofreciéndole una sonrisa y sin más Hope desapareció llevándose consigo un corazón desbocado. Se alegraba cada segundo más de haber elegido a ese hombre.

Por su parte, Mark se quedó mirando la puerta que quedó vacía y sonrió ante el recuerdo de esa sonrisa y de sus palabras.

Hope anhelaba que la granja fuera su hogar, y él estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que eso sucediera.

## Capítulo 10

Quería parecer un hombre de verdad, como Mark, pero había quedado como un mocoso torpe. Fuera de la casa el viento gélido anunciaba que el invierno se acercaba, pero Harry apenas prestaba atención, al no importarle sentir el aire frío del norte en la cara.

Solo podía pensar en lo estúpido que había parecido durante todo el día, especialmente delante de Mark. Se sentía mal porque había puesto muchas ilusiones en su nuevo futuro, como había insistido Hope en llamarlo, y ya no estaba seguro de que encajara allí.

Le gustaban los animales y cuidar de ellos, aunque no sabía que iba a ser tan complicado. Le había encantado la idea de mudarse y empezar de nuevo, más aún en una granja, pero en ese momento se preguntaba si el campo era para él.

Además, estaba Mark. Pensó qué sucedería si Mark decidía que no lo quería en la granja al ser una carga más y se estremeció.

Se daba cuenta de cómo miraba a Hope y cómo esta le correspondía. Y eso hubiera estado perfecto, porque le gustaba Mark, pero ¿qué podía hacer si no lo aceptaba en su casa? ¿Se iría Hope con él o preferiría quedarse con Mark?

Recordaba las palabras de su hermana cuando le aseguró que estarían siempre juntos, pero, ¿seguiría siendo así si se enamoraba de Mark? Al fin y al cabo, Hope era una mujer, y ya se sabía que las mujeres siempre acababan enamorándose.

No sabía cuándo las lágrimas habían comenzado a surcar su rostro, pero no deseaba que lo vieran llorar. Su reacción les indicaría que seguía siendo un niño molesto. Tenía que demostrarles que era un hombre y que podía ser responsable.

Comenzó a andar para tratar de ocultarse, mientras recordaba cómo había sido su vida antes de llegar a Polson.

La imagen de la gente que se reía de él en Providence le hizo enfurecer y caminar más rápido. No podía volver a los insultos, a los chicos de su clase haciéndole la vida imposible, a la gente que lo miraba de reojo o se alejaba de él como si tuviera la peste.

Nunca había hablado de todo ello con su hermana, porque sabía que ella también lo estaba sufriendo y solo conseguiría angustiarse más, pero dolía mucho ser un paria al que nadie apreciaba, y él solo anhelaba que lo quisieran.

No se dio cuenta de los árboles que se encontraba a su paso, ni del ruido que surgía del bosque. Harry simplemente continuó caminando ajeno a las formas a su alrededor.

Cuanto más avanzaba más se alejaba de la seguridad del rancho. Pero Harry solo era consciente de la duda que empezó a formarse en su cabeza. Una sensación fría se instaló en su corazón y le impulsó a continuar.

De pronto, Harry escuchó el viento y lo que parecía el sonido del agua. Solo entonces, observó detenidamente todo a su alrededor y se percató de que se había adentrado en el bosque.

Por un instante, se asustó al pensar en los indios, pero sobre todo por la regañina que le darían si se enteraban. Aun así, sentía demasiada curiosidad por averiguar la procedencia del sonido del agua como para ser cauto.

Decidió que si le iban a castigar, que fuera por una buena causa.

Con paso resuelto comenzó a caminar hacia el sonido del agua y no tardó mucho en tener ante él un precioso lago. Sus aguas eran cristalinas y brillantes, gracias a los rayos del sol. Se extendía ante sus ojos majestuoso, revelando pequeñas burbujas que salían a la superficie demostrando que su interior estaba repleto de vida.

Recordó las veces que había ido con su padre a pescar y se preguntó si alguna vez volvería hacerlo.

Miró al cielo y comprobó que aún quedaban horas de sol, por lo que decidió sentarse un rato frente al lago. No sabía si la reserva india estaba cerca, pero no se veía ni se escuchaba nada extraño. Además, no quería volver todavía y ese sitio le hacía sentirse menos solo en el mundo.

Sin dar más tiempo a la prudencia, se acercó a la orilla y se sentó con las piernas encogidas y los brazos rodeándolas. Se sentía bien con el sol tocándole, con los rayos que se filtraban a través de las ramas de los árboles, y en un momento dado, cerró los ojos y respiró profundamente.

Quiso apartar de su cabeza los problemas en la granja. No era tan pequeño como para no saber que Hope merecía un buen marido como Mark, aunque este no le quisiera. Por eso temía tanto lo que sería de él si terminaban echándolo.

Nada de eso importó mientras el agua le cantaba al oído y el sol le acariciaba el rostro.

—¿Qué haces en mi sitio? —La voz de un extraño hizo que Harry se sobresaltara. Ante él vio a un muchacho que podía ser de su edad, pero que tenía el pelo largo, negro y trenzado y vestía ropa de piel marrón con unos flecos saliendo de las costuras laterales.

La magia del momento desapareció de pronto y Harry se dio cuenta de que estaba solo con... un indio.

Presa del pánico, Harry se puso rígido y buscó algo para defenderse, pero solo encontró un palo que agarró con fuerza. No podía apartar la mirada del niño indio, mitad por temor y mitad maravillado.

¡Tenía un indio frente a él!

Lo había deseado en innumerables ocasiones, y en ese momento, sin embargo, estaba aterrado como una mujer. De nuevo estaba siendo un fraude como hombre.

Bajando los hombros, Harry apartó la mirada y continuó mirando el lago.

—No sabía que este sitio era tuyo. No había nadie cuando llegué —explicó.

El niño indio se quedó quieto y callado durante un segundo tras haber creído que ese blanco saldría corriendo. Se sorprendió de que no fuera así, pues en más de una ocasión su gente le había dicho que los hombres blancos eran cobardes y que al verlos huían espantados.

—Pues ahora estoy aquí —agregó.

Harry se encogió de hombros y comenzó a balancear el palo que tenía en la mano, como si fuera un juguete y no un arma defensiva. La primera impresión había pasado y no quería parecer un blandengue delante de este otro niño.

—Con ese palo no vas a poder pescar —le dijo el niño indio cruzándose de brazos.

—Ya lo sé. No he venido a pescar.

—¿Entonces a qué has venido?

Harry calló por un instante al no saber que contestar. Esa pausa de silencio lo aprovechó el niño indio para acercarse unos pasos.

—Yo vengo muy a menudo a pescar solo. Mi padre no quiere que me acerque tanto a este lugar, pero yo no tengo miedo —añadió el chico indio.

—Yo tampoco tengo miedo —saltó en el acto Harry, como si quisiera dejar claro que su presencia no le asustaba, aunque fuera un indio. Pero Harry carecía de prudencia, por lo que no tardó en preguntarle: —¿Por qué no te deja tu padre venir aquí?

—No le gusta que esté cerca del hombre blanco. Dice que estáis todos locos y sois peligrosos.

—No estamos todos locos —soltó indignado recibiendo como recompensa una ceja alzada del niño indio, como si no creyera en sus palabras—. Me da igual lo que pienses. Además, a mí también me dijeron que me mantuviera alejado de los indios, que sois todos peligrosos.

El niño indio se irguió con orgullo, como si le hubiera dicho un elogio en vez de un insulto.

—¿Quién te lo dijo, tu padre?

—No —contestó en voz baja y apartando la mirada del niño indio para mirar al lago—. Mi padre murió hace poco y no recuerdo a mi madre. Me lo dijo el hombre que quiere casarse con mi hermana. —No sabía qué le impulsó a decirle eso, pero no se arrepentía de haberlo hecho.

Por su parte el niño indio se acercó unos pasos más y se sentó frente al lago. Ambos niños estaban a escasos dos metros pero no pareció importarles. Simplemente permanecieron callados, uno al lado del otro, mientras contemplaban el agua cristalina.

De pronto, el niño indio rompió el silencio con una voz tan baja y melancólica que a Harry le costó escucharle:

—Mi madre también murió hace poco. Enfermó y no se pudo hacer nada por ella.

—Mi padre murió ahogado. Se rompió la presa en donde vivíamos. —Harry no le quiso contar nada más para que

no terminara mirándolo raro como hacían todos en Providence.

—Yo hablo con mi madre todas las noches. Quizás tú puedas hacer lo mismo con tu padre.

—No sé. Antes lo veía en sueños, pero ahora ya no lo hago. No obstante, tengo a mi hermana para hablar, ella también hace de mi madre y es muy buena.

—Entonces tienes suerte. Mi padre no sabe hacer de madre. Solo gruñe cuando le pongo de los nervios y me dice que me vaya a pescar.

—¿Por eso pescas tanto? —le preguntó Harry sonriendo.

El niño indio le devolvió la sonrisa y Harry vio en el brillo de sus ojos un alma parecida a la suya. Se dio cuenta de que ambos habían sufrido una gran pérdida y se sentían solos en el mundo. También observó a un niño que, a pesar de ser indio, tenía su mismo espíritu aventurero y pícaro.

Cuando un viento frío se levantó, al empezar a ocultarse el sol, Harry supo que debía regresar a la granja antes de que se hiciera más tarde.

—Tengo que irme. No quiero enfadar a Mark.

El niño indio se imaginó que se refería al hombre solitario que vivía en la granja de la colina y simplemente asintió. Luego, recordó lo solo que se sentía a veces cuando iba a pescar y se preguntó si ese niño blanco podría ir para hacerle compañía. Al fin y al cabo, parecía simpático y no le había importado hablar con él.

Aunque estaba el peligro de que su padre o alguien de la reserva los descubriera. ¿Pero desde cuando le había importado eso?

—¿Vas a venir mañana? Podríamos pescar —propuso.

—¿Qué clase de peces pescas? —preguntó Harry como si dependiera de su contestación que acudiera.

—Suelo coger truchas y percas.

Harry sintió como algo en su interior se elevaba al recordar las veces que había pescado truchas con su padre. Quería volver a sentir esa felicidad de sostener una caña y dejar a la suerte que el buen hacer le diera resultado.

Mirando al lago reconoció que le encantaría ir a pescar con ese niño. Le daba igual si era un indio y estaba prohibido. Solo sabía que le había gustado hablar con él y que Mark estaría demasiado ocupado para acompañarlo.

En cuanto a desobedecer a Mark... Lo cierto era que este le había avisado que no se acercara a la reserva y no lo había hecho. También le había advertido que se mantuviera alejado de los indios debido a que eran peligrosos, pero este niño no parecía serlo, por lo que no estaba incumpliendo su orden. Aunque una voz interior le dijo que era mejor mantener el encuentro en secreto.

—Entonces vendré mañana a pescar —aseguró Harry.

Ambos niños se miraron, como acordando que desde ese momento los unía un vínculo de silencio, donde solo ellos sabrían de sus encuentros.

Se pusieron de pie, uno frente al otro, y permanecieron así durante unos segundos. Tenían la misma estatura, una edad parecida y vivían bajo el mismo cielo, pero uno era de piel oscura y cabello negro, y el otro de piel clara y pelo rojizo. Unas insignificancias para dos almas solitarias que buscaban compañía.

—Hasta mañana —dijo Harry mientras se volvía y comenzaba a caminar.

—¡Oye! ¿Cómo te llamas? —quiso saber el niño indio.

—Harry, ¿y tú?

—Tilkat Xaxa<sup>[2]</sup>, pero todos me llaman Tilxa.

Harry asintió y tras sonreírle siguió caminando con la certeza de que al día siguiente, haría todo lo posible por ir a pescar con Tilxa.

Al pensar en él giró la cabeza para mirarlo por última vez y se quedó de piedra al no verlo. ¿Cuándo se había marchado? Ni siquiera lo había oído alejarse.

Negando con la cabeza comenzó a caminar de regreso, a pesar de no estar muy seguro de saber encontrar el camino. Pero eso ya no le importaba, solo se decía que había conocido a un indio y que le había gustado hablar con él.

Con una sonrisa en los labios comenzó a correr adentrándose entre los árboles y pensó que, al siguiente día, mientras pescaban, le preguntaría muchas cosas a Tilxa, como si había arrancado una cabellera o si sabía lanzar flechas.

Como en una burbuja Harry salió de entre los árboles encontrándose detrás de la cabaña de Mark. Había conseguido regresar a la granja y ya sabía qué camino tomar para llegar al lago.

Con precaución observó a su alrededor por si veía a Mark o Hope, y cuando no encontró a ninguno de los dos, continuó caminando hacia la casa.

Puede que esa mañana hubiera sido desastrosa, pero al final, la tarde resulto perfecta.

## Capítulo 11

**A** la mañana siguiente, una vez que Hope se quedó sola en la casa para hacer sus tareas, decidió que prepararía una comida especial para su hermano.

Sabía que el día anterior había sido muy estresante para él y había pensado preparar muslos de pollo rellenos al horno y tarta de manzana. Recordaba como le encantaba esa comida a su hermano y a su padre y solía hacerla los domingos, cuando su progenitor vivía y podían permitírselo.

Tenía la sensación de que habían pasado siglos desde esos días felices, pero la verdad era que solo habían transcurrido dos años. En ese momento solo deseaba avanzar hacia un futuro prometedor y Mark parecía el hombre perfecto para ello.

Mark.

Se asomó a la ventana de la cocina temblando de frío mientras contemplaba los rayos de astro rey abriéndose camino por el cielo, llenando todo con su luz y su calor.

Tras notar el roce del sol en su rostro se abrazó a sí misma, pensando cómo sería sentir los brazos fuertes de Mark rodeándola. Debía admitir que había tenido mucha suerte, pues jamás habría imaginado que un hombre tan bueno y guapo la aceptaría, más aún con Harry a su cuidado.

Pero él lo había hecho demostrando que poseía un gran corazón. Deseaba complacerlo y que poco a poco se fuera abriendo a ella. Quizás, si tenía suerte, podría ganarse su confianza y tal vez su amor.

Por lo pronto se conformaba con esperar, como habían acordado, y dejar que los sentimientos de ambos se fueran asentando.

—Deja de soñar y date prisa —se dijo a sí misma e inmediatamente comenzó a trabajar en la cocina.

Unas horas después, con el olor del asado y de la tarta de manzana reclamando ser comidos, Hope salió al porche y tocó la campana. Mark le había indicado el primer día que cuando fuera la hora de las comidas o tuviera que llamarlo para algo, solo tenía que tocar la campana y él acudiría.

La verdad era que se alegraba de no tener que estar buscándolos a gritos, y, además, le daba unos minutos para terminar de prepararlo todo. Aunque ese día el olor debió mantenerlos cerca, pues ni Mark ni Harry tardaron en llegar.

—¿Qué es lo que huele tan bien? —preguntó Mark con el pelo aún mojado tras haberse lavado en la bomba de agua.

—He preparado algo especial —le dijo mientras apartaba la cafetera del fuego y le servía una taza de café.

La cara de Mark se iluminó con una sonrisa y se sentó encantado en su sitio. Debía reconocer que era todo un lujo llegar del campo hambriento y encontrarse con algo especial sobre la mesa esperándolo. Aunque también estaba encantado de la mujer que tenía ante él, al estar consiguiendo que su vida mejorara por momentos.

—Gracias, Hope, es todo un detalle —le reconoció Mark.

Hope le devolvió la sonrisa y sintió como le subían los colores ante la mirada de él. Nerviosa, se apartó de su lado y dejó la cafetera sobre la mesa, antes de que se le cayera al suelo pues le temblaban las manos.

—Yo sé a qué huele —intervino Harry—. A comida de los domingos.

Hope sonrió a su hermano y sin decir nada se dirigió al horno y sacó los muslos rellenos. Cuando los puso sobre la mesa, junto al puré de patata y las verduras con mantequilla, los dos comensales se quedaron con la boca abierta mirando el manjar.

—Tiene una pinta exquisita —comentó Mark con la boca comenzando a salivar.

—Es el plato favorito de Harry —señaló mientras le guiñaba un ojo a su hermano.

—Pues sí huele tan bien como sabe, seguro que también se convierte en mi plato favorito.

—También me gusta mucho la tarta de manzana —aseguró Harry observando como su hermana servía primero a Mark y luego a él.

—Y la tienes de postre. Junto con una taza de crema y otra de caramelo.

La cara de Harry se iluminó y Hope estuvo a punto de llorar al verlo tan feliz. Hacía tanto que no lo veía sonreír tan abiertamente, que creyó que Harry estaba perdiendo su inocencia e entusiasmo. Pero ahora, al verlo ilusionarse por algo tan sencillo como un postre, supo que aún le quedaba unos años más de infancia, antes de que tuviera que tomarse la vida en serio.

Los primeros minutos tras llenar los platos fueron de silencio, al estar todos ocupados con su comida. Pero cuando Harry ya había dado cuenta de una buena porción de su ración, se sintió atrevido y decidió hablar con Mark.

—Mark. —La voz de Harry interrumpió el silencio—. Me gustaría pedirte un favor.

Mark asintió al tener la boca llena.

—Sé que nos dijiste que no nos alejáramos de la granja, pero ayer... bueno, me adentré un poco por el bosque y vi un lago.

—Harry —soltó Hope con la desilusión marcando su tono—. Mark nos pidió que no nos alejáramos.

Harry bajó la cabeza y comenzó a jugar con la comida en su plato.

Mientras, Mark le miraba callado. Sabía que el lago no estaba muy lejos de la granja, pues él mismo había ido muchas veces a pescar, pero no le gustaba que le hubiera desobedecido. Aun así, debía tener en cuenta que era solo un niño y que ese día se había esforzado mucho con las gallinas y las vacas.

—Sé dónde está el lago Flathead<sup>[3]</sup>. No está muy lejos de aquí —dijo.

—En realidad está muy cerca —se animó Harry al darse cuenta de que no le regañaba—. Apenas se tarda unos minutos en llegar y es un lugar perfecto para pescar.

—¿Te gusta pescar? —le preguntó Mark sabiendo qué era lo que pretendía el niño.

—Me encanta. Solía hacerlo con mi padre y siempre cogía algo, ¿verdad Hope?

—Así es —contestó la aludida mientras miraba a ambos. No quería interferir, pero sabía que ir de pesca podría ayudar a Harry a integrarse mejor.

Mark debió pensar lo mismo, ya que asintió y continuó comiendo tranquilo.

—En ese caso, podrías ir a pescar y traer algo para la cena.

Harry estaba tan feliz, que parecía a punto de saltar de la silla. Era increíble como una comida y el permiso para que hiciera algo que le gustaba habían cambiado su semblante. Aunque también era cierto que esa mañana no parecía tan serio.

Hope miró por el rabillo del ojo a Mark y este la observó ofreciéndole una sonrisa cómplice. Le gustó que no hiciera falta palabras para comunicarse entre ellos y así saber que ambos estaban de acuerdo con ofrecer el permiso.

—Puedes coger mi caña de pescar —le ofreció Mark—. Aunque tendrás que encontrarla primero, ya que hace mucho que no voy de pesca.

—Gracias. Tendré mucho cuidado con ella —prometió Harry.

—¿Estás seguro, Mark? —Hope parecía preocupada que su hermano pudiera romper algo de valor.

—Sí, no pasa nada. Es la que cogía cuando iba a pescar con mi hermano.

Hope se percató del cambio en el semblante de Mark. Había perdido la alegría en sus ojos y se negaba a mirarla. Hope sintió curiosidad por saber qué le había retraído, pero se dijo que esperaría a que estuvieran solos.

—Pero, Harry —la voz de Mark sonaba seria—, no te alejes del lago y no te adentres en sus aguas. La reserva india está muy cerca y no quiero que te metas en problemas.

—No me acercaré. —Por suerte, no le pidió que no se acercara a ningún indio.

—Bien. Esta tarde prepararemos todo para la recogida del maíz. Falta muy poco para que esté completamente seco y podamos recolectarlo. Después podrás ir a pescar.

Los tres continuaron comiendo mientras charlaban de vez en cuando. Mark les habló sobre cómo se cosechaba el maíz y Harry alardeó sobre que traería un buen montón de peces para la cena.

Mientras Hope les observaba dándose cuenta de cómo paso a paso, se estaban haciendo un hueco en la granja y en la vida de Mark.

Cuando Harry acabó con la última migaja de su trozo de tarta, se fue corriendo en busca de la caña de pescar de Mark. A solas, Hope y Mark continuaron sentados a la mesa, mientras disfrutaban de la última taza de café.

—Gracias por dejarle tu caña —expresó ella.

—No es nada.

—Es un recuerdo. Solo espero que no la rompa o la pierda.

Ambos tomaron un sorbo de café como si estuvieran indagando en el fondo de la taza la respuesta que buscaban. Mark quería seguir sentado junto Hope, pero sin tener que hablar de su pasado y Hope quería descubrir todo lo que Mark guardaba en su interior.

Por la forma en qué evadía hablar de su pasado, sabía que había mucho dolor dentro de él. Ella también había sufrido mucho, por lo que conocía lo mucho que costaba curar esas heridas que te sometían a la tristeza y la desilusión.

Para ser sincera, a ella también le costaba hablar de ciertos asuntos del pasado, por lo que entendía que no quisiera compartirlo todavía. Finalmente, se conocían de apenas unos días y él llevaba muchos años arrastrando la soledad y el silencio.

Pero lo había sentido tan cercano y tan deseoso de compartir su vida, que anhelaba que diera un paso más y se abriera a ella. Pero ¿cómo conseguirlo?

Al mirarlo de reojo supo que hoy no le contaría nada y suspiró resignada. Tenía toda una vida para esperar a que Mark le contara sus secretos y dejara al descubierto su corazón. Solo deseaba no tener que esperar tanto.

—Mañana me gustaría ir al pueblo —mencionó ella.

Hope no supo muy bien lo que sucedió, pero Mark se tensó y su cara se puso seria.

—¿Para qué quieres ir al pueblo? —Su voz no parecía pertenecerle al escucharse más áspera y dura.

—Necesito algunas cosas para la casa y la despensa —contestó aferrando con fuerza su taza. No lo hacía por miedo, sino porque se sentía insegura y tener algo en las manos la tranquilizaba.

—Alan estará aquí dentro de tres días. Viene todos los lunes y le puedes encargar a él lo que necesites. No hace falta que bajes al pueblo.

—¿Alan? —preguntó, aunque en realidad quería que le explicara despacio por qué no podía bajar al pueblo.

—Es un amigo. Te lo presentaré cuando venga. Es quien se ocupa de traerme todo lo que necesito.

Hope no sabía que pretendía Mark, pero no pensaba quedarse encerrada toda la vida en la granja. Era cierto que le gustaba estar allí, pero no quería aislarse de la gente. No después de lo mal que lo había pasado en Providence y sabía lo necesario que era tener amigos.

Debía tener cuidado, pues según lo que decidiera así podía definirse el resto de su vida. Si hacía caso a Mark y se quedaba en la granja aislada, ya no habría marcha atrás y vivirían encerrados el resto de sus vidas. Harry sin colegio, sin amigos y sin saber cómo relacionarse con la gente.

Y ella, se quedaría incomunicada con su pequeña familia sin poder compartir experiencias y risas con otras mujeres, o ir de compras cuando le apeteciera.

No le gustaba esa vida que se le presentaba, por lo que resolvió que se enfrentaría a Mark y le dejaría muy claro que ella decidía sobre su vida, y si quería bajar al pueblo, así lo haría. Su fuerte carácter así se lo exigía.

—Me encantará conocer a tú amigo, pero prefiero bajar y elegir mis compras por mí misma —afirmó.

No estaba segura de cómo iba a reaccionar Mark, pero no se esperó que se levantara de la silla y la mirara enfadado.

—Está bien. Si quieres ir solo tienes que enganchar el carro e ir tú misma —soltó.

—¿No vas a acompañarme? —preguntó sorprendida.

—Yo nunca bajo al pueblo —aseguró categórico y se marchó dando un portazo.

Hope se quedó quieta y asombrada por lo que acababa de suceder. Era como si Mark se hubiera transformado y ante ella hubiera aparecido un extraño. Un hombre arisco y malhumorado que la reprendía con una gélida mirada y se marchaba sin darle explicaciones.

Pero ¿qué le había hecho cambiar? No podía ser por bajar al pueblo para ir de compras. El mismo le había dicho al llegar que podía comprar todo lo que necesitaba. Entonces, ¿qué le había enfurecido?

Contra más lo pensaba más convencida estaba de que Mark guardaba muchos secretos.



## Capítulo 12

La mañana siguiente fue muy ajetreada para todos.

Desde muy temprano Hope dejó todo organizado en la casa para poder ir al pueblo. Prefería acudir por la mañana, para que así, si se perdían por el camino o les pasaba algo, no se les hiciera de noche.

A ella no le gustaba la idea de ir con Harry, pero Mark se negó de nuevo la noche anterior a acompañarlos, y esa mañana se había ido al campo más temprano de lo normal.

A Hope no le gustó este enfrentamiento entre ellos, pero su temperamento fuerte y saber que tenía la razón la impulsaron a seguir adelante con su plan.

Más tarde, una hora después de haber salido de la granja y con la visión de Polson ante ella, por fin pudo respirar tranquila.

—Lo ves. Te dije que no nos habíamos perdido —comentó feliz a Harry que resopló a su lado.

—Ya sé que no estábamos perdidos. Solo te decía que me dejaras a mí llevar las riendas si querías que llegáramos antes que acabara el día.

Hope continuó como si no hubiera escuchado a su hermano, que sentado a su lado se mostraba aburrido, aunque por dentro se moría de ganas de observarlo todo.

Con paso lento, muy lento, pero seguro, ambos hermanos arribaron al lugar y se adentraron por la calle principal. Sabían que la tienda de suministros debía estar cerca, por lo que se mantuvieron atentos a cada establecimiento.

—¡Ahí está! —exclamó Harry mientras señalaba un edificio frente a ellos, pero al otro lado de la calle—. Da la vuelta al carro y para en frente.

—¿Cómo es posible que todos los hombres mayores de cinco años les guste tanto dar órdenes?

Harry le sonrió a su hermana con aire de suficiencia y le contestó:

—Debe ser algo similar al gusto de las mujeres por las compras y de ir a paso de tortuga.

Como respuesta, obtuvo una colleja de su hermana y ambos rieron mientras ella hacía lo que su hermano le había aconsejado.

—Bueno. No te alejes de mí y no cojas nada que sea muy caro —le advirtió Hope.

—Ya lo sé —repuso en tono cansado Harry mientras se bajaba del carro—. ¿Has traído dinero?

—¿No crees que es un poco tarde para hacer esa pregunta?

Harry le sacó la lengua a su hermana y juntos entraron en la pequeña tienda de comestibles sonriendo. Aunque, cuando ingresaron en su interior, pudieron comprobar que se vendía cualquier cosa que pudieran necesitar, como semillas, herramientas, arreos, y también hacía de oficina de correos.

—Si quieres puedes quedarte aquí mirándolo todo mientras yo compro lo que necesito. —Harry asintió encantado de ver libros a un lado de la tienda—. No tardaré mucho.

Sin más Hope se marchó en dirección a una tendera que la miraba sonriente.

Harry no tardó en llegar hasta los libros y comenzó a coger algunos para leerlos. Estaba tan absorto en su lectura, que no se dio cuenta de que habían entrado dos chicos de unos quince años.

—¡Vaya! No sabía que Alan también vendía zanahorias. —Ambos muchachos se rieron y consiguieron que Harry se tensara. Conocía muy bien lo que venía después y lo que aquellos pretendían. Había creído que en Polson dejaría atrás las burlas y los insultos, pero parecía que estos le habían seguido.

La prudencia le dijo que se mantuviera en silencio, pero atento.

—No recuerdo haberte visto por aquí. ¿Eres nuevo? —preguntó uno de los chicos.

Harry sabía, por experiencia, que era peor no hacerles caso, así que les contestó conteniendo su voz para no parecer asustado:

—Sí, llegué con mi hermana hace unos días.

—Pues no te hemos visto en el colegio.

A Harry le extrañó que siendo tan mayores fueran todavía al colegio, pero no dijo nada. Ni siquiera cuando uno de los dos le dio un codazo al que había hablado.

—Bueno. Vamos al colegio de vez en cuando. Ahora estamos con la recogida de la cosecha y eso.

—Sí, nosotros también hemos empezado a recolectar —comentó Harry.

—¿Entonces vives en una granja? —agregó uno de ellos.

A Harry se le estaba haciendo eterno el interrogatorio, sobre todo porque tenía la certeza de que estaban buscando algo en contra de él para luego burlarse.

Por el rabillo del ojo vio a su hermana, que conversaba amigablemente con la dependienta; por como sonreía, Harry supo que aún le quedaba un buen rato más en ese sitio y suspiró resignado.

—En las afueras, pasando el bosque —contestó el pequeño Dobbs.

—¿Te refieres a la granja del loco? —insistió el muchacho.

Harry se tensó mientras observaba como ambos chicos se miraban y luego lo observaban a él. De pronto parecían diferentes, como si lo comenzaran a ver con otros ojos. Harry se preguntó si se había metido en un lío y deseó que la tierra se lo tragara.

—No es ningún loco. Se llama Mark Turner y es un hombre muy amable y bueno.

—Mi padre me tiene prohibido acercarme a su granja, dice que es impredecible y peligroso —expuso el primero.

—El mío también —añadió el segundo.

—No es impredecible ni peligroso —lo defendió Harry mostrando enfado en su voz.

—No sé, cuando lo dice mi padre es que debe ser cierto. De todas formas yo dormiría con un ojo abierto por si acaso.

Harry sabía que esos dos chicos estaban equivocados. Ningún loco se portaría tan bien con ellos y sería tan cordial. Además, le había dejado usar su caña y estaba muy feliz de vivir en esa granja.

—Tengo que irme —les dijo al no querer seguir hablando con ellos.

—Está bien. Nos veremos en el colegio cuando termine la recogida de la cosecha —le dijo uno de los chicos mientras lo observaban alejarse y se ponían a cotillear tras él.

Ni demente pensaba ir al colegio. Ya se buscaría una excusa para no tener que enfrentarse a unos niños tontos que llamaban loco a Mark.

Refunfuñando se acercó a su hermana que se despedía de la dependienta.

—Vaya, has llegado justo a tiempo para ayudarme con la cesta —le indicó Hope.

Harry cogió la cesta por el asa con ambas manos y comenzó a alejarse. Estaba tan empeñado en salir de ese lugar, que ni se dio cuenta de su grosería al no darle tiempo a su hermana para que lo presentara.

—Parece que tiene prisa —le comentó Hope a la dependienta que parecía divertida por el comportamiento del niño—. Ya te lo presentaré otro día. Y gracias por todo, Martha.

Martha, la mujer de Alan, sonrió a Hope y le estrechó la mano.

—Me alegro mucho de haberte conocido. Y recuerda lo que hemos acordado. En cuanto termine la cosecha estáis invitados a comer en mi casa.

—Cuenta con ello —le aseguró Hope, aunque no estaba segura de que a Mark le pareciera una buena idea.

—Y no te preocupes por lo demás. Alan seguirá acercándose a la granja todos los lunes por si no deseas bajar al pueblo.

—Muchas gracias, Martha.

Ambas mujeres se sonrieron y Hope se marchó feliz, segura de haber conseguido una nueva amiga.

Al salir encontró a Harry esperándola sentado en el carro y con cara de pocos amigos.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó al niño.

—No he encontrado nada que me gustara.

Hope se rio y puso el carro en marcha. Estaba tan contenta de encajar tan bien en ese lugar que no se fijó en la expresión preocupada de su hermano, o en que no la reprendía por ir tan despacio.

Ambos estaban sumidos en sus pensamientos, ajenos a los del otro.

Hope satisfecha por estar en Polson y Harry preguntándose si los chicos del pueblo se meterían con él, pero sobre todo si tenían razón y Mark estaba loco.

## Capítulo 13

**E**sa misma tarde, junto al lago, Harry esperaba impaciente a su nuevo amigo Tilxa. Tenía mucho que contarle y que preguntarle, por lo que se había marchado a toda prisa en cuanto Mark le dijo que había terminado. No le importaba el cansancio por haberse pasado varias horas recogiendo mazorcas de maíz, ni que esa tarde Mark pareciera más reservado que de costumbre.

El sonido de pasos acercándose, hizo que Harry se tensara hasta que vio a Tilxa. No se había dado cuenta de lo mucho que había deseado que llegara ese encuentro hasta que lo tuvo frente a él.

Su anhelo por tener un amigo con quien hablar y compartir sus secretos le había impulsado a desobedecer la orden de Mark, pero no se arrepentía de haberlo hecho.

Una sonrisa comenzó a formarse en la comisura de sus labios al verlo acercarse, pero la reprimió al no querer demostrar delante de Tilxa lo mucho que le complacía ese encuentro.

En su lugar, le miró con indiferencia y le habló en un tono que recordaba más a un reproche que a un saludo:

—Llegas tarde.

Tilxa se encogió de hombros y se sentó a su lado. En una de sus manos llevaba una rústica caña de pescar que enseguida estuvo preparada.

—¿Esa caña es tuya? —preguntó Tilxa mirando de reojo la caña de Harry y haciendo caso omiso al reproche.

—Me la ha dejado Mark.

—¿Vaya! Me la prestarás algún día.

—Claro.

Ninguno de los dos dijo nada más, y permanecieron sentados uno al lado del otro como si fueran amigos de toda la vida. Unos minutos después, tras haber contemplado el agua del lago en silencio, comenzaron a hablar al sentir curiosidad el uno por el otro.

Durante la siguiente hora ambos chicos conversaron y rieron de tonterías. Harry le preguntó sobre cabelleras y le hizo prometer a Tilxa que le enseñaría a lanzar flechas.

Por su parte, Tilxa le preguntó por las pecas de su cara, al creer en un principio que Harry se las pintaba por algún motivo, y por pequeñas curiosidades que siempre le habían llamado la atención del hombre blanco.

Pero lo que más sorprendió a Harry, fue que Tilxa también iba al colegio, pero a uno especial en la reserva india. Durante un segundo se preguntó si Mark le dejaría ir a ese colegio, aunque enseguida supo la respuesta.

Cuando el estómago de Harry rugió de hambre, no dudó en sacar un par de galletas del bolsillo de su abrigo para compartirlas con Tilxa. Este primero las miró extrañado, como si no se fiara de sus ingredientes, y tras encogerse de hombros, se metió una entera en la boca y comenzó a masticarla.

Su primera reacción, al probar la explosión de sabores a canela y vainilla, fue de abrir los ojos como platos. Luego masticó con gusto mientras asentía con la cabeza.

—Es...tá bue..na —dijo con la boca llena.

Harry se rio y se metió el resto de su galleta en la boca para poder coger otras dos.

—Las hizo mi hermana y cogí unas cuantas. Tendrías que probarlas cuando están recién hechas. Es como comer un trozo de cielo.

Tilxa cogió gustoso la otra galleta que Harry le ofrecía y no tardó en metérsela en la boca. Después se quedó pensativo, y tras tragar, le preguntó a su amigo:

—¿Cuántos años tiene tu hermana?

—Veintidós —le contestó inocentemente mientras le daba el último bocado a su galleta.

Tilxa se quedó pensativo con el delicioso sabor de la canela y la vainilla en el paladar y añadió:

—Es muy mayor para mí, pero si cocina tan bien valdrá la pena.

Harry no sabía a qué se refería, por lo que se le quedó mirando fijamente y el otro continuó:

—Espero que no pidas muchos caballos por ella. Recuerda que somos amigos.

Durante unos segundos, Harry lo observó como si intentara descifrar lo que su amigo le estaba diciendo.

Tilxa, exasperado, se lo explicó:

—Estoy hablando de casarme con ella.

Para sorpresa de Tilxa, Harry comenzó a reír con tanta fuerza, que pronto acabó doblándose en dos. Tilxa, al verlo, también comenzó a reír y pronto el tema del matrimonio se olvidó para dar paso a otras charlas menos serias.

Un par de horas después, la luz de la tarde comenzó a desaparecer tras los árboles, indicándoles que el tiempo se les estaba acabando. Entre los dos habían conseguido pescar un buen número de truchas, por lo que ambos se mostraron contentos.

Pero, sobre todo, se les notaba felices por haber pasado la tarde en compañía de alguien de su edad, con el que charlar de cosas triviales y reírse por nada.

Tener a alguien a su lado les había sentado bien a los dos y esto se les notaba en sus caras, que sonreían con más facilidad.

—Si vienes mañana a la misma hora te enseñaré la cueva secreta del gran oso —prometió Tilxa.

—Aquí estaré —Harry no dudó en asegurárselo.

—Y trae más galletas de las que hace tu hermana.

—Hecho. Incluso puede que consiga un trozo de pastel.

Y tras esa despedida cada uno regresó a su casa sabiendo que al día siguiente se verían de nuevo. Volverían a compartir anécdotas y se felicitarían cuando alguno de ellos pescara algo, alegrándose de poder contar con un amigo. Algo que ambos sabían que era un tesoro difícil de encontrar.



Esa noche Harry se mostró orgulloso de comer las truchas que había pescado y durante la cena no dejó de hablar. Toda una suerte, ya que ni Mark ni Hope tenían ánimos para mantener una conversación; ninguno de los dos se atrevió a mirar al otro, al sentirse incómodos.

El arrebato de Mark de la noche anterior pesaba entre ellos, impidiendo que se comportaran con normalidad.

No es que Mark siguiera enfadado y no quisiera hablar con Hope. El problema era que no sabía cómo acortar la distancia que por su culpa los alejaba. Se arrepentía de haber perdido ese vínculo que parecía que se estaba formando entre ellos, pero desconocía cómo volver a recuperarlo.

Por su parte, Hope no lograba averiguar si Mark necesitaba aún más espacio, o si le gustaría que se le acercara. A lo largo del día era sencillo mantener las distancias, al estar cada uno ocupado con sus tareas. Pero por la noche, cuando todos se sentaban tranquilos y cansados a la mesa, resultaba difícil mantenerse aislado cuando solo eran tres personas en la casa.

Una vez que terminaron de cenar, Hope y Harry comenzaron a lavar los platos como cada noche. Que Mark se quedara sentado sin escabullirse, como había hecho por la mañana, le extrañó a Hope, pero no dijo nada y continuó con su trabajo.

—¿Oye, eh, Harry? —dijo Mark pareciendo algo nervioso— ¿Por qué no me dejas ayudar a tu hermana con los platos? Después de todo, tú has traído la cena.

—¿Lo dices en serio? —preguntó encantado Harry mientras lo contemplaba con los ojos como platos.

—Claro.

La expresión de Harry rápidamente pasó de la confusión total a una sonrisa radiante. Luego, miró a Hope, quien le dio un pequeño asentimiento para indicar que estaba de acuerdo.

Sin perder ni un segundo, Harry cedió el paño con el que secaba los platos y se marchó a su habitación, dejando solos a Hope y Mark.

Este no tardó en colocarse a su lado y continuar secando la vajilla. Estaban tan cerca el uno del otro, que Hope podían notar cada rasgo de su cara. Algo que hasta entonces le había sido imposible, al no haber estado tan cerca de él.

Hope pudo apreciar su rostro cansado por las horas de duro trabajo y algo más oscurecido por el sol. Aun así, tenía una cara muy hermosa con una línea de mandíbula afilada y una barbilla fuerte. Hope llegó a la conclusión de que Mark realmente era un hombre bastante guapo y se preguntó cómo se había mantenido soltero durante tanto tiempo.

No por primera vez se cuestionó por qué la había elegido a ella, pero no se sentía preparada para preguntárselo. En su lugar prefirió hablar de algo menos... perturbador.

—Fue muy amable de tu parte que te ofrecieras —dijo Hope con una cálida sonrisa.

—Bueno, era una forma de agradecerle que haya traído la cena. —El silencio les envolvió hasta que Hope le entregó el último plato y sus manos se rozaron—. En realidad, ha sido una excusa. Quería estar a solas contigo para conversar.

Hope asintió al haberse quedado sin palabras. No se mostraba enfadado, por lo que no creía que continuara con la bronca de la noche anterior, pero, ¿de qué podría querer hablarle?

—Lamento mi comportamiento de ayer. No tenía derecho a enfadarme contigo. Más aún, cuando tú desconoces los motivos por los que no me gusta bajar al pueblo. También entiendo que tú quieras ir y deseo que sepas que pretendo que te sientas en tu casa, y no en una prisión.

Mark estaba frente a ella mirándola a los ojos. El estremecimiento que Hope sintió al tenerlo tan cerca no fue nada comparado a lo que notó cuando escuchó su excusa.

Ni en un millón de años hubiera adivinado que propició quedarse a solas para disculparse, cuando durante todo el día la había evitado y no le había preguntado por su viaje al pueblo.

Fue este silencio lo que le indicó que era un tema tabú entre ellos, y por eso le extrañaba tanto que fuera él quien sacara este tema.

—No debes preocuparte. Entiendo que llevas toda la vida viviendo aquí y yo acabo de llegar. Apenas nos conocemos y sabemos del otro, por lo que no puedo exigirte que me cuentes todo si no te sientes preparado —habló ella.

Mark le sonrió y regresó a su rostro ese brillo que había apreciado desde que lo conoció y que se intensificaba cada vez que la miraba. En ese momento, que lo veía de nuevo, se daba cuenta de lo mucho que lo había echado de menos, por lo que quiso asegurarse de que no lo perdería otra vez.

—Solo espero, que cuando estés preparado, puedas hablarme de lo que quieras. Te prometo que cuando lo hagas yo estaré encantada de escucharte —le aseguró Hope.

—No sabes lo mucho que significan para mí esas palabras. Estoy tan acostumbrado a estar solo, que a veces olvido lo que es compartir. Pero, sobre todo, estoy tan habituado a dejar atrás el pasado, que me cuesta hablar de él —admitió el hombre.

—Te entiendo. Mi pasado también me ha causado alguna que otra cicatriz y sé lo que duele tocarlas.

—Por eso te escogí a ti —aseguró Mark, aunque Hope tardó unos segundos en saber a qué se refería—. Cuando leí tu carta, supe que tú también habías sufrido y pensé que eso sería útil para que me entendieras. Creí que el dolor que ambos sentimos por culpa de nuestro pasado, nos uniría y me alegro de no haberme equivocado.

—Yo también noté ese dolor en tu anuncio y por eso te elegí.

Ambos sonrieron al saber que los dos habían buscado a alguien que los comprendiera y fueran un consuelo para su dolor.

—Me alegro de que lo hicieras.

—Yo también.

Mark cogió la mano de Hope entre las suyas y comenzó a acariciarla. Era como si con esa caricia quisiera asegurarse de que esa conversación era real y no fruto de un sueño.

Era demasiado íntimo, intenso y gratificante saber que la mujer que tenía ante él no solo era preciosa, alegre y

decidida, sino que también le entendía.

Por primera vez en su vida, se vio preparado para abrirle el corazón a alguien, con la certeza de saber que no lo destrozaría.

—Me gustaría contarte qué fue lo que me aisló en la granja. Nunca se lo he dicho a nadie. Aunque me imagino que la gente del pueblo se hace una idea de mis motivos.

Hope asintió, feliz de que él quisiera confiar en ella. A su vez, se extrañaba de que no se lo hubiera confesado a nadie, más aún cuando sabía por Martha, la tendera, que Alan y Mark eran muy buenos amigos.

Pero como le acababa de decir Mark, quizás no lo hizo porque creía que la gente del pueblo tenía su propia versión.

—¿Por qué no nos sentamos junto a una taza de café y me lo cuentas todo? —le preguntó Hope y Mark asintió, aunque le costó soltarle de la mano.

Había llegado el momento que más temía desde que decidió poner el anuncio pidiendo una esposa, pues sabía que tarde o temprano tendría que revelarle la verdad.

Solo esperaba que tras escucharle no lo juzgara como habían hecho los demás y siguiera a su lado.

No como había hecho su hermano y su prometida, que lo habían abandonado.

«Espero que tú no me dejes, Hope. No cuando me he dado cuenta de que te necesito tanto».

## Capítulo 14

**B**ajo el silencio de una noche de Montana, Hope y Mark se sentaron en la gran mesa de la cocina. Mark había elegido la cabecera, al ser el lugar que ocupaba a la hora de las comidas y Hope, se sentó a su lado decidida a escucharle con el corazón y la mente abierta.

Ambos sostenían en sus manos una humeante taza de café, que no solo les daba calor, sino que les hacía sentirse más tranquilos. Como si tener algo en las manos los relajara.

Tras una mirada a su café negro, Mark recordó aquella mañana de verano en que su vida cambió, hacía ya ocho años.

—Aquel día todo parecía igual que siempre, solo que esa mañana Owen había bajado al pueblo a hacer un encargo de mi padre. —Comenzó a hablar Mark—. Recuerdo que estaba enfadado por no haberle acompañado y me alejé de la casa. No sé muy bien donde me encontraba cuando todo pasó. Cuando el pasado regresa a mí, solo escucho el grito de mi madre y un disparo. Todo lo demás se reduce a mí corriendo entre los árboles y la sensación de no poder llegar nunca. Y ojalá lo hubiera hecho, porque lo que vi me ha perseguido durante toda mi vida.

Mark calló para dar un trago de café, aunque Hope supo que en realidad lo había hecho porque necesitaba un respiro.

Hope sintió ganas de decirle que no importaba si no continuaba con su relato, comprendía que era algo muy doloroso y que necesitaba más tiempo, pero cuando él la miró con los ojos cargados de tristeza, supo que debía sacar ese dolor de su pecho.

Para darle ánimos Hope le cogió una mano y se la apretó con fuerza. Quería decirle que no estaba solo, que le contara lo que le contase ella estaría a su lado.

Eso pareció darle ánimos a Mark pues suspiró y continuó con su historia.

—Cuando llegué y pude ver la casa ante mí... lo que encontré fue algo... aterrador. Mi padre yacía en el suelo, bajo un gran charco de sangre y dos indios estaban rasgando las ropas de mi madre. No vi a nadie más, solo a esos dos hombres y a mi madre intentando llegar hasta mi padre, como si no se percatara que esos dos desgraciados se estuvieran riendo de ella mientras la desnudaban. La rabia que sentí me hizo dar un grito y corrí con todas mis fuerzas hasta ellos. Cuando me vieron dejaron de reírse y, mientras uno sujetaba a mi madre, el otro sacó un rifle y me disparó.

—Dios mío, Mark. Tuviste suerte de que no te diera —saltó Hope, al imaginarse a un joven Mark furioso mientras trataba de salvar a su madre.

—En realidad sí me dio, pero gracias a la adrenalina no sentí nada y continué corriendo. Es más, al desgraciado le dio tiempo a dispararme una segunda vez.

—Pero...

Mark sabía lo que Hope se estaba preguntando. De hecho, él mismo se lo había cuestionado muchas veces y solo podía deducir que había tenido mucha suerte.

—El primer disparo me dio en el hombro y el segundo en el estómago. Pero como te he dicho, en ese momento no sentí nada.

Hope asintió y continuó callada.

—Yo seguí corriendo hacia ellos. Estaba cegado por la rabia y el terror. Sabía que era lo único que separaba a mi madre de la violación y no podía consentirlo. Pero... como te he dicho antes, mis recuerdos son confusos. Sé que logré llegar hasta el que me disparaba y le golpeé tirándolo al suelo. Luego, me dirigí hasta el que tenía a mi madre, pero no logré llegar hasta él. Al parecer, no eran dos indios los que nos estaban atacando, sino tres o cuatro. No estoy muy seguro. Lo único cierto es que otro debió salir de la casa y me golpeó la cabeza con fuerza tirándome al suelo. Inmediatamente después, escuché un disparo, por eso creo que eran cuatro los hombres que salieron. Fue tan seguido mi golpe y ese disparo, que no le hubiera dado tiempo a hacerlo a una sola persona.

Hope tenía miedo de preguntar a quién disparó ese supuesto cuarto hombre, pero sabía que era crucial que lo hiciera.

—¿A quién disparó?

—A mi madre. La vi caer muerta al suelo. Justo frente a mí. Tenía los ojos desorbitados, como si no pudieran fijarse. Jamás podré olvidarlo. —Esto último lo afirmó en un suspiro tan tenue que Hope apenas pudo escucharlo—. Los indios debieron creer que estaba muerto, ya que estaba cubierto de sangre y me dejaron en paz. No les escuché hablar entre ellos, ni estaba consciente cuando se fueron. Solo sé que cuando vino Owen pensó que estábamos todos muertos.

Hope no sabía qué decirle. Quería abrazarlo y expresarle lo mucho que lo sentía, pero sabía que Mark no se tomaría a bien su pena al ser un hombre orgulloso.

Si le había contado esta experiencia era porque buscaba su entendimiento y su consejo, pero no su pesar y lamentos.

—Debió ser muy duro para los dos. Pero para ti...

—Fue una pesadilla. Tardé cinco días en despertarme y cuando lo hice, no recordaba apenas nada. Solo que unos indios nos habían atacado. Mi hermano tubo que decirme que mis padres estaban muertos, aunque eso ya lo sabía por mis pesadillas. En ellas veía los ojos inexpresivos de mi madre mirándome, reprochándome.

—¿Reprochándote?

—Por no haber podido salvarla. Ni a ella ni a mi padre.

—Estoy segura de que tu madre jamás te reprocharía nada.

—Ahora lo sé y lo recuerdo todo, pero por aquel entonces...

—¿Qué pasó después? —Hope no quiso seguir con ese tema por si volvía a Mark el resentimiento por no haber ayudado a sus padres.

—Fue un infierno. Tras recuperar la conciencia sufrí de fuertes dolores de cabeza. Además, estaba muy débil por la pérdida de sangre y la falta de alimento. Pero lo peor es que me pasaba todo el tiempo pidiendo a mi hermano que encontrara a esos hombres y los matara. Por aquel entonces, mi prometida venía todos los días a curarme y me recriminaba que le pidiera eso a mi hermano. Pero no podía dejar de pensar en castigar a los asesinos.

Mark no pudo seguir sosteniendo la mano de Hope, al saber que debía contarle lo peor de la historia. Tocaba poner al descubierto la parte más oscura de su alma donde el hombre se transformaba en monstruo.

—Las siguientes semanas las recuerdo como un tormento de dolor y agonía. No solo por los dolores de cabeza que eran desquiciantes, sino por no poder moverme y hacer algo por encontrar a esos hombres. Cuando por fin pude levantarme, bajé al pueblo y le exigí al sheriff que hiciera algo. La reserva india quedaba muy cerca y estaba seguro de que allí encontraríamos a los culpables.

—¿Te refieres a la reserva india que está cerca de nosotros? ¿A la que nos dijiste que no nos acercáramos?

—Así es.

Hope ahora entendía la prohibición de Mark para que no se acercaran a esa reserva, si pensaba que en ella vivían indios con la sangre tan fría que no dudarían en robar, violar y asesinar.

—¿Los encontrasteis? —preguntó la muchacha.

—No. El sheriff me dijo que ya los había buscado en la reserva y que los indios a cargo de ella le aseguraron que ninguno de los suyos era culpable. No le creí, por supuesto, y seguí insistiendo. No me estaba dando cuenta, pero me guiaba un odio ciego que me impedía ver con claridad. Estaba tan convencido de que los indios culpables estaban en la reserva, que esperé a que el sheriff se marchara del pueblo para organizar un grupo e ir a la reserva a tomarnos la justicia por nuestra cuenta.

Hope se quedó paralizada al no haber pensado en algo tan horrible.

—No, Mark —solo pudo decir llevándose una mano a la boca.

Mark agachó la cabeza, avergonzado, sabiendo que no se merecía consuelo por lo que provocó.

—Cuando llegamos a la reserva los arrinconamos a todos mientras les apuntábamos con nuestras armas. Nadie del pueblo quería matar a inocentes, por lo que me dijeron que señalara a los culpables. Y... aunque no recordaba mucho y no les había visto el rostro, señalé a cuatro hombres.

Mark calló al necesitar un poco de silencio. Recordar esos momentos tan vergonzosos de su pasado le hacía

sentirse un miserable y le costaba mostrarse así ante Hope. Una mujer buena que le miraba con cariño y creía que era un buen hombre en quien confiar su futuro y el de su hermano. ¿Pero seguiría pensando lo mismo cuando supiera toda la verdad?

Necesitaba seguir contando su historia, aunque al hacerlo la perdiera.

—Llevamos a esos cuatro hombres al pueblo.

Decidió callarse los gritos de las mujeres cuando vieron que se llevaban a sus maridos y la indignación de toda la reserva que no paraban de escupirles y mirarles con desprecio.

—Una vez allí improvisamos unas horcas, mientras el pueblo entero se reunía a nuestro alrededor y gritaban que los mataran. Jamás podré olvidar las cosas que se dijeron y lo bien que me sentí al principio. Hasta que vi la cara de mi hermano y de mi prometida, Bethany. Solo ellos me mostraban su desaprobación y me miraban con indignación y pena.

Sin poder soportarlo más, Mark se levantó y comenzó a caminar por la cocina.

—Solo entonces me di cuenta de que me estaba dejando llevar por el odio, y no por la justicia. Vi la cara de esos indios, asustados, callados, pero a su vez se mantenían erguidos y estoicos, orgullosos. Me di cuenta de que en comparación con ellos era un miserable que debería vivir el resto de su vida con sus muertes sobre mi conciencia.

—¿Detuviste el linchamiento?

Mark se estremeció al escuchar la palabra «linchamiento».

—Aunque lo hubiera intentado ya era demasiado tarde. La gente del pueblo estaba demasiado excitada para entrar en razón.

—Pero no tenías que...

—Espera. La historia aún no ha acabado —la interrumpió al saber que Hope quería defenderlo y decirle que no toda la culpa era suya—. Por suerte, el sheriff llegó a tiempo y lo detuvo todo. Trajo consigo a los verdaderos culpables. Al parecer, era una banda de forajidos que había asaltado granjas, violando y matando durante meses. Y todos ellos eran hombres blancos, y no indios.

—¿Entonces?

—Se hacían pasar por indios al saber que había una reserva cerca y los culparían a ellos. Y estaban en lo cierto.

—¿Qué pasó con los cuatro indios inocentes? —inquirió Hope.

—Se les dejó libres y no presentaron cargos. De hecho, la relación desde entonces entre la reserva india y el pueblo es muy tensa.

—Me imagino. Pero te disculpaste, ¿verdad?

Ante el silencio de Mark esta supo que no lo hizo.

—Nunca más he puesto un pie en la reserva y apenas lo he hecho en el pueblo. Y antes de que me digas que todos los de Polson son tan culpables como yo, te recuerdo que fui yo el que los instó a ir a la reserva y el que señaló a los cuatro indios.

—Estoy segura de que en el fondo ellos también sabían que estaban haciendo mal. No pueden culparte por ello.

—No lo entiendes. Nadie en el pueblo me culpó. Soy yo el que se siente culpable y no soporta bajar al pueblo. Ellos solo creen que el golpe en la cabeza me trastornó y me dejó loco.

Hope no podía creer lo que escuchaba. El propio Mark se había juzgado y condenado por ese error que cometió llevado por el dolor y la rabia.

—¿Y llevas ocho años solo, pagando por ese error?

—Es lo menos que puedo hacer. Además, no soporto la idea de que me miren con recelo, furia o lástima.

—Si nunca más has vuelto a bajar, ¿cómo sabes que harían algo así? Quizás ya lo hayan olvidado todo.

—Imposible —afirmó asombrado de que ella lo defendiera, a pesar de apenas conocerlo—. Si mi hermano y mi prometida no me perdonaron y, no creo que lo hagan nunca, ya que se marcharon y no supe más de ellos, ¿por qué deberían hacerlo los demás?

De pronto Hope recordó al hermano y la prometida de Mark, pero no le dio tiempo a decir nada, ya que Mark supo, sin necesidad de mirarla, que había llegado la hora de rebelar la última parte de su historia.

## Capítulo 15

Sentado frente a la mujer que había decidido que fuera su esposa, comenzó a hablar, temeroso de que cada palabra que mencionara la alejara de su lado.

—Bethany. —Su nombre aún le dañaba, no porque la siguiera amando, sino porque le recordaba el engaño—. Íbamos a casarnos cuando todo esto pasó.

Hizo una pausa por un momento, luchando por relatar el evento.

—La adoraba y creía que ella también lo hacía, pero me demostró que no era así. O por lo menos, me dejó claro que no me amaba tanto como yo a ella.

A Hope no le gustó escuchar esto. No era agradable saber que el hombre que la pretendía como esposa hubiera querido tanto a otra mujer. O incluso siguiera queriéndola.

Por suerte, Mark dejó de hablar sobre sus sentimientos y se centró en la historia.

—Durante mi convalecencia, permaneció a mi lado. Ella soportó mi mal humor y curó mis heridas. Reconozco que en más de una ocasión fui injusto con ella, pero en aquel entonces mis dolores de cabeza eran tan insoportables, que no me daba cuenta de eso. Lo que sí recuerdo era como me reprendía cada vez que le pedía a mi hermano que buscara a los culpables y los matara. Le insistí tanto, que Owen dejó de venir a mi habitación y solo lo escuchaba hablando con Bethany tras la puerta.

Mark se detuvo una vez más, tragó saliva y luego reanudó la dolorosa historia.

—Tras el fallido linchamiento, llegué a casa solo y destrozado por la culpa. Creía que una vez en la granja, junto a las personas que quería, me consolarían y me darían su apoyo.

—¿No estaban a tu lado en el linchamiento? Recuerdo que dijiste que tu hermano te miró con lástima.

—Cuando la gente comenzó a irse y no los vi, me imaginé que Owen se había marchado junto con Bethany. La verdad es que se lo agradecí, al no sentirme preparado para hablar con ellos. Pero nunca imaginé...

La expresión de dolor en el rostro de Mark hizo que el corazón de Hope se derritiera de simpatía. No sabía que pudo encontrar Mark en la granja cuando regresó, pero fuera lo que fuese le había marcado desde entonces y ella debía estar preparada para demostrarle que estaba a su lado.

Pero no se esperó lo que siguió.

—Nada más entrar en la casa, me encontré a Bethany en los brazos de mi hermano.

—¡No! —soltó Hope impresionada por la falta de moralidad de las dos personas que más amaba Mark.

—Al parecer los afectos de Bethany habían cambiado durante mi convalecencia. Pero eso no fue lo peor... cuando les pedí una explicación, ellos me acusaron de ser un hombre sin corazón. Un hombre que no se merecía el amor de una mujer como Bethany. No cuando me pasaba el tiempo pensando más en mí mismo sin importar nada más que mi venganza. Y tenían razón.

—¿Cómo puedes decir algo así? —le cuestionó Hope.

—Porque es cierto. No tuve en cuenta el dolor de Owen al haber perdido a nuestros padres, o la culpa que sintió por no haber estado en la granja cuando todo ocurrió, por no decir el miedo que sintió al creer que yo moriría. En su lugar, solo tuvo a un estúpido muchacho que le pedía que matara en su nombre.

—Pero eso no es excusa para obrar a tus espaldas.

—¿Y cómo puedo reprochárselo? ¿A caso mi comportamiento fue intachable?

—No, pero tú tenías la excusa del golpe en la cabeza y tu estado de ansiedad y debilidad.

—Pero tenían razón, Hope. —Le aseguró mirándola a los ojos con una pena tan grande que la estremeció—. En ningún momento agradecía Bethany sus cuidados o pensé lo que ella debió sufrir al creer que moriría. Me comporté con ellos como un hombre que se merece estar solo.

—¿Ellos te dijeron eso, que merecías estar solo?

Mark asintió y agachó la cabeza.

De pronto, Hope lo comprendió todo. La culpa por la muerte de sus padres, por el linchamiento y por dar la espalda a su hermano y a su prometida, había condicionado la vida de Mark desde aquél entonces. De ahí su aislamiento, su desidia y sus miedos. Y sintió ganas de decirles cuatro cosas a esas personas que, supuestamente, le querían; y, sin embargo, le destrozaron más de lo que ya lo estaba.

—Ni tu hermano ni tu prometida tenían el derecho de decirte algo así. Es más, no conozco a ninguno de ellos, pero puedo asegurarte, que se aprovecharon de tu vulnerabilidad para quitarse la culpa de encima.

Mark alzó la cabeza para mirarla con el ceño fruncido, indicando que no la entendía.

—Ellos se burlaron de ti —explicó Hope—. Mantuvieron su romance a escondidas y cuando los descubriste, se defendieron atacándote.

—No lo comprendes, ellos...

—Te engañaron —insistió—. Si Bethany estaba enamorada de ti, no se habría acercado a tu hermano. Y si este también te quisiera, no le habría dado pie a tu prometida. Ellos eran las personas que te amaban y, sin embargo, no solo no estuvieron a tu lado aconsejándote y calmándote, sino que fueron los primeros en juzgarte y hacer que te sintieras culpable por lo sucedido.

—Ellos me cuidaron.

—Solo cuidaron tu cuerpo, pero no tu mente. —Hope se acercó y le cogió de la mano—. Sé lo que es que la gente te humille, te aparte y te castigue, pero jamás se me ocurriría no aconsejar a mi hermano cuando sé que va por mal camino, o no protegerlo cuando es evidente que se pone en peligro. Esos días tú estabas perdido, confundido por todo lo que te había pasado, y ninguno de los dos estuvo a tu lado para guiarte.

Cuando Hope vio las lágrimas formándose en los ojos de Mark supo que sus palabras le estaban dañando, pero no podía callarse. No podía dejarle creer que la traición de Owen y Bethany era culpa suya.

—Cuando se ama es para lo bueno y para lo malo —continuó Hope.

—¿Cómo tú amas a tu hermano? —le preguntó Mark.

Hope asintió.

—Has estado solo todo este tiempo porque ellos te dijeron que te lo merecías. Pero nadie se merece estar solo. Y menos una persona que ha pasado por mucho y que necesitaba tanto a alguien que lo consolara.

Hope se le acercó un poco más y puso una mano sobre el brazo de Mark, después lo miró y dijo en voz baja:

—Eres una buena persona Mark, y me alegro de que pusieras el anuncio.

Hope comenzó a retirar lentamente la mano del brazo de Mark, al sentir de pronto como su tacto le quemaba. Al alzar la vista, curiosa por saber si él lo había notado, se dio cuenta de que los ojos de Mark seguían su mano mientras ella la apartaba, casi como si no quisiera que dejara de tocarlo.

—También me alegro de haber puesto ese anuncio. Pero más me alegra que tú lo contestaras.

Hope sintió un enorme nudo en la garganta y no supo qué responder. Le alegraba saber que él estaba feliz de tenerla a su lado y que, a pesar de haber llegado con una boca de más, la había aceptado, no solo en su vida, sino que parecía que también en su corazón.

—¿Aunque te engañara? —preguntó ella.

Mark frunció el ceño al escucharla, hasta que lo entendió.

—Si te refieres a que apareciste con tu hermano, lo entiendo. Me costó al principio al saber que me habías engañado cuando te había pedido ser honesta, pero ahora sé que no tuviste opción.

—Él es la única familia que me queda, no podía dejarlo atrás. No obstante, debo admitir que pasé mucho miedo por si me rechazabas.

—¿Rechazar a una preciosa pelirroja pecosa? Jamás. —La sonrisa que se formó en sus labios consiguió que el corazón de Hope saltara de júbilo. Más aún, cuando comprendió lo que sus palabras pretendían decirle.

Nunca un hombre le había dicho un cumplido a Hope, por lo que en el acto sus mejillas se sonrojaron.

Ante el apuro de ella, Mark cambió de tema al no querer que se sintiera incómoda.

—En serio, Hope. Eres una mujer increíble. Estoy seguro de que hay personas que habrían dejado atrás a su hermano para tener la oportunidad de comenzar una nueva vida.

—¿Dices eso porque tu hermano te dejó? —inquirió la muchacha.

Mark se quedó pensando por un momento y se dio cuenta de que era así. El abandono de Owen y de Bethany le

habían hecho desconfiar aun más de la gente, como si todas las personas estuvieran cortadas por el mismo patrón.

—Posiblemente, pero también sé que es difícil encontrar buena gente y, cuando lo haces, debes mantenerla a tu lado.

Hope sintió el deseo de acercarse a él y volver a tocarlo, pero se contuvo y permaneció en su sitio. Lo que tenía que expresarle era importante y prefería mantener la cabeza serena.

—Yo no voy a ir a ninguna parte. —Tras mencionarlo miró a Mark directamente a los ojos para asegurarle que le decía la verdad—. Mi hermano y yo estamos aquí para quedarnos.

—Me alegro de oírlo, porque me he acostumbrado a tenerte en la granja y no permitiría que te fueras.

Le hubiera gustado admitir que se sentiría vacío si ella se marchaba, pero prefirió no profundizar en sus sentimientos. No cuando estos se habían comenzado a formar y a rebelarle que la soledad ya no sería una posibilidad en su vida.

No cuando había encontrado a una mujer con un corazón tan grande y una sonrisa que le estremecía el alma.

De pronto, se le ocurrió una idea. Algo que le hizo sonreír y que sabía que a Hope le encantaría —o por lo menos eso esperaba—. Iba a proponerle que cuando llegara la Navidad, si todo seguía también entre ellos, se casaran para esas fechas.

—Hope, ¿vas a venir a darme las buenas noches? —La voz, o más el grito de Harry desde su habitación impidió que Mark hablase.

—Voy enseguida —contestó Hope, y Mark supo que se le agotaba el tiempo. O se lo decía ahora, o no volvería a tener el valor para proponérselo.

—Hope me gustaría decirte algo.

—¡Hope! —volvió a gritar Harry.

—Lo siento, Mark, pero si no voy pronto Harry es capaz de armar un escándalo.

Hope comenzó a caminar, y cuando pasó al lado de Mark este sintió el deseo de sujetarla del brazo y detenerla. Sabía que se le estaba escapando esta oportunidad única, pero cuando ella le sonrió y siguió caminando él solo pudo devolverle la sonrisa.

—Maldito estúpido —se dijo una vez solo en la cocina—. ¿Cómo puedes ser tan cobarde?

Se pasó una mano por el pelo y escuchó a los hermanos hablando y riendo en la habitación de Harry. En el último instante, se había acobardado al pensar que ella se negaría.

Se sentía nervioso y notaba como le sudaban las manos. No sabía si decírselo cuando Hope saliera de la habitación de Harry o dejarlo para otro día.

Comenzó a caminar de un lado a otro de la cocina, pensando. Hope le había confesado que no se marcharía de la granja y de que era feliz allí. Sabía por su toque, su mirada y su sonrisa que comenzaba a sentir algo por él y que estos sentimientos podrían ser más profundos con el tiempo.

También, Harry ya estaba más a gusto en la granja y encajaba más. Cada vez se llevaban mejor, aunque sabía que quedaba algo de recelo en el interior del chico, como si temiera que algún día se cansaría de él y lo echara.

Comprendía que solo el tiempo le demostraría que estaba equivocado, y por eso había pensado en darle esos meses para que todos estuvieran convencidos de que juntos podrían formar una familia.

Mark percibía que la opinión de Harry era muy importante para Hope y por eso mismo se propuso que, poco a poco, no solo conquistaría el corazón de ella, sino también la confianza de Harry.

Sumido en esos pensamientos escuchó la puerta del cuarto de Harry cerrarse y se secó el sudor de las manos.

¿Se lo diría de una vez? ¿Sería mejor esperar? Mark comenzó a notar que el valor le iba abandonando.

—Voy a acostarme, Mark. Estoy algo cansada.

—Claro. Yo... —Dudó—. Yo también estoy cansado. —Y así perdió su oportunidad.

—Buenas noches —se despidió Hope.

—Buenas noches —le contestó, reconociendo en silencio que le había faltado el valor.

«¿Por qué es tan difícil abrirse a una mujer?», pensó mientras apagaba la luz de la cocina y se dirigía a su habitación.

En silencio, subió las escaleras y se prometió —aunque no le había dicho nada de su idea— que para Navidad le pediría que se casara con él.

Más tranquilo siguió su camino deseoso de que los meses pasaran volando.

## Capítulo 16

Las semanas pasaron felices convirtiéndose en tres meses.

Y así, con la llegada de diciembre, llegó el frío del invierno. Todavía no caía nieve, aunque todo indicaba que pronto aparecería. Harry estaba entusiasmado con la idea de ver todo cubierto por los hermosos copos. Esperaban poder disfrutar de una blanca Navidad.

Con el transcurso de los meses los tres miembros de la granja parecían encajar mejor, aunque Harry todavía sentía que estaba perdiendo a su hermana conforme ella se acercaba más a Mark.

Pese a esta sensación en la boca de su estómago, Harry no dijo nada y procuró no dar problemas.

Por su parte, Hope estaba muy sorprendida por lo bien que se acoplaba al trabajo de la granja. Algunos días, ayudaba a Harry a alimentar a los animales, mientras Mark trabajaba en algún otro proyecto, como reparaciones de la casa o del equipo.

En ningún momento sospechó que su hermano se sintiera apartado o descontento. Para ella, parecía que los tres se estaban convirtiendo poco a poco en una familia.

Mark, a su vez, también terminó con la recolección antes de que hiciera demasiado frío. Tuvo un gran éxito, como de costumbre, y consiguió una abundante cosecha, formada en su mayoría por maíz.

El frío hizo que las rutinas cambiaran, pues los animales pasaban menos tiempo afuera y se sembraban cultivos de invierno que, si bien no daban tanto dinero, les servían para abastecerse y ganar algunos dólares de más.

Todo en la granja parecía avanzar a su ritmo, aunque para Hope no era suficiente. Conforme los días de diciembre iban avanzando, apenas podía contener su emoción por la llegada de la Navidad.

Quería que ese año todo fuera especial y en su cabeza llevaba tiempo pensando en una cena de Navidad que les recordara los buenos tiempos.

Sabía que Harry se emocionaría al echarlas de menos y estaba convencida de que a Mark le encantaría la idea.

Por eso, cuando ese lunes Alan llegó con la entrega especial que Hope le había encargado unos días antes en el pueblo, todos parecieron complacidos.

—¡Vaya! ¿Qué es todo esto que traes? —preguntó Mark a Alan con el ceño fruncido mientras este descargaba la carreta.

—Un encargo especial de Hope —contestó sin más y continuó descargando la carreta dejando así que Hope le explicara.

Hope no tardó en aparecer a su lado completamente feliz con el pedido. Mostraba una sonrisa radiante que hizo que Mark borrara el ceño de su rostro.

—Espero que no te importe, Mark. Quería daros una sorpresa y por eso he encargado todo esto —dijo y al ver que Mark la miraba fijamente sin comprenderla, continuó hablando—: para Navidad.

De pronto, Mark lo entendió y abrió los ojos de par en par. Al verlo, Hope se preguntó por qué se sorprendía tanto y una idea se le pasó por la cabeza.

—¿Cuántos años hace que no celebras la Navidad? —le preguntó seria como si lo estuviera regañando.

Mark sintió deseos de reír, pues le encantaba cada vez que dejaba salir su carácter, algo que hacía cada vez más a menudo, indicándole a Mark que cada día estaba más a gusto.

—No me contestes, seguro que fue desde que pasó todo ese incidente. —La expresión de Hope se suavizó y le tocó el brazo. Algo que también comenzaba a hacer con más asiduidad—. Bueno, había pensado en preparar algo especial por Harry, pero ahora veo que lo será para todos.

—Será un cambio agradable. Y tienes razón, Hope, tanto Harry como tú habéis pasado por mucho y os merecís una celebración especial —apuntó Mark.

Los ojos de Hope se abrieron emocionados. La gran cantidad de alegría que sentía en su corazón era simplemente abrumadora. Conocía lo suficiente a Mark para saber que poseía un gran corazón, pero aun así, le encantaba

descubrir la generosidad que mostraba con ellos.

—Mark... —dijo Hope mirando a sus ojos—. No tienes idea de lo mucho que esto significa para mí. —Luego, le dio un gran abrazo. Con la oreja presionada contra su pecho, donde pudo escuchar sus latidos.

Mark se sintió conmovido cuando Hope lo abrazó, al no esperarlo. Era muy agradable sentirla entre sus brazos, pero le había pillado tan de imprevisto que no se había preparado para ese contacto.

Aun así, no dudó en saborear ese instante al máximo, sabiéndole a poco cuando ella se apartó de él avergonzada.

—Será mejor que me ocupe de guardar todo esto en la despensa —le dijo Hope mostrando un sonrojo, pero con una cálida sonrisa. Después, se metió en la casa dejando a Mark con los brazos vacíos por su ausencia.

—Veo que vuestra relación va cada vez mejor. —La voz de Alan le hizo volver a la realidad—. Disculpa, no quería entrometerme, pero no he podido evitar veros abrazados cuando estaba justo en frente.

Mark miró a Alan volviendo a fruncir el ceño.

—No me había dado cuenta de que estabas delante.

—De eso estoy seguro. —Alan soltó una carcajada y se sentó en su carreta—. Te dejo, amigo. Tengo que hacer más entregas y no quiero que se me haga de noche.

Sin más, Alan se marchó dejando a Mark solo frente a la casa, sin saber muy bien cómo encajar todo. Celebrar la Navidad, el abrazo, todo era tan nuevo para él que se sintió abrumado, aunque eso sí, muy feliz.

Con una gran sonrisa, Mark se puso los guantes y silbando se fue al granero donde ya tenía arreglada una de las sillas que cojeaba.



Dentro de la casa, Hope se ocupaba de organizarlo todo sin saber sobre el torbellino de emociones que le había provocado a Mark.

Ajena a ello, hacía el recuento de todo lo que le había traído Alan cuando Harry apareció por la puerta.

—¿Qué es todo eso? —preguntó el muchacho.

—Oh, no es nada —contestó Hope bromeando.

—¿Nada? Pues parecen muchas cosas para no ser nada —dijo Harry curioso, mientras trataba de ver mejor lo que Hope estaba guardando.

—Es solo comida —aseguró Hope mientras sobre la mesa, delante de él, dejaba la bolsa de comestibles que contenía las provisiones para hacer el pudín de Navidad.

Harry, incapaz de resistirse a descubrir lo que habían traído, se acercó a la bolsa y miró dentro. Le tomó unos segundos darse cuenta de lo que había en el interior, pero cuando lo hizo, jadeó.

—¡Hope! ¿De dónde sacaste todo esto? ¿Mark te dejó comprarlo? —inquirió.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Es que... es que... dentro de la bolsa hay suficientes ingredientes para hacer un pudín.

—Pues si está ahí será por algo, ¿no crees?

Los ojos de Harry se iluminaron inmediatamente como estrellas. Rápidamente, miró todas las otras cosas que estaban en la mesa. Luego contempló a su hermana y dijo:

—¿Pero Mark celebra la Navidad?

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—No sé, como vive aquí solo...

—Pero ahora estamos nosotros y le vamos a traer la Navidad.

—¿Y podremos poner un árbol? —preguntó Harry emocionado.

—Claro. Mark estuvo de acuerdo conmigo cuando le comenté que la Navidad debería ser un momento especial para todos nosotros —profirió Hope.

Harry continuó mirando a su hermana como si le costara creerlo.

—¿Podremos tener una Navidad como la de antes?

A Hope no le hizo falta preguntar para saber a qué se refería.

—Será muy parecida a cuando estaba papá. Tendremos un enorme árbol, una cena maravillosa y el pudín.

—¿Y regalos?

Hope soltó una carcajada y se acercó a su hermano para abrazarlo.

—Seguro que también habrá regalos.

Ambos hermanos permanecieron abrazados en silencio, empapándose con su amor y su calor, hasta que Harry comenzó a hablar:

—¿Recuerdas cómo era la Navidad con papá?

—Claro. Y este año volveremos a reír como lo hacíamos cuando él estaba con nosotros.

—Lo hecho mucho de menos —confesó Harry con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo también, pero debemos seguir adelante. Él lo hubiera querido.

—¿Crees que le gustaría Mark?

Hope lo pensó por unos instantes y pronto dio con la respuesta.

—Estoy convencida de que sí.

El sonido de la puerta abriéndose les interrumpió. Un segundo después apareció Mark con la silla ya arreglada y con una sonrisa en su rostro.

—Espero no molestar —dijo él.

—No. Solo estábamos recordando —comentó Hope separándose de su hermano para continuar guardando las cosas que había sobre la mesa.

Sin embargo, cuando Mark miró a Harry, este le miraba como si estuviera cavilando sobre algo. Esa mirada le incomodó y dejó la silla mientras pensaba en decir alguna frase que aligerara el ambiente.

No había escuchado nada al entrar, pero por las lágrimas en el rostro de Harry y por todo lo que había en la mesa, supo que debió ser algo relacionado con el pasado. Algo que sin duda era doloroso, sobre todo para un niño de la edad de Harry.

—Harry, estaba pensando... Ya hemos terminado con el trabajo más duro de la granja y de lo poco que queda por hacer me puedo ocupar yo. Por eso, quizás deberías plantearte ir al colegio.

Mark creyó que a Harry le alegraría no estar tanto tiempo solo y se sentiría feliz de ir a la escuela y hacer amigos. Pero cuando vio como su cara se volvía seria y lo miraba con recelo no estuvo seguro de haber tenido una buena idea.

Por supuesto, Mark desconocía lo mal que Harry lo había pasado en Providence, ni el desafortunado incidente en la tienda del pueblo. Si lo hubiese sabido, seguro que se lo hubiera pensado dos veces antes de proponerlo.

Harry, por su parte, se tomó muy mal esa idea. Tras el recuerdo de su padre y de los tiempos pasados se sentía nostálgico y, al recordarle los malos momentos que pasó en Providence solo consiguió que pensara que quería deshacerse de él.

Porque, ¿cómo iba a quererlo ese extraño cuando sus propios amigos y vecinos le habían dado la espalda? ¿Y cómo no iba a dejarlo de lado su hermana cuando Mark le daba todo lo que podía desear?

De pronto, Harry sintió un vacío tan hondo en su pecho que notó como si le faltara el aire.

Hope, al ver como su hermano comenzaba a hiperventilar, supo que iba a estallar en un ataque de furia y trató de suavizarlo.

—No hace falta que vayas si no quieres. Puedo enseñarte en casa como hicimos en Providence.

Pero ya era demasiado tarde, pues Harry solo escuchaba una voz en su cabeza que le decía que nadie le quería.

—Quieres deshacerte de mi porque me odias —soltó a Mark envuelto en la confusión de su ira.

—No, yo... —dijo Mark, pero Harry no le dejó terminar.

—Quieres quitarme a mi hermana y no te importa lo que me pase.

—Harry, por favor —trató de interceder Hope, pero cuando le cogió del brazo para que se volviera a mirarla y

dejara de clavar sus ojos inyectados en rabia en Mark, este se soltó de ella con una sacudida fuerte.

—Te odio. Te odio y no voy a dejar que hagas conmigo lo que quieras.

Harry se abalanzó sobre Mark y trató de golpearlo mientras este trataba de sostenerlo para que no se hiciera daño.

Ni Hope ni Mark entendían qué le estaba pasando y, sobre todo, por qué se había puesto tan enojado. Al fin y al cabo solo había sido una sugerencia y no una orden.

Pero ninguno de los dos sabía de las dudas y el recelo de Harry, que creía que poco a poco estaba perdiendo a su hermana. La única persona en el mundo que le quería y le quedaba.

Según Harry, Mark quería quedarse con ella para no estar solo, y así, sería él quien viviría aislado y perdido sin amor.

—Te odio —continuó gritando, pero al ver que sus patadas y golpes no dañaban a Mark se sintió más rabioso y comenzó a tirar para que le soltara.

—Harry, espera —pidió Mark, pero este no lo oía. Solo escuchaba sus latidos y unas voces que le decían: «solo, solo, solo».

—Harry, deja de comportarte como un niño. —La voz enérgica de Hope paró en seco a Harry, pero cuando este se giró para mirarla supo que algo grave estaba a punto de suceder.

—Ya no me quieres. Te pones de su parte —soltó el niño.

Harry sonaba entrecortado y tan lastimero, que Hope sintió como se le partía el corazón. Adoraba a su hermano pequeño y por él estaba dispuesta a todo, por lo que no entendía que le dijera que no le amaba.

—¿Pero que estás diciendo? Yo...

—No quiero tus mentiras —gritó Harry—. Pienso irme a la reserva donde por lo menos tengo un amigo.

—¿De qué estás hablando? —La voz sería de Mark hizo que Harry se diera cuenta de su error y se tensara—. ¿No habrás ido a la reserva contradiciendo mis órdenes?

Durante un segundo, Harry se quedó quieto al ver a Mark enfurecido. No había querido que se enterara, pero ya no importaba. De todas formas, no pensaba quedarse en ese lugar donde nadie le quería.

—Tú no eres quién para darme órdenes. Y ellos no son tan malos. Solo me prohibiste ir allí para que no tuviera amigos y estuviera tan solo como tú. Pero no lo has conseguido, porque tengo un buen amigo.

—¿No te das cuenta de que te pusiste en peligro? —Mark pensó en el riesgo que corrió Harry al desobedecerle, por si los indios de la reserva se vengaban de él a través de Harry. Por su aprensión no prestó atención a sus palabras movido más por el miedo.

—Ellos nunca me harían daño. —Deseaba gritarle otra vez que le odiaba, pero en vez de eso salió corriendo encolerizado de la casa.

—¡Harry! ¡Harry! —le llamó Hope yendo tras él, pero fue inútil. Harry había salido directo al bosque.

—Deja que se vaya y se desahogue —dijo Mark tras ella tratando de contener su alarma. No era el momento de tensarse y comenzar a vociferar sobre lo imprudente que había sido, sino que tenía que tranquilizar a Hope para que no se preocupara por su hermano.

Mientras, Hope se sacudía llorando en el umbral de la puerta mirando por donde había visto desaparecer a su hermano. No entendía muy bien qué había sucedido en la casa, pero sabía que no era bueno al no haber visto nunca así a Harry.

Pero cuando sintió las manos de Mark sobre sus hombros dándole consuelo, no pudo evitar necesitarle. No solo el alivio de su tacto, sino también el de sus palabras.

—¿Qué pasa si se pierde? No falta mucho para que anochezca y hace mucho frío —manifestó.

—No le pasará nada. Él está acostumbrado a corretear por el bosque y no es tonto. Cuando se calme un poco regresará y podremos hablar.

—¿Estás seguro? —preguntó volviéndose para mirarle. Ella conocía muy bien a su hermano y no estaba tan convencida. Quizás por eso necesitaba a alguien que le dijera que no se preocupara.

—Por supuesto. ¿A dónde más podría ir?

Hope le abrazó, necesitaba su consuelo. Se sentía fatal por no haber podido hacerle ver a su hermano lo mucho que lo quería y por no haber sabido que se encontraba tan mal.

Había creído que los tres estaban felices juntos, pero en ese momento se preguntaba si realmente Harry estaba

contento o solo estaba fingiendo.

Mark pareció saber lo que ella pensaba, pues la abrazó más fuerte y le dijo al oído:

—No es culpa tuya. Es solo un arrebato de chiquillo. Cuando se le pase ya verás como regresa.

Pero Hope conocía a su hermano, y sabía que le costaría calmarse y regresar. Solo esperaba que Mark tuviera razón y volviera a la granja al no tener otro lugar al que ir.

—Cuando regrese, te juro por Dios que después de darle una paliza, voy a asegurarme de que le quede claro lo mucho que lo quiero.

Sin más por decir, Mark la hizo entrar en la casa y cerró la puerta, convencido que el frío y la oscuridad harían que regresara pronto.

## Capítulo 17

Con las lágrimas mojando su cara, Harry cruzó el campo abierto que rodeaba la granja como si el viento lo obligara a hacerlo. Como impulsado por unas manos que lo alejaban corrió hasta llegar a la línea de árboles que lo adentraban en el bosque, y continuó corriendo hasta que le costó respirar.

Solo deseaba alejarse de ese lugar y de la sensación de que había perdido a su hermana. Esa idea que antes le rondaba la cabeza en ese instante la tenía clara, al saber que sus palabras de furia contra Mark lo habían puesto en su contra.

Se dio cuenta de lo solo que estaba en el mundo y deseó desesperadamente poder cerrar los ojos y que cuando los abriera, todo volviera a ser como antes, cuando vivía su padre y él era feliz.

Desesperado, se detuvo y cayó de rodillas llorando por la vida que tuvo y nunca regresaría. Hope se quedaría en la granja junto a Mark y él tendría que ver como poco a poco su afecto por él era reemplazado.

En su corazón, Harry sabía que Hope se merecía un buen marido después de todo lo que había pasado. Y las circunstancias indicaban que ese hombre iba a ser Mark. Una elección muy acertada, al ser evidente que se preocupaba por Hope y que la atracción que sentían el uno por el otro crecía día a día.

Pero saber que su hermana había encontrado un lugar donde ser feliz no impedía que se sintiera celoso por el afecto que Mark le estaba robando. Y con el tiempo, ellos se casarían, tendrían hijos y él quedaría más marginado.

Se sentía tan desalentado y disgustado, que no recordó el amor de su hermana por él, sus promesas de estar siempre juntos y la certeza de que nunca le dejaría atrás. En su lugar, siempre había una parte de su mente que le decía constantemente que Hope le dejaría de lado para comenzar de nuevo junto a Mark. Este miedo persistente al abandono nubló su mente mientras caminaba por el bosque.

No tardó mucho más en llegar al lago donde Tilxa y él se veían cada tarde. Sabía que ya había pasado la hora para encontrarse con su amigo, pero era la única persona que le quedaba. Si no lo hallaba o se negaba a ayudarlo, no sabía lo que haría.

Harry siguió caminando, comenzando a notar el frío que traía la noche. Por las sombras que poco a poco se adueñaban de la luz supo que el ocaso estaba cerca y debía encontrar a Tilxa antes de que anocheciera.

Se preguntó si sería lo suficientemente valiente para entrar solo en la reserva india, pues, aunque Tilxa no resultó peligroso, no podía dejar de preguntarse si el aviso de Mark respecto a la reserva estaba basado en algo que desconocía y que debería tener en cuenta.

Temblando de frío comenzó a gritar el nombre de Tilxa, con la esperanza de que este estuviera cerca y le escuchara.

Poco a poco se fue alejando del lago en dirección a la reserva, mientras el frío se volvía más intenso.

—¡Tilxa! —gritó comenzando a asustarse. Contra más se acercaba la noche más difícil sería encontrarlo.

Comenzó a preguntarse qué más podía hacer si no localizaba a su amigo. Si descartaba por el momento regresar a la casa e ir a la reserva, solo le quedaba encontrar un sitio en el bosque. Pero ¿dónde? ¿Debería volver antes de ponerse en peligro?

Estaba tan absorto en sus pensamientos mientras caminaba, que se sorprendió cuando de pronto notó como algo frío y húmedo le cayó en la mejilla y se llevó la mano a la cara para saber de qué se trataba.

Estaba acostumbrado a las heladas de Providence y a ver la nieve de vez en cuando. Pero cuando alzó la vista y contempló descender un manto blanco sobre él, sintió que estaba viviendo algo mágico.

Se encontraba en medio del bosque, con apenas unos rayos de sol iluminándolo, mientras miles de copos de nieve blancos y esponjosos descendían de los cielos.

La visión fue tan maravillosa que por unos instantes se olvidó de todo y se dejó inundar por esa belleza plácida que le rodeaba. Su parte de niño gritaba de felicidad al ver como nevaba, mientras su parte adulta gritaba para que reaccionara y se pusiera a salvo.

Pero, por el momento, el niño se dejó llevar, y sin pensárselo dos veces extendió sus brazos y dejó que los copos de nieve se posaran sobre él. Cerró sus ojos y suspiró agradecido por la sensación de estar viviendo algo que jamás olvidaría.

Cuando el aullido de un lobo lo devolvió a la realidad y abrió los ojos, el miedo se apoderó de él. Regresó a su cabeza la oscuridad, el frío y la soledad al observar preocupado que en apenas un instante el sol se había escondido y comenzaba a rodearle la oscuridad.

El sonido de algo tras él lo sobresaltó y rezó para que no fuera el lobo. Se daba cuenta de lo tonto que había sido al no regresar, pues ya era demasiado tarde.

Prácticamente, había anochecido, y con ese tiempo tan frío, dudaba mucho de que Tilxa permaneciera todavía en el bosque. De hecho, el silencio era tan intenso, que Harry juraría que solo estaban ese lobo que había aullado y él.

Miró a su alrededor tratando de decidir qué hacer a continuación. La nieve cada vez caía de forma más copiosa, y si no se daba prisa en pensar algo, lo más seguro era que muriera congelado.

Observó el camino tras él, el que conducía a la granja, y se preguntó cómo había dejado que su orgullo fuera más valioso que una cama y una cena caliente.

Se daba cuenta de su error, pero no servía de nada lamentarse. El camino a la granja estaba demasiado lejos, y por la forma en que caía la nieve y soplaba el viento, sabía que debía darse prisa en buscar un refugio.

Miró frente a él y se preguntó si se atrevería a ir a la reserva. El problema era que no sabía muy bien donde estaba y si podría encontrarla en medio de la oscuridad.

Aunque debía reconocer que tampoco le gustaba esa idea, por si los indios lo devolvían a la granja y Mark se enfurecía con él por haberlos llevado a su propiedad. Quizás nunca se lo perdonaría, y por culpa de ese error, perdería definitivamente a su hermana.

Se sentía confuso, cansado y entumecido. Debía tomar una decisión pero el miedo al castigo y a empeorar las cosas le impedían decidirse.

De pronto, recordó la cueva secreta del gran oso, donde Tilxa le había llevado algunas veces. Se acordó que estaba cerca de la reserva y que su amigo la utilizaba cuando quería estar solo.

En su interior, había algo de leña y una manta, por lo que podría pasar la noche en ese refugio y pensar las cosas mejor por la mañana.

Con esa idea en mente, comenzó a caminar hacia la cueva, tratando de recordar el camino. Sabía que estaba por esa zona, subiendo una ladera, y entre matorrales y rocas se escondía la entrada.

Solo faltaba dar con ella, y que ningún oso hubiera decidido refugiarse ahí. No era lógico, al estar ya en invierno y estar invernando, pero Tilxa le había dicho que en el bosque todo era posible.

Con la escasa luz que aún quedaba trató de caminar hacia la colina, con la esperanza de que la nieve no le impidiera llegar antes de que la noche se abalanzara sobre él.

La nieve cada vez era más densa, impidiéndole ver lo que tenía a varios metros.

Con la cabeza gacha y las solapas del abrigo tapándole hasta las orejas, Harry siguió avanzando cada vez más asustado. Comprendió lo estúpido que había sido al salir corriendo de la casa cuando la noche estaba cayendo y se dijo que si volvía a ver a su hermana y a Mark les pediría perdón.

Le castañeaban los dientes y, al no llevar guantes, apenas podía mover los dedos de las manos. Se sentía agarrotado y cada vez le costaba más caminar. Con cada paso que daba, más se arrepentía de su arrebato de rabia y juraba que si sobrevivía, jamás volvería a hacerlo.

Sintiendo los dedos de los pies entumecidos alzó la cabeza coronada por copos de nieve, y ante él vio los matorrales que tapaban parte de la entrada de la cueva.

Lo había logrado. Había encontrado la cueva justo a tiempo.

Sonriendo se dirigió a la entrada, sin importar que el interior estuviera completamente a oscuras. Lo único que sabía era que ahí adentro la nieve no caía y podría estar caliente.

Sin perder tiempo apartó las ramas que Tilxa colocaba para que el acceso no fuera visible y se introdujo.

No había dado dos pasos cuando tropezó y cayó de rodillas, sintiendo un calambre tan fuerte, iniciándose en sus rodillas y extendiéndose por sus piernas, que estuvo a punto de gritar.

Con lágrimas de dolor decidió que seguiría de rodillas, al estar todo tan oscuro que apenas podía ver nada a su

alrededor. Poco a poco, logró avanzar mientras palmeaba el suelo.

No tardó mucho en encontrar el lugar donde estaba la leña apilada, al recordar donde la había visto la última vez que Tilxa le llevó a la cueva. Más animado, volvió a tantear el suelo en busca de yesca y pedernal para encender el fuego y la suerte volvió a sonreírle.

Una vez encontrados, no tardó en encender una pequeña hoguera ya que el montón de leña no era muy grande y no quería gastarla toda de golpe. Ya con un poco de luz observó la cueva.

Tilxa le había dicho que la galería que se adentraba por la cueva era muy larga y peligrosa, por lo que siempre permanecía cerca de la entrada.

Le pareció una buena idea seguir su consejo y buscar un lugar frente al fuego. Allí se abrigaría con la manta, que pudo ver doblada cerca de la leña, y dormiría un poco.

Lo había conseguido. Había encontrado la cueva, encendido el fuego y en ese instante se abrigaba con una vieja manta que le protegía del frío.

Aun así, la cueva era gélida y costaba entrar en calor, sobre todo en los pies que apenas sentía. Pero estar dentro y resguardado era mil veces mejor que pasar la noche a la intemperie en medio de la nieve.

Solo esperaba que pasara la noche y al amanecer, cuando el sol le diera los buenos días, regresaría a casa y hablaría con su hermana y con Mark.

Ya era hora de que dejara de ser un niño y tuviera claro qué iba a ser de él. Mirando el pequeño fuego que danzaba ante sus ojos oró con todas sus fuerzas, para que no fuera demasiado tarde y le permitieran volver.

El frío y el cansancio lo adormecieron y pronto Harry se quedó rendido por el sueño, sin darse cuenta de que el fuego necesitaba de su cuidado para no apagarse.

La noche lo cubrió todo de blanco y en el interior de la cueva, el cuerpo dormido de un niño dejó de temblar y se sumergió en un profundo y mortal letargo. Todo ello, ajeno a la enorme cantidad de nieve que empezaba a acumularse en el exterior de la cueva.

## Capítulo 18

**T**ras la marcha de Harry la casa se quedó sumida en la inquietud y el silencio. Tanto Hope como Mark disimulaban su preocupación manteniéndose ocupados, hasta que la luz del exterior dejó claro que la noche se iba acercando.

—Tarda demasiado —repuso Hope asomándose por la ventana.

Se notaba su inquietud y como poco a poco esta se iba transformando en histeria.

—Es posible que ya esté de regreso —afirmó Mark para tranquilizarla, aunque sus palabras no sonaron muy convincentes.

Una fuerte ráfaga de viento se dejó escuchar afuera consiguiendo que Hope se abrazara a sí misma, como si la hubiera sentido recorriendo su cuerpo.

A Mark le dolía verla asomada a la ventana en esas condiciones, por lo que se levantó y se dirigió a la puerta donde comenzó a ponerse el abrigo.

Al escuchar sus pasos, Hope se volvió y se le iluminó su rostro cuando comprendió lo que Mark se proponía hacer.

—Voy a dar una vuelta por los alrededores. Tal vez lo encuentre sentado bajo un árbol o quizás ya haya regresado y esté en el granero.

Hope asintió notando como su corazón le gritaba de gratitud. Había tenido muchas pruebas de la buena persona que era Mark, pero al ver lo preocupado que estaba por su hermano, comprendió que era un hombre increíble.

—Gracias —le dijo.

—Aún no me las des —respondió inquieto, mientras la miraba y se estremecía al verla tan preocupada.

Sin más, salió por la puerta y se encaminó al granero. Su paso era decidido y su pose erguida. Sabía lo que era ser un niño y tener una rabieta y como costaba regresar a casa. Pero no iba a permitir que ese muchacho inquietara a su hermana y menos cuando ella se preocupaba tanto por él.

Y en alguna parte, en su interior, Mark comprendió que Harry también se había ganado una parte de su corazón, aunque le costara admitirlo.



Una hora después Mark regresó a la casa con paso cansado y con los hombros caídos.

Había puesto todas sus esperanzas en encontrarlo cerca de la granja, pero todo indicaba que Harry se había metido en el interior del bosque, en dirección a la reserva india.

Se sentía furioso tras comprobar que lo había desobedecido, pero sobre todo al estar seguro de que Hope sufriría cuando supiera que no le había encontrado.

Ni siquiera había subido al porche cuando Hope abrió la puerta de la casa y se le quedó mirando expectante. Al acercarse, pudo comprobar que ella había estado llorando y se sintió culpable por traerle malas noticias.

—¿Lo has visto? ¿Está enfadado en el granero? —inquirió desesperada.

Mark llegó hasta ella y simplemente negó con la cabeza. Un segundo después la tristeza inundó los ojos de Hope que miraron al cielo y suplicaron para que la escasa luz del día no se extinguiera.

—Entremos en la casa. Aquí hace frío —sugirió Mark.

Hope no se movió, por lo que Mark la cogió del brazo con suavidad y la guio al interior. Dentro se notaba el calor de la chimenea encendida en la sala de estar, por lo que Mark la llevó hasta ella y la sentó en una de las mecedoras. Después se quitó el abrigo y comenzó a echar más leña.

—Falta unos minutos para que anochezca —afirmó pesadosa y casi en un susurro Hope, mientras observaba el fuego.

Mark no le respondió al temer la respuesta que debía darle.

—¿Dónde puede estar? —Las entrañas de Mark se encogieron al escucharla.

Durante unos segundos debatió si contarle que había visto las huellas de Harry en dirección a la reserva. Si se lo decía, estaba seguro de que le pediría que fuera, y él no podía hacer eso. Pero si no se lo contaba... su conciencia le acusaría de su engaño para siempre.

Cuando la vio llorando en silencio al mismo tiempo que las llamas del fuego bailaban en sus ojos, supo que jamás se perdonaría si no se lo contaba.

—He encontrado sus huellas alejándose de la casa —dijo Mark.

Hope dejó de inmediato de mirar a la chimenea para centrar toda su atención en él.

—Él... se dirigía al bosque. A la reserva india —concluyó.

—Pero, es peligroso, ¿no? Quizás se pierda o le hagan algo.

—No lo creo. Recuerda que dijo que tenía un amigo indio. Lo más seguro es que haya ido a la reserva para pedirle alojamiento por esta noche.

—¿Estás seguro?

—¿A dónde más podía ir?

Hope se mantuvo en silencio pensando en ello. Era cierto que admitió que tenía un amigo indio, pero ¿sería bien recibido en la reserva? No conocía de nada a esa gente.

De pronto sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. ¿Y si Harry les comentaba que vivía en la granja de Mark Turner? Harry no conocía la historia del linchamiento por culpa de Mark. ¿Y si decidían vengarse con su hermano?

Sabía que estaba siendo injusta con la gente de la reserva al pensar así de ellos, pero si Mark aún sentía recelo por esas personas, ¿por qué no podían sentir aquellos lo mismo?

Un sollozo comenzó a formarse en su garganta mientras intentaba hablar.

—Debes ir a buscarlo.

Mark la miró fijamente, como si le costara entender lo que le estaba pidiendo. Pero, en realidad, se había quedado paralizado al escucharla. Había dicho justo las palabras que más temía.

—No creo que sea necesario —respondió sin mirarla. No podía hacerlo si no quería que viese el temor en su mirada.

—Sí que lo es —insistió Hope mientras se le acercaba—. Por favor, ve por él. Tienes que asegurarte de que está bien y traerlo a casa.

—Es una tontería ir ahora. Ya está anocheciendo. Lo que tenemos que hacer es cenar algo y acostarnos. Mañana, si no ha regresado, saldré a buscarlo a primera hora, ¿de acuerdo?

Mark se acercó a Hope, le puso las manos sobre los hombros con suavidad y la guio hasta la silla que había usado anteriormente. Luego, despacio, se arrodilló a su lado y continuó hablándole:

—No debes preocuparte. Estará bien. —Mark iba a seguir conversando hasta convencerla, pero Hope alzó sus ojos repletos de tristeza y se le quedó mirando.

No pudo enfrentarse a esa mirada de súplica y menos aún logró resistirse a las dos únicas palabras que salió de sus labios:

—Por favor.

La cara de Hope estaba bañada en lágrimas y su rostro estaba pálido. Contemplarla frente a él, con tanto pesar en su cara, era una tortura mil veces peor que una pesadilla.

—Hope, no me pidas eso —dijo lastimero, pues no podía ir a la reserva y enfrentarse a los demonios de su pasado. Esos que aún seguían perturbándolo y lo hacían permanecer aislado en su granja. En su refugio.

—Por favor —volvió a pedirle ella en un susurro, pero esta vez cogiéndole las manos—. Es mi hermano.

Mark sabía lo que era amar a un hermano. Él había adorado a Owen, aunque durante esos últimos ocho años hubiera tratado de odiarlo por su abandono y su traición.

Pero en el fondo sabía que una parte de él nunca podría renegar de Owen, aunque entre ellos jamás volverían a ser las cosas iguales y en absoluto se encontrarían de nuevo.

«No», estuvo a punto de decirle hasta que al girar la cabeza observó la nieve caer en plena noche.

¿Y si se equivocaba y Harry no estaba en la reserva o no había podido llegar a ella? Quizás se le hizo de noche por el camino y no supo encontrar el rumbo. ¿Y si estaba perdido, herido, o tal vez le hubiera atacado un lobo?

El aullido de un lobo a lo lejos hizo que se estremeciera. Si se equivocaba y no iba a buscarlo, sino que cenaban algo y se acostaban, no se lo perdonaría por el resto de su vida. Y lo que era peor, perdería irremediamente a Hope, no porque ella se lo reprochara, que tal vez lo hiciera, sino porque él jamás podría volver a mirarla a la cara.

—Está bien. Me acercaré a la reserva a ver si lo han visto, y si no... —No quiso seguir hablando, no cuando la mirada de Hope había lanzado un destello de esperanza—. Podrías dejar una lámpara encendida junto a la ventana, así le indicarías el camino por si regresara.

Mark se levantó, pero no pudo dar dos pasos antes de que Hope se lanzara a su cuello y lo abrazara con fuerza.

—Gracias, gracias.

Mark la abrazó pegándola a él. Quería pensar que todo se solucionaría y que por la mañana volverían a ser una familia. Su nueva familia.

—Haré todo lo posible para traerlo. Pero tienes que prometerme que te quedarás dentro de la casa e intentarás dormir. —Mark la miró con cariño y le pasó una mano por su rostro para apartar sus lágrimas.

—No creo que pueda. —Hope se mordió el labio inferior, aún abrazada a él, y le apartó la mirada. Eso le indicó a Mark que no le gustaría lo que iba a decirle—. Creo que debería ir al pueblo a buscar ayuda.

Mark se apartó de ella con el ceño fruncido.

—De eso ni hablar —se opuso él.

—Pero conozco el camino —repuso ella convencida.

—Me da igual. Solo has ido un par de veces y nunca de noche. Además, no sabrías donde buscar al sheriff.

Hope se quedó pensativa como si estuviera cavilando sobre lo que le acababa de decir. Pero antes de que pudiera rebatirlo con otra idea, Mark optó por no darle más opciones y aseveró:

—Debes confiar en mí. Haré todo lo que pueda por traerlo.

Hope asintió, aunque se notaba en su cara que aún no estaba convencida. Para asegurarse, Mark hizo que se lo prometiera.

—Júrame que no irás al pueblo.

—Pero...

—Júralo —insistió.

Más tranquilo, se la quedó mirando y no pudo resistirse. La volvió a abrazar y la besó con todo el deseo que llevaba acumulando desde que la vio por primera vez. Sosteniéndola entre sus brazos volvió a notar un profundo pesar al admitir que quizás podría perderla.

Desesperado por borrar de su mente esa oscura sensación devoró sus labios, dejándose llevar con la calidez de estos contra los suyos. Los saboreó mucho más dulces de lo que se había imaginado y simplemente se dejó llevar, notando emocionado como ella también se rendía a sus labios.

Como respuesta apretó más su agarre alrededor de su cintura y se complació cuando ella inclinó la cabeza para entregarse más a él.

La fantasía de tenerla toda la noche entre sus brazos cruzó por su mente, aunque sabía que ese deseo era imposible. Aun así, ese momento que estaban compartiendo era de ambos, y pasara lo que pasase durante las siguientes horas, nadie se lo robaría.

Mientras sus labios luchaban por no abandonar el dulzor de su boca, Mark se juró que no la perdería. Se lo repitió una y otra vez, mientras notaba como ambos cuerpos se fundían en su abrazo y se deshacían con el beso.

Sin querer dejar de besarla, pero sabiendo que era necesario, Mark se apartó lo suficiente para mirarla a sus preciosos ojos verdes. Unos ojos que miraban a los suyos oscuros y los llenaban de vida.

Perdido en su mirada se quedó maravillado, no solo por lo que contempló en ellos, sino porque pudo ver que

estaban llenos de algo que hizo que su corazón se detuviera y luego latiera a un millón de latidos por minuto.

Ella también sentía algo por él. Ahora estaba seguro, y pensaba demostrarle que era digno de su amor. Aunque para ello tuviera que enfrentarse a toda la reserva india.

Y así, con una fortaleza interior que nunca creyó sentir, gracias a esa mujer que le miraba, Mark se dirigió a luchar contra sus propios dragones.

Unos dragones que habían poblado sus sueños durante demasiado tiempo, robándole su libertad y la oportunidad de ser feliz. Por fin podría vencerlos gracias al amor.

Jadeante por el beso salió de la casa y se dirigió al establo a por su caballo.

Mientras tanto en la casa, Hope permanecía de pie frente al fuego intentando recuperar el aliento y preguntándose si esta vez el destino le permitiría alcanzar la felicidad que tanto anhelaba.

## Capítulo 19

**M**ark condujo su caballo hacia la reserva india. Intentaba mantener un paso enérgico a través de la nieve, para no quedarse helado antes de llegar a su destino. La noche ya había caído cuando salió de la granja y el viento y la nieve parecían rugir cada vez más furiosos.

Aunque el corazón de Mark estaba decidido a salvar a Harry, no le agradaba tener que lidiar con la gente de la reserva. No sabía lo que podía esperarse de ellos, y eso le intranquilizaba.

Sentía como si poco a poco estuviese reviviendo una de sus viejas pesadillas, donde él, en medio de la reserva, debía enfrentarse al juicio y al castigo de toda la tribu.

Algo que por supuesto se merecía, pero que odiaba tener que soportar.

Conforme se iba acercando comenzó a ponerse rígido, transmitiendo a su caballo su inquietud.

—Tranquilo, muchacho, no pasa nada —dijo a su caballo mientras le daba unas palmaditas en su cuello para que se calmara. Aunque debía admitir que era él quien más necesitaba calmarse.

Cuando llegó a la cima de la colina pudo apreciar toda la reserva extendiéndose por la llanura. Esta estaba rodeada de colinas circundantes que le ofrecían cierta protección del viento y le daban una sensación de estar apartados y protegidos.

Mark observó el poco movimiento de gente por la reserva y lo agradeció. Sin duda, el frío y la noche habían hecho que muchos se refugiaran en sus Tipis y casas al no esperar una visita sin previo aviso.

Pensándolo mejor, Mark agradeció que fuera así, pues de esta manera tendría que enfrentarse a menos miradas acusatorias y quizás algún que otro insulto o pedrada.

Imaginar que lo agredieran físicamente lo hizo detenerse, pero al recordar la mirada de Hope tras el beso y la sonrisa de Harry cuando hablaba con su hermana, le hizo ponerse otra vez en movimiento.

En esta ocasión, bajó decidido por la colina derecho a la reserva. Sabía que los indios eran orgullosos y vengativos, pero debía reconocer que también se decía de ellos que apreciaban el valor.

Sin querer demostrar su temor, alzó la cabeza sabiendo que ya deberían de haber notado su presencia. Aunque nada lo indicaba.

Cuando se encontraba a solo unos metros de la primera casa de la reserva, como de la nada salió un hombre a su encuentro colocándose delante de él.

Su pose era regia, de apariencia fuerte y de unos cincuenta años.

El indio se mantuvo frente a Mark con los brazos cruzados sobre el pecho, sin que pareciera que le importara el viento y la nieve, ni el hecho de estar los dos solos. Aunque la manta de piel de búfalo y la seguridad de estar entre los suyos, podrían ser la causa de esa calma.

En cuanto Mark estuvo lo suficientemente cerca del hombre como para que se escuchasen, el indio habló:

—¿Qué quieres? —Su voz no parecía áspera o desagradable, como indicando que no era bienvenido, sino más bien molesta por una visita tan poco oportuna.

Quieto sobre su montura Mark trató de responderle sin dejar ver su temor a ser reconocido.

—Vengo a buscar a un muchacho. Se ha marchado esta tarde de nuestra granja y al no regresar creemos que está aquí.

—¿Y por qué crees que está aquí? En la reserva no suelen venir los chicos blancos.

—Él nos contó que tenía un amigo indio, y cuando no ha aparecido tras caer la noche hemos pensado que podía haberse refugiado aquí con él.

El indio se mantuvo quieto observándole, como si estuviera decidiendo si creerle o no. En ese momento, Mark ya no le preocupaba tanto si lo reconocían, al sentir que algo no encajaba.

Ese indio no parecía saber nada de Harry, ni de cualquier muchacho blanco que se hubiera hecho amigo de un indio. ¿Acaso los chicos lo mantuvieron en secreto o Harry lo había engañado? De ser así, ¿dónde lo buscaría?

A pesar de no haber hecho ni un solo movimiento, un grupo de indios apareció frente a Mark. Con paso firme comenzaron a colocarse en abanico a espaldas del primer indio que se había acercado, quedando como una barrera ante Mark.

Después, de ese abanico, un indio de mirada fiera se acercó a su compañero y se puso a su lado, protegido con una manta de búfalo, como las que llevaban el resto de los indios. Acto seguido ambos indios comenzaron a hablar dejando claro a Mark que quien le había recibido debía ser un líder en la reserva.

Este nuevo indio era más alto y joven, y parecía tener cierto grado de relevancia en su comunidad. Se notaba por su porte seguro y porque parecía cómodo al lado del indio de más edad.

Pasados unos segundos este indio más joven comenzó a hablar:

—No ha venido ningún muchacho blanco. Ni hoy ni ningún otro día.

—Quizás mantuvieron la amistad entre ellos en secreto —sugirió Mark.

El indio joven frunció el ceño y ante su mirada desaprobatoria Mark se estremeció, intensificándose así el frío que le empezaba a agarrar las manos y los pies.

—Imposible. Los chicos nunca harían eso —refutó.

—¿Podría hablar con ellos? Quizás alguno sepa algo. —Se resistió a darse por vencido, sobre todo porque si Harry les había mentado, no sabría dónde buscar y ya era imposible encontrar huellas. No solo por ser de noche, sino por la nevada.

—Veo que sigues igual de cabezota —soltó el otro.

Las palabras del indio más joven hicieron que Mark diera un respingo. Ese comentario solo podía significar que sabían quién era él, pues fue su obstinación lo que les puso en peligro en el pasado.

El indio que parecía ser el líder notó su sobresalto y reprendió con una mirada al indio más joven. Aunque a este no pareció importarle. Permaneció mirando a Mark como retándolo a que lo contradijera.

Mark lo observó más detenidamente, pero no pudo recordar si era uno de los cuatro que se llevaron para linchar en el pueblo.

—Debes creer en nuestra palabra. —La voz del líder lo sacó de sus recuerdos.

—Y os creo. Pero sé que los niños a veces ocultan cosas a los mayores para no meterse en problemas —insistió.

De repente, al decir esas palabras algo cambió en el semblante de todos los presentes. Fue como si su recelo se convirtiera en duda y esto trajo esperanza a Mark.

Cuando ambos indios se miraron, fue como si hablaran en silencio.

Quizás recordaron el comportamiento extraño de uno de sus chicos, o habría uno que solía desobedecerlos.

Pero ninguno de ellos tuvo que decir nada, pues detrás de la casa más cercana salió un muchacho. Llevaba a rastras una manta de búfalo, que le quedaba demasiado grande y se movía con indecisión.

Solo cuando se colocó junto al indio más joven vio que era un niño de una edad parecida a la de Harry. Se preguntó animado si este podía ser el amigo del que Harry les había hablado.

—Padre, tal vez yo sepa algo. —La voz del muchacho sonó baja pero no asustada. Aunque su mirada no se atrevió a buscar la de su padre ni la del jefe de la reserva.

—Algo me decía que tú tenías que estar detrás de esto —le dijo su progenitor.

—Eso ahora no importa —le interrumpió el jefe—. Si ese muchacho está perdido es importante encontrarlo cuanto antes.

Mark se sorprendió al escucharle.

—Dime, Tilxa —siguió hablando el jefe de la reserva, solo que esta vez se había girado para mirarlo a los ojos—. ¿Sabes algo del muchacho que se ha perdido?

A Mark le resultó casi imposible mantenerse callado para dejar que ellos aclararan todo, ya que su paciencia estaba desapareciendo a pasos agigantados mientras observaba a ese tal Tilxa callado.

El chico miraba de uno a otro sin contestar, como si estuviera cavilando si se metería en un buen lío si les decía toda la verdad. Pero cuando Mark estaba a punto de bajarse del caballo para preguntárselo personalmente, el chico habló:

—Harry es mi amigo —En ese instante Mark suspiró, ante la esperanza de tener una pista. Por el contrario, los indios presentes resoplaron, algunos más indignados que otros, mientras su padre le clavaba la mirada—. No quise

decir nada para que no me impidierais verle.

—¿Y por qué íbamos a hacer eso? —le preguntó el jefe, consiguiendo que Mark se quedara perplejo ante su pregunta.

—Como no solemos acercarnos al pueblo y mi padre no me deja acercarme a la granja del hombre loco...

El padre de Tilxa soltó un gemido de desesperación, como si estuviera cansado de repetirle lo que debía hacer y lo que no. Luego, para sorpresa de Mark le miró, como pidiendo perdón por las palabras de su hijo.

Mark estaba demasiado perplejo por todo lo que estaba viendo y escuchando para tenerlo en consideración.

Había creído que lo recibirían como un enemigo, pero se dio cuenta que no lo consideraban como tal. Se preguntó en qué más había estado equivocado todos estos años y cuánto se había perdido en su aislamiento por su cobardía.

—Por el momento dejaremos a parte ese asunto entre tu padre y tú —comentó el jefe—. Ahora debes decirnos si sabes dónde puede estar el chico.

—Se llama Harry, tiene nueve años y tanto su hermana como yo estamos muy preocupados. —Mark pensó que si se imaginaban a Harry, sería más fácil que sintieran empatía por él.

—No sé nada, lo juro —aseguro Tilxa visiblemente preocupado por su amigo, después de haber dejado atrás el temor del castigo de su padre.

—¿Le has visto hoy? —preguntó Mark a Tilxa incapaz de dejar que la pequeña esperanza que había sentido, hacía escasamente unos minutos, se desvaneciera.

—No, y no sé dónde puede haber ido. Siempre quedamos en el lago para pescar.

Mark entendió —al escucharle— la obsesión de Harry por ir a pescar todos los días. Ahora comprendía el motivo por el que, desde hacía meses, llevaba cenando trucha cada noche. Se dijo que, si lo encontraba, lo primero que haría sería esconder la caña y enseñarle a cazar junto con su amigo, pues ya su prohibición era innecesaria.

Solo hacía falta encontrarlo y que Harry le perdonara.

—¿No te habló de algún lugar que fuera su favorito? ¿Algún sitio donde os refugiabais o guardabais cosas?

Cuando la cara de Tilxa se iluminó, Mark supo que lo había logrado. En breve encontraría a Harry antes de que amaneciera. Pero cuando el color desapareció del rostro de Tilxa algo le dijo a Mark que se había precipitado en su entusiasmo.

—Él... nosotros... —El padre de Tilxa que hasta entonces había permanecido estoico y en silencio, soltó un gruñido de impaciencia que consiguió destrabar la lengua de su hijo—. Le enseñé la vieja cueva secreta del gran oso.

Un murmullo se extendió entre los indios y sus miradas se oscurecieron.

—Sé que me dijiste que nunca entrara por ser peligroso, pero era el escondite perfecto —dijo Tilxa mirando con ojos lastimeros a su padre.

—¿Qué cueva es esa? —Mark llevaba toda la vida viviendo en ese lugar, pero nunca había escuchado hablar de esa cueva.

—Nosotros llamamos la vieja cueva secreta del gran oso a la mina abandonada —repuso el indio jefe.

La cara de Mark se volvió pálida al recordarla.

Se trataba de una mina abandonada hacía muchos años por no ser fiable. Se acordaba como de pequeño su padre le contaba historias de hombres atrapados dentro buscando oro, y de como la abandonaron al no conseguir nada de valor.

También evocaba que había sido tapiada, pero alguien, posiblemente Tilxa, la habría desbloqueado en busca de un escondite donde jugar.

—¿Crees que puede estar allí? —le preguntó dividido entre la esperanza y el temor. Esperanza por que hubiera encontrado un refugio y temor por si se desplomaba la mina sobre él, enterrándolo vivo.

—Creo que sí. Es el único refugio que conoce.

Mark asintió al ser lo más lógico. Recordó que la mina estaba en una colina entre su granja y la reserva india, por lo que eso explicaría que hubiera encontrado las huellas de Harry yendo a la reserva.

Se reprochó por haber sido un cobarde esa tarde, pues si lo hubiera perseguido lo hubiera podido encontrar antes de llegar a la mina. Sin embargo, su miedo a enfrentarse con los indios lo había paralizado y le había impedido

seguir adelante.

—Entonces, es ahí donde debe estar —comentó Mark en voz alta, aunque solo se lo decía a sí mismo—. ¿Podrías decirme como puedo encontrarla? Solo fui un par de veces de niño y no recuerdo el camino muy bien.

—Claro —aseguró Tilxa dando un paso al frente, hasta que la mano de su padre en su hombro lo detuvo.

—¿A dónde crees que vas? —La profunda voz del padre de Tilxa paralizó al niño y a Mark.

Mark temió que los indios dejaran de ser amables con él, al ya haber hecho lo suficiente. Se dijo que no podría reprochárselos, pues con la ayuda que ya le habían brindado ya les estaba agradecido. Es más, nunca se habría imaginado que le recibieran sin reproches ni acusaciones y fueran tan cordiales. Aunque no le hubieran dejado entrar en la reserva y se estuviera congelando. Pero eso él lo entendía.

Sin embargo, debía dejarles claro que solo quería que el muchacho le indicara el camino, entendía que era demasiado arriesgado que le acompañara. Sobre todo, cuando era solo un niño.

Pero Mark no pudo decir nada de eso al adelantarse el padre de Tilxa.

—Tú te quedas aquí mientras nosotros vamos en su búsqueda.

—Pero, papá... —La voz de Tilxa se perdió en el viento cuando su padre alzó una ceja.

Mark no estaba seguro de haber escuchado bien, pues era imposible que ese indio hubiera dicho que le acompañarían. Debía de estar equivocado.

—Te quedarás en casa reflexionando sobre lo que has hecho.

El resoplido de uno de los indios de atrás hizo que algunos se rieran y Tilxa frunciera el ceño, enfadado.

De pronto, Mark se percató de que nadie de los reunidos estaba tenso ni había puesto objeciones a acompañarle.

Sintió como su pecho se llenaba de júbilo, no solo porque no le guardaran rencor, y porque fueran a ayudarlo a buscar a Harry, sino porque se acababa de librar de un gran peso sobre sus hombros.

Un peso que le había atormentado y que le había impedido vivir en paz y tranquilidad durante unos largos ocho años.

Al ver que los indios se ponían en movimiento y se alejaban, Mark volvió al presente.

—Van a por los caballos —le informó el padre de Tilxa. El único indio que permaneció frente a él.

Mark asintió y no supo qué decirle. Más cuando este le miró fijamente, como si esperara que comentara algo. ¿Estaba aguardando una disculpa por el incidente del pasado?

—Me llamo Nalkar —dijo el indio y Mark se tranquilizó.

—Yo soy Mark. Te agradezco vuestra ayuda.

Nalkar asintió levemente con la cabeza y continuó mirándole, consiguiendo que Mark se tensara. Por suerte, solo un par de minutos después llegaron los indios montados a caballo, y tras montar Nalkar, se pusieron en camino.

—Espero llegar a tiempo —dijo Mark con la cara contra el viento.

Por suerte, había dejado de nevar y ya solo deseaba llegar a la mina y recoger a Harry para llevarlo a casa.

Pero cuando notó que los indios permanecían serios, ya no estuvo tan seguro de que fuera tan fácil llevarlo junto a Hope.

Al recordarla sintió que su pecho se calentaba y deseó tenerla delante para decirle que había tenido razón. Ir a la reserva había sido un acierto y si todo salía bien, sería gracias a ella.

Se dio cuenta de que Hope volvía a ser la luz frente a la tempestad, esta vez guiándolo a él por el buen camino.

Un camino donde los indios habían resultado ser mejores personas que él y donde el temor y las dudas no tenían cabida.

A partir de ese momento, solo debía seguir adelante y entregarse a Hope y Harry en cuerpo y alma, si es que el destino les sonreía por primera vez en muchos años.

## Capítulo 20

**H**arry quería regresar junto a su hermana.

Hacía tiempo que había dejado de sentir frío y solo notaba todo su cuerpo aletargado. Había intentado levantarse para avivar el fuego, pero el mero movimiento de alzar una mano le había resultado imposible.

Incluso respirar se estaba haciendo pesado y las ganas de dormir cada vez eran más abrumadoras. Al principio no le había dado importancia y se había dejado llevar, pero en ese instante se daba cuenta de que algo no estaba bien.

La oscuridad cada vez era más intensa y la sensación de alarma crecía en su interior. Pero no podía hacer nada. Todo su esfuerzo estaba concentrado en no cerrar los ojos y en pensar en lo estúpido que había sido.

Tenía un nuevo hogar junto a su hermana. Un hombre que le había acogido y que no se portaba mal con él, aunque siempre le estaba mandando tareas, y no lo había sabido apreciar.

Quería disculparse por cómo había actuado y prometer no volver a salir de casa nunca más. Incluso, pensó que, si le suplicaba a Mark, este le dejaría quedarse en la granja.

Se percataba que su enfado había sido a causa de los celos y juró que si salía vivo de este embrollo, nunca volvería a desobedecer, ni a meterse en la vida de su hermana. Apoyaría su decisión de quedarse con Mark y sería tan bueno que no tendría queja de él.

Pero antes, tenía que pasar esa noche.

De pronto escuchó un crujido procedente de la entrada de la cueva. Fue un sonido que le recordó algo al romperse y se preguntó si no habría un oso u otro animal grande queriendo entrar.

Intentó con todas sus fuerzas levantarse para poder girarse y ver qué sucedía, pero solo consiguió alzarse una cuarta. Exhausto, se dejó caer al suelo ya sin fuerzas mientras se esforzaba por escuchar.

Otro chasquido, esta vez más fuerte y cercano consiguió que se le pusieran los pelos de punta. Cinco segundos después, cayeron unas rocas a sus espaldas y sintió la necesidad de salir corriendo de la cueva.

No entendía mucho de cuevas y paredes, pero todo indicaba que la entrada de esta no aguantaría mucho más abierta.

—Hope —la llamó asustado aunque sabía que su hermana estaba muy lejos, en la cabaña, sin imaginarse que su hermano estaba en peligro.

Llorando, Harry comenzó a rezar y pensar en su hermana.

Pero cuando el suelo comenzó a temblar y una lluvia de rocas, nieve y polvo lo envolvió, supo que nunca más la volvería a ver.

Tirado en el suelo, incapaz de protegerse la cabeza con los brazos o de hacerse un ovillo, Harry permaneció inerte a la espera de su muerte.

—Hope —volvió a decir justo antes de que todo quedara en silencio.



Llevaban cabalgando quince minutos cuando Mark sintió como el frío se le estaba pegando a los huesos.

Aunque había dejado de nevar, el viento era tan intenso, que le cortaba la cara y les hacía ir despacio. En fila de a uno, cada jinete se esforzaba por seguir el paso mientras se protegían con sus pieles.

Mark era el segundo de esa fila que encabezaba Nalkar y tras él, quince guerreros indios le seguían. Habían decidido buscar primero en la vieja mina; o como los indios la llamaban la vieja cueva secreta del gran oso, y en caso de que Harry no estuviera ahí, se desplegarían en su búsqueda.

Como ya no estaba solo, Mark se sentía más esperanzado en encontrarlo, aunque le preocupaba que hiciera tanto frío, sobre todo si no había hallado un refugio.

Tratando de apartar cualquier pensamiento negativo continuó cabalgando, hasta que comenzaron a subir una colina.

Estaba demasiado oscuro para que Mark pudiera reconocer algo, pero sabía que la mina estaba en una colina cerca de la reserva. Mirando a su alrededor solo distinguió nieve y oscuridad, por lo que se preguntó si faltaría mucho por llegar y si Nalkar la encontraría.

—Ya no está muy lejos. —La voz de Nalkar llegó a él conducida por el viento, contestando sus dudas.

Acelerando el paso de los caballos continuaron avanzando, hasta que el suelo comenzó a temblar y el sonido de un estrépito los detuvo. Solo duró unos segundos, pero fue suficiente para que el corazón de Mark se detuviera y el viento se llevara consigo sus esperanzas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, pero nadie se atrevió a contestarle.

—Debemos darnos prisa —dijo Nalkar.

En silencio, continuaron la marcha, pero esta vez a un paso más acelerado. No tardaron mucho en tener frente a ellos una nube de polvo y nieve que comenzaba a desvanecerse a causa del viento.

No hizo falta que nadie dijera nada. Mark supo que estaba frente a lo que hacía unos instantes era la entrada de la mina.

—¡No! —soltó asustado y de un salto bajó de su caballo y se dirigió al amasijo de piedras y nieve que taponaba la entrada de la mina.

Solo necesitó un segundo para que su mente se colapsara de preguntas, tales como: ¿estaba Harry dentro? ¿Estará vivo? Y solo necesitó otro segundo para saber que era lo que tenía que hacer.

Impulsado por el miedo, Mark se arrodilló frente a los escombros y comenzó a retirarlos con sus manos.

Con cada roca que quitaba sabía que le estaba dando una oportunidad a Harry de sobrevivir, y por eso, no se paró a pensar. Desesperado, quitó roca tras roca con cuidado sin notar el viento, la oscuridad o la presencia de los demás.

«Está vivo, está vivo», se repetía una y otra vez mientras continuaba.

Cuando un ruido a su alrededor le devolvió a la realidad, alzó la cabeza y pudo observar como los indios que le habían acompañado se habían puesto a retirar piedras a su lado.

Al verlo, solo pudo llorar emocionado, pues sin palabras ellos habían entendido su angustia y su necesidad de salvar a Harry.

—Estará bien —le dijo Nalkar cuando vio que lo miraba.

Mark asintió y con un nudo en la garganta le respondió desde lo más profundo de su ser.

—Gracias.

Nalkar asintió y juntos comenzaron a retirar escombros, codo con codo, en silencio, bajo una luna que los observaba melancólica y un viento que no les daba tregua.

Pero el trabajo era pesado y el tiempo escaso para mantener la esperanza.

—No vamos a lograrlo —Mark lo dijo entre susurros, pero su voz fue escuchada.

Sin necesidad de palabras Nalkar hizo una indicación con la cabeza a uno de sus hombres y este dejó su puesto, se subió a su caballo y se alejó lo más rápido que las sombras le permitieron.

—Ha ido al pueblo a por ayuda.

Al escuchar a Nalkar, Mark se reprochó que no se le hubiera ocurrido a él. Era cierto que se sentía abrumado y no podía pensar con claridad, pero se daba cuenta que debía dejar los sentimientos a un lado para poder ser efectivo con el trabajo que debían realizar.

La vida de Harry estaba en peligro y se lo había prometido a Hope.

«Hope» al mencionar su nombre, evocó su recuerdo.

Se la imaginó en la casa, sola y desesperada, rezando por su hermano. Él le había prometido que se lo traería sano y salvo, y le juró a Dios que así lo haría. Aunque para conseguirlo tuviera que arrancarlo de las mismas garras de la muerte.

Se lo debía a Hope, a Harry y a sí mismo.

Con ese pensamiento, continuó retirando rocas y nieve, decidido a hacer lo que fuera necesario para sacar con vida a Harry.

No sabía si la gente del pueblo le harían caso a un indio y menos para ayudarlo a él, pero por lo menos contaba con gente a su alrededor que le había demostrado que la buena voluntad puede más que el rencor y la venganza.

Una lección que nunca más olvidaría.

## Capítulo 21

**H**ope paseaba nerviosa por la casa, mirando constantemente por las ventanas. Habían pasado horas desde que había visto a Mark y estaba consumida por la preocupación, tanto por él como por Harry.

Sabía lo duro que había sido para Mark ir a la reserva india y solo esperaba no haberlo forzado demasiado. Por nada del mundo quería perder esa unión que cada vez se estaba haciendo más profunda entre los dos, pero si con eso conseguía traer de vuelta a su hermano, todo habría valido la pena.

Pedía a Dios que a su regreso no le guardara rencor y pudieran retomar su relación por donde la habían dejado.

También oraba por su hermano, pues algo en su interior le decía que estaba en peligro. Quizás ese presentimiento era movido por la culpa, por no haberlo detenido o por no haber notado que tenía problemas. Aun así, se negaba a pensar en perderlo al ser demasiado duro admitir esa posibilidad.

Pasó más tiempo; la nieve había dejado de caer y la oscuridad parecía cada vez más intensa.

Con cada minuto que transcurría sin noticias, más crecía su preocupación, hasta llegar al punto de estar profundamente agitada.

Su inquietud llegó a tal extremo, que había comenzado a pensar en salir en su búsqueda. Era cierto que no conocía el bosque y no sabía dónde buscar, pero cada vez estaba más convencida que cualquier cosa era mejor que esperar sumida en la agonía.

Por suerte, no hizo falta que Hope llegara a tal imprudencia, pues el sonido de caballos y un carro acercándose a la casa le devolvieron la cordura.

Si pensárselo dos veces Hope cogió un abrigo del perchero de la puerta y un candil para iluminar la oscuridad exterior, luego, salió de la casa, deseosa de saber quién se acercaba y qué noticias traían.

Solo tuvo que esperar unos segundos hasta que la comitiva llegó a donde ella se encontraba. Tiritando y desconcertada, Hope comprobó como un buen puñado de hombres a caballos se quedaban parados frente a ella.

No conocía a muchos de aquellos, pero sí pudo distinguir al sheriff frente a ella y en el carro, la imagen de Alan, Martha y la señora Emily Baxter, la anciana que había conocido en la diligencia.

—Perdone nuestro retraso, pero tardamos en reunir a todos estos voluntarios.

Hope se quedó mirándolo agradecida, al entender que Mark les había mandado llamar, o tal vez él mismo había bajado al pueblo para avisarles. Pero ¿dónde estaba él? Y ¿sabrían estas personas algo sobre Harry?

Aunque no tuvo tiempo a preguntar pues Martha ya había bajado del carro y ahora estaba frente a ella abrazándola.

—No debes preocuparte por nada. Ya verás como todo saldrá bien.

Hope se dejó llevar por su abrazo e intentó con todas sus fuerzas no llorar de gratitud. Esas personas apenas la conocían a ella o a su hermano y, sin embargo, habían acudido en medio de una tormenta de nieve en plena noche.

Quiso darles las gracias, pero el cúmulo de sensaciones que estaba sintiendo le impidieron pronunciar una palabra.

—Vamos dentro, querida —dijo la señora Baxter cuando llegó ante ellas—. Te vas a quedar helada si sigues aquí a fuera.

Hope y Martha se separaron, pero Martha continuó dándole apoyo al pasarle un brazo por sus hombros.

—Te prepararé algo de comer y descansarás un poco —continuó hablando la amable mujer.

—Nosotros nos vamos —señaló el sheriff inquieto al saber que el tiempo era esencial—. Por lo que sabemos necesitan todas las manos disponibles.

Hope asintió, pero cuando Martha la instó a dar media vuelta para que entraran en la casa, no pudo evitar preguntar si sabían algo de Harry.

Al verlos llegar y, por lo que le acababan de decir, intuía que alguien había avisado a la gente del pueblo para buscar a Harry por el bosque. ¿Pero sabrían algo más sobre la desaparición?

Justo cuando iba a formular la pregunta Martha dijo algo que la dejó paralizada:

—Ya verás como entre todos consiguen sacarlo a tiempo.

—¿Sacarlo de dónde? —inquirió asustada.

Por un instante Hope hubiera jurado que el tiempo se había parado. Incluso el viento que hasta entonces parecía rugir furioso, daba la sensación de que temía acercarse a ella, o tal vez fuera el terror helado que ahora sacudía su cuerpo el que le impedía notar el frío viento.

Cuando el sheriff reusó mirarla, así como los demás hombres a caballo, y la señora Baxter junto a Martha agacharon la cabeza, supo sin lugar a dudas que todos ellos sabían algo sobre Harry que ella desconocía. Algo que debía ser muy malo por la forma en que reusaban mirarla.

—¿Qué es lo que sucede? ¿Qué le ha pasado a Harry?

—Hope, debes calmarte —la instó Martha, pero Hope se adelantó deshaciéndose de su abrazo para mirar fijamente al sheriff—. ¿Qué ha sucedido que no se atreven a contarme?

—Bueno. Pensé que lo sabría —dijo este.

—Sheriff —la interrumpió la señora Baxter—, creo que será mejor que no pierda más tiempo y vaya con los hombres a prestar su ayuda. Nosotras nos ocuparemos de informar de todo a la señorita Dobbs.

El sheriff Bayne asintió con la cabeza, visiblemente aliviado de no tener que contarle lo sucedido. Después, toda la comitiva se marchó incluyendo a Alan que conducía el carro.

Solo cuando los vio alejarse se percató del pesar en la mirada de todos, y por cómo reusaban a mirarla, sospechaba que las noticias que portaban no eran buenas.

Sobre todo, lo supo cuando Alan, un hombre dicharachero y jovial, había permanecido callado y taciturno en el carro, sin ni siquiera bajar a saludarla.

—¿Qué ha pasado, Martha? —imploró saber Hope mientras los hombres se marchaban.

—Vamos dentro y te cuento todo lo que sé. Aquí afuera nos vamos a quedar heladas.

Hope asintió y no tardó en entrar y conducir las frente a la chimenea encendida de la sala de estar. Se sentía impaciente y su mirada decía que no estaba dispuesta a esperar por mucho más.

—Verás... —comenzó a decir Martha frente a ella—. Hasta donde sabemos, Harry desapareció la tarde de ayer en el bosque. —Hope asintió—. Al parecer Mark encontró sus huellas y todo indicaba que había ido a la reserva india.

Hope ya sabía todo aquello, pero reusó comentárselo por miedo a retrasar su historia.

—Una vez en la reserva Mark descubrió que Harry no estaba ahí —continuó Martha.

Hope se llevó la mano a la boca angustiada mientras soltaba un gemido. Ese había sido el hilo de esperanza al que se había sujetado durante horas, pero en ese momento ante ella se abrían demasiadas posibilidades, y ninguna era muy alentadora.

—¿Pero, entonces?

—Por suerte, un niño de la reserva conocía a Harry y sabía dónde podría estar.

—¡Oh! Gracias a Dios —exclamó Hope y se sentó en su mecedora aliviada de recibir por fin buenas noticias. Pero al ver la angustia en los rostros de ambas mujeres, supo que al relato todavía le faltaba una parte que no iba a gustarle—. ¿Dónde está?

—Creen que Harry buscó refugio en una vieja mina abandonada —añadió Martha.

Hope asintió a la espera de más información. Si todo hubiera sido tan sencillo como ir a esa mina y coger a Harry, no abrían necesitado la ayuda de tantos hombres. Pero Hope se negó a pensar lo peor.

—No están seguros al cien por cien, pero piensan que es lo más lógico por la nevada.

—¿Qué más? —susurró Hope angustiada.

—Resulta que la nieve debió debilitar algunas rocas de la entrada, ya que se ha producido un derrumbe.

—Pero no debes preocuparte —intervino categórica la señora Baxter colocándose más cerca de ella—. Están casi seguros que solo se ha desplomado la entrada.

—¿Saben si Harry está vivo? —se atrevió a preguntar.

Ante el silencio de ambas mujeres alzó la cabeza reclamando una respuesta.

—Tienen esa esperanza. Los hombres de la reserva junto a Mark están en la mina retirando rocas. Seguro que,

con la llegada de los hombres del pueblo despejarán la entrada en unos minutos.

Hope no sabía nada de minas y de derrumbes, pero no le pareció sencillo que alguien sobreviviera a algo así, más aún si estaba cerca de la entrada.

Solo esperaba que Harry estuviera a salvo y que todas esas manos consiguieran sacarlo con vida.

—Debería estar ahí. Cuando saquen a Harry estará muy asustado.

Martha y la señora Baxter se miraron y a Hope se le heló el corazón al contemplarlas.

—¿Pensáis que está muerto? —Apenas consiguió decir.

—No, claro que no —se apresuró a decir Martha—. Pero es mejor que lo esperemos en la casa.

Hope no creyó ni una de sus palabras y comenzó a llorar desconsolada.

Su pobre hermano podía yacer en ese justo momento enterrado bajo una masa de rocas y ella no podía hacer nada por él. Le sorprendió lo mucho que se parecía esta sensación a la que sintió tras la muerte de su padre.

La angustia, la culpa, la soledad, el creer que podía haber hecho más. Tal vez haber insistido para que su padre se quedara con ellos. Y todo volvía a repetirse.

Solo que esta vez no estaba segura de poder soportarlo.

Pensó en Harry, en lo travieso que era y en como le hacía reír y enfadarse por igual. Recordó sus pecas, su sonrisa y sus pucheros cuando algo no le gustaba, o el brillo de sus ojos cuando algo le ilusionaba.

Volvió a su memoria su promesa de no dejarle nunca y en como le estaba fallando y pidió al cielo por él. Oró con todas sus fuerzas para que se obrara un milagro y Harry regresara a su lado, pues si esto no sucedía no solo la destrozaría a ella, sino que estaba segura que también consumiría a Mark.

—Por favor, Dios, deja que esta vez nuestra familia salga bendecida.

Hope permaneció sentada en la mecedora, llorando temblorosa, mientras a unas millas de ella su destino estaba en juego.

## Capítulo 22

**C**on las manos entumecidas, la respiración entrecortada y todos los músculos cansados, Mark y los hombres seguían retirando piedras para despejar la entrada de la mina.

Estaba a punto de amanecer y llevaban horas retirando rocas y nieve, trabajando codo con codo en una cadena donde cada uno tenía un papel importante.

Había pasado unas horas desde que un grupo numeroso de hombres del pueblo había llegado para ayudarles. Desde entonces, indios y hombres blancos trabajaban juntos con total normalidad, dejando atrás cualquier recelo por una causa mayor: salvar al muchacho.

Una colaboración que Mark agradecía, pues el trabajo era más lento y peligroso al tener que quitar las rocas con cuidado para que no hubiera otro derrumbe.

De vez en cuando, una pequeña sacudida los dejaba a todos paralizados, pero cuando veían que solo había sido un susto seguían, más cautos.

Mark le estaba enormemente agradecido a su amigo Alan, pues desde su llegada con el carro cargado de suministros todo había cambiado. Por propia iniciativa había traído mantas, picos, palas, lámparas y cualquier cosa que fuera necesaria.

Estaban organizados y trabajaban por turnos. Además, Alan se ocupaba de mantener el fuego encendido, así como el café y la comida caliente. Sin olvidar las veces que se había acercado a Mark para preguntarle si necesitaba algo o a obligarle a hacer un descanso.

Era durante estos recesos cuando Mark contemplaba como el sheriff lo organizaba todo y el médico curaba pequeños cortes o dedos congelados. Era como si todos en ese campamento improvisado tuvieran una función cuya meta era sacar con vida a Harry. ¿Pero llegarían a tiempo? Cada segundo era tan crucial que Mark se sentía culpable cuando se paraba unos instantes a tomar un café.

De hecho, Mark y Nalkar eran los únicos que apenas descansaban y, cuando lo hacían era para calentarse con una bebida. Mark sabía que en su caso lo impulsaba el deseo de encontrar a Harry para llevarlo a casa cuanto antes, y creía saber que la motivación de Nalkar era la culpa. Aunque no se lo había preguntado.

En realidad no hacía falta. Aunque no conocía al indio, intuía que se sentía culpable por que su hijo Tilxa le enseñara a Harry la mina.

Quería hablar con él para asegurarle que no debía sentirse culpable, pero cuando lo tenía trabajando a su lado, o se sentaba junto a él tomando un café frente al fuego, se daba cuenta de que Nalkar necesitaba ayudarle para calmar su conciencia.

Debía admitir que se veía un buen hombre, y le hubiera gustado conocerlo en otras circunstancias. Se percató de que, si no hubiera sido por la huida de Harry, él seguiría encerrado en sí mismo y nunca se hubieran conocido. No se habría dado cuenta de lo parecidos que eran y que para todos ellos el pasado se había quedado atrás.

Pero, en ese momento, solo importaba Harry, por lo que Mark apartó sus cavilaciones y continuó con su trabajo.

Los hombres se encontraban exhaustos, pero continuaban retirando rocas mientras unos pequeños rayos de sol comenzaban a filtrarse por el cielo. El amanecer estaba cerca y con la llegada de la luz parecía que volvía la esperanza.

—Mira —gritó Mark a Nalkar que estaba a su lado.

Acababa de retirar una roca de lo más alto de la entrada de la mina, y tras ella no encontró más rocas, sino un hueco oscuro.

Nalkar se acercó con cuidado a Mark mientras los demás hombres del campamento improvisado se detenían expectantes.

—Déjame ver.

Mark se retiró y pasó la roca extraída al hombre que estaba tras él formando una cadena humana. Durante un

segundo, Mark simplemente se quedó quieto mirando ese pequeño hueco.

—Parece que detrás de esta roca ya no hay más. —La voz de Nalkar sonó animada, aunque su cara aún se mostraba seria.

—Eso significa que estamos cerca, ¿verdad? —Mark tuvo que preguntárselo al no querer entusiasmarse sin antes estar seguro.

Nalkar asintió con la cabeza y por primera vez su rostro se destensó.

—¿Qué pasa, chicos? —les preguntó el sheriff Bayne que se les había acercado con cuidado.

—Parece que hemos llegado al final del muro de piedras.

Nada más escucharlo el sheriff sonrió y los demás hombres vitorearon de alegría. Por fin tenían buenas noticias.

Pero esa felicidad no tardó mucho al no escucharse nada procedente del interior.

—Harry —lo llamó Mark por el pequeño hueco oscuro que daba paso al interior de la mina.

Al no obtener respuesta, todos callaron. El silencio se hizo abrumador y la alegría de apenas un instante fue sacudida por el viento.

—¿Harry, puedes oírme? —Volvió a intentar Mark sin respuesta.

—Eso está bien. Que no conteste no tiene por qué ser malo. Retiremos más rocas con cuidado y ya veremos. —Afirmó el sheriff para tratar de animarlos, pues el silencio dejaba claro que era un mal augurio que no se oyera a Harry.

Cuando Mark miró a Nalkar este simplemente le contempló tratando de mantener una expresión neutra. Ninguno de los dos se atrevió a hacer un comentario, pero tampoco se desanimaron. Volvieron a su trabajo, pero esta vez rodeados de los hombres al haberse agrupado entorno a ellos.

Despacio y con mucho cuidado, continuaron quitando rocas y nieve, haciendo cada vez más grande esa pequeña abertura.

Dentro de la mina solo había oscuridad y silencio. Al igual que en el campamento improvisado, al estar todos pendientes de cada movimiento.

Con cada piedra retirada, más pequeña se hacía la esperanza al no escucharse nada de su interior.

—¡Harry! —Volvió a llamarlo Mark cada vez más desesperado al ver el hueco más grande.

—Traer una linterna —pidió el sheriff que se mantenía tras ellos—. Ahora que el hueco es un poco mayor probaremos a meterla con cuidado.

En cuestión de segundos, Alan les dio una linterna de gas que le acercó a Mark.

—Yo miraré —aseguro Mark.

—¿Estás seguro? —preguntó Nalkar.

Mark solamente asintió y cogió la linterna con manos temblorosas. Una parte de él no quería mirar en el interior de la mina, al no estar preparado para lo peor, pero otra parte le impulsaba a hacerlo. Sobre todo, porque creía que Harry podría estar asustado y no quería que viera la cara de un extraño.

Si es que estaba dentro y consciente. Dos posibilidades completamente imposibles o le hubiera contestado. Aun así, sabía que debía ser él quien entrara a salvarlo, aunque al hacerlo hubiera la posibilidad de que la mina volviera a hundirse, solo que esta vez con él dentro.

Tragando el nudo de su garganta extendió su brazo e introdujo la linterna con cuidado. Una vez que hubo luz asomó la cabeza y miró en el interior.

Por unos segundos Mark no vio nada más que nieve y rocas y no supo qué pensar. ¿Y si se había equivocado y Harry no se había refugiado en la mina? Todos habían aceptado su idea al ser la más lógica, pero estaban hablando de la mente de un niño de nueve años.

El estómago de Mark se contrajo al pensar que por su culpa se habían centrado en una búsqueda errónea, mientras Harry se congelaba poco a poco en alguna parte del bosque.

Pensó en como se lo diría a Hope y en cómo se sentiría.

Nalkar debió notar su inquietud pues le puso la mano en su hombro para darle ánimos.

Mark tragó saliva y cerró por un instante los ojos. Debía tranquilizarse y confiar en sus instintos. Y todos ellos le decían que Harry estaba en el interior de esa mina.

Apartando sus temores volvió a abrir los ojos y siguió comprobando el interior. Tal vez Harry estaba más adentro

de la mina. Quizás estaba asustado y por eso no salía ni les contestaba. Había un millón de posibilidades y él no se movería de ahí hasta que resolviera cada una de ellas.

De repente, a unos pocos metros de él, vio algo que le pareció los cuadros de una manta india. Centrando su vista y metiendo más la cabeza en el hueco pudo ver una bota de niño casi oculta en lo que parecía un montículo.

Temblando aún más, Mark intentó concentrarse olvidando las ganas de vomitar que sentía, y comprobó que una pequeña mano reposaba quieta sobre unas rocas.

Lo habían encontrado. Harry estaba ahí. El problema era que tenía prácticamente el cuerpo enterrado y no se movía.

—¿Y la cabeza? ¿Dónde está la cabeza? —se preguntó en voz alta.

Si la cabeza no estaba enterrada podía estar vivo y estar respirando, aunque estuviera inconsciente. Pero si la cabeza se había quedado enterrada bajo el amasijo de rocas y nieve...

Mark no quiso pensar en ello. Desde esa posición apenas podía ver nada, por lo que era precipitado llegar a una conclusión. Debía esperar a entrar para saber la verdad, y una vez que lo supiera obraría en consecuencia.

—¡Está dentro! —gritó cuando sacó la cabeza del hueco.

—¿Lo has visto? ¿Está bien? —preguntó Alan tras ellos, al mismo tiempo que numerosos oídos prestaban atención a sus palabras.

—Lo he visto. Está casi enterrado por los escombros y no se mueve —contestó Mark.

—Eso no significa lo peor. —Se le escuchó decir al médico que se había acercado y estaba al lado del sheriff y de Alan.

—Lo sé. Hasta que no entre no sabremos nada —manifestó.

Nadie en el campamento vitoreó, pues, aunque era una buena noticia que Mark lo hubiera encontrado, las circunstancias en que estaba el muchacho no eran buenas.

Sin esperar un segundo más, Mark y otros hombres continuaron retirando rocas, al mismo tiempo que el silencio era cada vez más tenso y opresivo. Solo se escuchaba el ruido de las piedras al ser retiradas y algún que otro jadeo cuando la roca era más grande.

Poco a poco el hueco se hizo mayor y no tardaron mucho en que fuera lo suficientemente ancho para que cogiera un cuerpo adulto.

—Entraré yo —aseguró Mark y nadie dijo nada.

—Ten cuidado —pidió Nalkar.

Mark asintió y despacio, como si fuera una serpiente, primero entró el brazo con la lámpara y después el resto del cuerpo.

Con cuidado, fue entrando y arrastrándose por las rocas y la nieve caída, hasta llegar a donde estaba el cuerpo de Harry.

—Harry. —Volvió a llamarle pero no consiguió respuesta.

Dentro de la mina el frío era intenso y la oscuridad era más latente. Mark se dijo que Harry debió ser muy valiente para quedarse ahí dentro él solo, o debía estar muy asustado para temer más al frío del exterior que a la oscuridad.

Se acercó y comenzó a retirar los escombros que estaban sobre Harry. Aliviado, se percató que en su mayoría eran rocas pequeñas y una pequeña capa de nieve que debió caer tras el derrumbe en forma de nube.

Comenzó por retirar todo de encima de su cabeza, y vio aliviado que su cara no había sido enterrada.

Más decidido, continuó retirando rocas y arena hasta que el cuerpo de Harry se vio libre de su prisión.

—Harry. —Recordaba que no se debía mover a un herido hasta que no se supiera si era seguro y revisó todo su cuerpo en busca de fracturas.

Lo primero que le llamó la atención fue la sangre seca procedente de la cabeza. Sin duda, una roca le había dado al caer y lo había dejado inconsciente. Cuando llegó a su cuello le comprobó el pulso.

Eso le daba muchísimo miedo, y por eso no lo había hecho antes. Pero cuando lo notó, flojo pero constante, comenzó a llorar descontrolado.

Harry estaba vivo y lo habían encontrado.

—¡Está vivo! —grito y tras la pared de rocas escuchó los vítores y algarabías del exterior.

Continuó la búsqueda de contusiones o roturas y se encontró con una pierna rota y algunos cortes que ya no sangraban.

—Te voy a sacar de aquí, Harry.

Despacio comenzó a moverlo hasta tenerlo abrazado. Se veía inmóvil, sucio y desmadejado, pero estaba vivo. Podría llevarlo a casa y entre Hope y él lo cuidarían.

—Harry —lo llamó aunque no esperó respuesta y lo abrazó con más fuerza—. Ya pasó todo, pequeño. Te voy a llevar a casa.

—Mark. —El débil sonido asombró a Mark al no poder creer que lo había escuchado. Pero cuando apartó el cuerpo de Harry del suyo y lo miró, contempló sus ojos abiertos mirándolo.

—Harry. Dios mío. —No pudo seguir hablando.

—Qui...e...ro ir...me a ca...sa —susurró Harry apenas sin voz.

—Claro que sí, pequeño. Te llevaré a casa junto a Hope.

Harry dejó caer la cabeza a un lado y volvió a quedarse inconsciente. Al sostener entre sus brazos el cuerpo inerte de Harry, por un instante Mark no supo si se había imaginado que le había hablado. Luego, recordó la fortaleza y la obstinación del muchacho, muy parecida a la de su hermana, y supo que había sido real.

La fuerza del deseo de Harry por regresar había sido tan intensa, que había vuelto a la conciencia para asegurarse de que retornaba a su morada, junto a su hermana.

Lo volvió a abrazar con fuerza y juró que desde ese mismo día, haría todo lo que estuviera en sus manos por hacer de su granja un hogar para Harry.

Desde ese momento, Harry era parte de su familia. No importaba si estaba casado o no con Hope. Ellos eran su familia a través del amor que se profesaban.

—¿Ha dicho algo?

Mark alzó su mirada y vio a Nalkar con la cabeza asomada por la abertura de la mina. Su cara era de preocupación e inquietud.

—Quiere irse a casa —le dijo.

La sonrisa de Nalkar, la primera en toda la larga noche, puso fin a la búsqueda de Harry.

Con Mark sosteniéndolo entre sus brazos, y ayudado después por Nalkar y Alan, Harry salió de lo que podría haber sido su tumba.

Pero, no era el momento para pensar en lo que había podido pasar, era el de cumplir su deseo y llevarlo al hogar.

## Capítulo 23

Sentada en la mecedora frente al fuego, Hope observó a Martha dormida a su lado. Llevaba toda la noche junto a ella, tratando de animarla y de hacer que descansara, pero al final había sido ella la que se había quedado dormida.

Hope le estaba muy agradecida a Martha y a la señora Baxter, pues se habían portado muy bien con ella. La señora Baxter le había preparado algo de comer y de madrugada, rendida de cansancio a causa de su edad, había ido a la cama de Hope para reposar.

Había insistido en que la despertara en un par de horas para intercambiar el sitio en la cama, pero Hope prefería seguir despierta y atenta.

Cansada de estar sentada se levantó notando el cuerpo agarrotado y se dirigió a la ventana. La luz del sol ya llevaba un buen rato abriéndose paso en el cielo. Hope no pudo evitar preguntarse cuánto más duraría la agónica espera y qué le traería el desenlace.

No podía imaginarse una vida sin Harry, del mismo modo que ya no podía visualizar un futuro que no fuera en la granja y con Mark. ¿Pero sería eso posible?

Si a Harry le pasara algo, ¿podría vivir en ese lugar como si nada hubiera ocurrido? ¿Podría dejar de sentirse culpable? ¿De tener la sensación de que podría haber hecho más?

Se estremeció al pensar en la vida fría y oscura que le esperaba si su hermano no volvía, y de pronto se percató de algo.

¿Habría sido así la vida de Mark desde el incidente? La culpa y el remordimiento ¿le habrían hecho encerrarse en un mundo marcado por la desidia y el hastío?

Hope sabía lo que era la tristeza ante una pérdida. Lo había padecido tras la muerte de sus padres y la pérdida de su hogar, pero nunca se había sentido culpable de esas muertes. Había sentido tristeza y pesar, sin llegar a notar como el corazón se estremecía de dolor hasta partirse.

El silencio de la casa la estremeció y deseó salir para que el frío de las primeras horas de la mañana la refrescara.

Mientras trataba de controlar su llanto, escuchó cascos de jinetes que se acercaban y se tensó. No estaba segura de estar imaginándolo, por lo que miró más atenta por la ventana.

Allí, en la distancia, galopando hacia la casa estaba Mark montado en su caballo. A su lado, Alan conducía su carro despacio, como si no quisiera que se moviera demasiado. Tras ellos un séquito de jinetes los seguía visiblemente cansados.

—¿Dónde está Harry? —preguntó a la nada, al no entender que hubieran dejado de buscarlo. Y menos cuando había amanecido y podían rastrearlo con facilidad.

Abriéndose paso por la nieve, la comitiva siguió con su avance lento, como si después de haber estado durante horas bajo la presión de tener el tiempo en su contra, este ya hubiera dejado de tener importancia.

Hope tuvo que cerrar los ojos para cerciorarse de que no se había quedado dormida y estaba soñando.

No estaba segura de querer abrir los ojos, pues no creía poder soportar que se tratara de un sueño. Pero cuando los abrió y comprobó que eran reales, todo en ella cambió.

Soltando un sollozo salió corriendo de la habitación, despertando de un sobresalto a Martha. Pero Hope no tenía tiempo para darle explicaciones y, con las faldas levantadas y sin importarle el frío, salió de la casa.

Antes de que el carro parara frente a ella, Hope salió disparada por la puerta principal.

—¡Harry! —Hope gritó a la comitiva mientras trataba de encontrar a su hermano entre los jinetes.

Al no verlo se impacientó y se detuvo al lado de Mark que ya desmontaba del caballo. Pero cuando este le sonrió, ella simplemente comenzó a sollozar más fuerte al saber que todo estaba bien. En realidad, confiaba en él y sabía que, si había regresado, era porque traía a Harry a casa.

Mark, al verla en ese estado la abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Ya está, Hope! Lo encontramos —le confirmó.

Sin poder contenerse Hope lo abrazó con todas sus fuerzas. Se había pasado toda la noche temiéndose lo peor, pero ya había pasado. Le costaba respirar mientras las lágrimas bajaban por su cara y no podía dejar de temblar.

—¿Ha..Harry? —intentó hablar, pero apenas podía articular una palabra.

Se moría de ganas por saber dónde estaba y cómo se encontraba, pero a la vez no podía dejar de abrazar a Mark. Sobre todo, porque no creía ser capaz de poder mantenerse en pie.

—Está en el carro.

Al escucharle Hope alzó la cabeza poniéndose de puntillas para poder ver el carro. Desde su posición no veía bien el interior. ¿Pero si Harry estaba en el carro, por qué no podía verlo?

De nuevo el temor se apoderó de ella y necesitó comprobar qué estaba sucediendo con Harry.

Despacio, Hope se separó de Mark ajena al centenar de ojos que la miraban. Ella solo sintió la mano de Mark sujetando la suya mientras sus pies la conducían al carro.

Cuando se asomó, vio a su hermano pálido tumbado y cubierto con una gruesa manta.

—¿Él está bien? —preguntó.

Mark no llegó a contestar. La voz débil de Harry llamando a su hermana fue respuesta suficiente:

—¿Hope?

Al escucharle, Hope comenzó a llorar de forma incontrolada.

—Oh, Harry —dijo Hope con voz temblorosa.

—Espera —le indicó Mark cuando Hope hizo amago de subir al carro—. Lo bajaré enseguida.

De inmediato, Mark subió al vehículo y sonrió a Harry para calmarlo. Se le veía cansado y preocupado, como si temiera que su hermana se enfadara con él. Mark no sabía mucho de niños, pero estaba seguro de que Harry necesitaba ver a su hermana casi tanto como ella lo necesitaba ver a él.

Sobre todo, porque no creyó que ninguno de los dos descansara hasta que lo hicieran.

Hope esperaba impaciente a los pies del carro cuando escuchó que alguien se le acercaba. Solo entonces fue consciente de los hombres que los rodeaban.

—Señorita Dobbs, soy el doctor Parker. Atendí a su hermano cuando Mark lo sacó de la mina y puedo asegurarle que no debe preocuparse. Solo tiene una pierna rota, un par de costillas magulladas y un golpe en la cabeza. Lo único preocupante era su hipotermia pero hemos conseguido que entrara en calor y no creo que tenga repercusiones negativas.

Al escuchar hipotermia se inquietó y se le amontonaron un millón de preguntas. Había oído hablar de hombres que habían perdido dedos o miembros a causa del frío extremo, o de como se habían quedado dormidos a causa del aletargamiento producido por el frío y nunca más habían despertado.

De solo pensarlo se estremeció y supo que el espíritu de su padre había acompañado a Harry mientras estuvo en la mina.

—Yo. —Hope no pudo continuar hablando al sentir que su garganta se cerraba a causa de la emoción.

Al volver a mirar al carro donde ahora estaba Harry se sorprendió al ver como un enorme indio ayudaba a sacar a su hermano del carro.

Parecía intimidante, no había ningún error. Hope lo miró de arriba abajo. La forma en que se paró ante ellos emanaba confianza y, a pesar de los círculos oscuros debajo de ellos, sus ojos no parecían cansados ni enojados. Estaban despiertos, centrados y llenos de vida.

También era evidente que conocía a Mark pues ambos sabían sin necesidad de muchas palabras lo que el otro quería. Un detalle que le resultó extraño, pues habría jurado que Mark odiaba y desconfiaba de los indios.

—Vamos, muchacho. Tu hermana está deseando verte. —Escuchó como Mark le decía a Harry y dejó de pensar en Mark y en ese indio.

Pero no fue hasta que vio como Harry sacaba un brazo para sujetarse al cuello de Mark mientras este lo izaba en brazos, cuando creyó que su hermano estaba bien.

En ese instante, Hope estuvo a punto de caer al suelo. No podía controlar el llanto y lo único que deseaba era abrazar a su hermano y decirle cuanto le quería.

Incapaz de moverse esperó a que Mark llegara junto a ella. Temblando, Hope dio un paso y miró bajo la manta

que cubría prácticamente el cuerpo de su hermano.

Lágrimas de alegría corrían por sus rostros con igual intensidad.

—Harry. ¡Pensé que nunca te volvería a ver!

—¡Yo tampoco! ¡Creí que me quedaría para siempre atrapado en esa mina! —Harry respondió visiblemente asustado, como si al recordar lo acontecido volviera a revivir el miedo sufrido.

—¿Estás bien? —Hope preguntó apresuradamente, aunque el médico ya le había asegurado que sanaría—. ¡Nunca debí haberte dejado marchar?

—Hope, lo siento —dijo el muchacho.

Solo entonces, al escuchar el susurro lastimero de Harry supo que debía dejar todo eso atrás. De lo contrario, solo causaría más dolor a su hermano y lo único que importaba era que había vuelto a casa.

Sin poder contenerse lo abrazó, uniendo en su abrazo a Mark. Fundidos en uno, los tres comenzaron a reír y a llorar a la vez, sin ser capaces de contenerse.

Hope todavía no podía creer que Harry estaba de nuevo con ellos. Sin lugar a dudas, con la Navidad a la vuelta de la esquina, esto solo podía tratarse de un milagro navideño.

—Ya estás en casa, Harry —le dijo Hope mientras besaba su cara.

—¿No te vas a enfadar conmigo? —preguntó hipando Harry, temiéndose una regañina por lo que había organizado.

—Claro que me voy a enfadar. Pero ahora mismo soy incapaz de hacerlo. Tendrás que esperar hasta mañana, cuando por fin asimile lo que has provocado.

Harry se encogió de hombros, y tanto Mark como Hope se rieron.

A Hope le parecía tan irreal todo aquello que le costaba creer que hubiera acabado. Tan solo unos minutos antes creía que podía perder a su hermano y con él la vida que tanto anhelaba, y en ese momento, sin embargo, reía rodeada de unos extraños a los que les debía mucho.

—Será mejor que entre en casa con el muchacho —dijo el médico tras ellos—. Me gustaría revisarlo para comprobar si le ha afectado el viaje hasta aquí. Además, no queremos que la señorita Dobbs coja una pulmonía.

Al escuchar al médico Hope se dio cuenta de que no llevaba abrigo y se separó unos pasos para mirar a su alrededor. Ante ellos, había una gran cantidad de hombres cansados que trataban de mirar disimuladamente para otro sitio que no fuera al trio, para así darles intimidad.

—Gracias —les dijo Hope—. No sé cómo podré agradecerles todo lo que han hecho por mi hermano.

—Para empezar, podría tratar de que no salga corriendo justo antes de que nieve y anochezca —dijo el sheriff.

Todos se rieron y Hope pudo ver que nadie parecía molesto por haberse pasado la noche fuera de sus cálidas camas.

—Le aseguro, sheriff, que Harry no volverá a hacer algo tan estúpido. Le doy mi palabra. —Su voz sonó tan tajante, que ninguno de los presentes dudó de que así lo hiciera.

Al notar un brazo sobre sus hombros, Hope se volvió para mirar de quien se trataba y comprobó que era Martha. Feliz la sonrió y vio que la señora Baxter se acercaba a los hombres con una cafetera y tazas.

—Gracias, Martha —le dijo mientras ambas comenzaban a caminar hacia la casa siguiendo a Mark y Harry.

—No debes preocuparte por nada. La señora Baxter, Alan y yo nos ocuparemos de todo.

Hope agradeció sin poder dejar de mirar a Mark. Sabía que estaba siendo una pésima anfitriona, pero solo deseaba estar junto a su hermano.

Escuchaba como Mark le hablaba a Harry, pero no lograba oír nada de lo que le decía. Cuando el indio grande que ayudó a Mark a bajar a su hermano del carro lo interceptó, logró escuchar que le decía que le contaría a Tilxa que todo había acabado bien y que regresaba a la reserva con sus hombres.

En ese instante, Mark se detuvo y se giró para mirar a los hombres que hablaban y bebían café mientras otros, cansados, montaban en sus caballos dispuestos a marcharse.

—Sé que ya les he agradecido a todos por su ayuda. Pero quiero volver a darles las gracias —dijo Mark visiblemente emocionado. Hasta hacía unas horas creía que todo el mundo en Polson le culpaba y le reprochaba por lo sucedido hacía ocho años, pero se daba cuenta de que el incidente ya había sido olvidado.

Miró a su alrededor y no vio ni una sola cara de hastío u odio, sino rostros que habían sufrido con él el

desconcierto de la incertidumbre. Habían estado a su lado quitando rocas, y se habían alegrado cuando lograron sacar a Harry con vida.

Comprendía que había dejado que el miedo marcara su vida, impidiendo que la viviera plenamente. Miró a Hope a su lado observando feliz a Harry y se dijo que nunca más se dejaría llevar por el odio y el rencor. Desde ese mismo instante, sería el amor y la felicidad su meta, del mismo modo que lo sería hacer que Hope y Harry lo aceptaran en su vida y en sus corazones.

—Gracias a todos. Jamás podré olvidar lo que han hecho por nosotros —continuó diciendo Mark, mientras los hombres asentían y se movían incómodos. Habían sido unas horas muy intensas, y todos ellos se sentían emocionados a la par que cansados por los acontecimientos vividos.

Pero, sobre todo, se quedaron asombrados de que ese hombre que hasta entonces había vivido aislado, se mostrara con ellos tan amable. Ninguno lo conocía muy bien, después de tanto tiempo, pero se decían que no debía estar tan loco cuando se desvivía por ese niño.

—Vamos a casa —le dijo Hope mientras notaba como Harry apoyaba su cabeza en su pecho, posiblemente resistiéndose al sueño.

—Vamos a casa —repitió Mark para asegurarse de que nunca olvidara que su hogar estaba junto a esa mujer.

Se juró que nunca más volvería a ser el mismo Mark frío y calculador que Hope había conocido. Ella era un alma valiente, dispuesta a luchar por lo que era correcto y se merecía un hombre a su lado que también supiera enfrentarse al mundo con verdad y coraje.

Por primera vez, en mucho tiempo, Mark se sintió como en su hogar. No estaba atrapado en una vivienda tan vacía como su corazón. De alguna manera, ahora estaba seguro de que las cosas saldrían bien.

Y así, bajo el sol de invierno de Montana y con la nieve cubriéndolo todo a su alrededor, la granja de los Turner volvía a formar parte de Polson.

## Capítulo 24

Solo había pasado un día desde el rescate de Harry, pero Hope no podía posponer más una conversación con su hermano.

Se había pasado buena parte de la noche anterior en vela, pensando en los motivos por los que Harry se había marchado tan enfadado. También le había sorprendido que no hubiera confiado en ella, y no le hubiera contado sobre su amistad con el chico indio.

Parecía como si algo en su relación se hubiera roto, aunque tras su rescate se hubiera mostrado como el niño encantador que era antes.

Había demasiadas dudas que Hope necesitaba responder, si querían tener una oportunidad en ese lugar.

Decidida, Hope llamó a la puerta del cuarto de Harry, donde llevaba todo el día descansando.

—¿Puedo pasar? —le preguntó cuándo vio que no estaba dormido.

—Claro. Estoy aburrido de estar todo el día en la cama.

Hope sonrió y entró en la habitación.

—Pues, aún te queda mucho tiempo para salir de esa cama. El médico me dijo que como mínimo tendrás que estar una semana en reposo.

Harry puso cara de espanto, consiguiendo que Hope se relajara y se riera. Más tranquila, le acomodó la almohada para que se pudiera sentar y le abrigó bien con las mantas.

—Por lo menos podré estar de pie para Navidad —mencionó el niño.

—Así es.

Hope supo que había llegado el momento, por lo que se sentó a su lado.

—Verás... quería hablar contigo de un tema que creo que es importante.

Harry agachó la cabeza pensando que iba a reprocharle por huir. Se sentía avergonzado por todo lo que había originado, y asustado por lo que le hubiera podido ocurrir, si Mark no hubiera ido esa noche en su rescate.

—Me gustaría saber si eres feliz en la granja —continuó hablando Hope sorprendiendo con sus palabras a Harry.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Quizás me he esforzado tanto en hacer de esta granja un hogar, que se me olvidó preguntarte si tú querías que lo fuera.

—¿Qué? —preguntó Harry, atónito—. ¿Por qué crees que no me gusta?

—Bueno. Te pasas buena parte de la tarde en el bosque y por las noches enseguida te marchas a tu cuarto. Y... —Se calló su enfado y su huida.

—Me marchaba por las tardes para estar con Tilxa. Y por las noches... —La cara roja de Harry sorprendió a Hope—. Bueno, es para dejarte a solas con Mark. Me di cuenta de que os gusta hablar a los dos de vuestras cosas y no quería molestar.

Hope también enrojeció, pero fue al darse cuenta de que Harry había percibido su interés por Mark.

—Es cierto que nos gusta hablar al final de la noche de nuestras cosas, pero tú también puedes participar.

Harry hizo una mueca, como si estuviera valorando qué prefería hacer.

—Bueno. Podría quedarme alguna que otra noche con vosotros.

—¿Eso significa que te gusta este lugar?

Harry se quedó pensativo y luego asintió. Pero a Hope no le valió eso como respuesta, quería que se abriera a ella y le dijera qué era lo que él quería. Luego, sopesaría qué era mejor, perder a su hermano o perder a Mark.

—Harry —le dijo apretando su mano y haciendo que le mirase a los ojos—. Sé que no has sido completamente feliz aquí y lamento no haberte hecho todo el caso que necesitabas. Solo estaba tratando de conseguirnos una vida mejor. Y, sobre todo, lamento haber dejado que mis sentimientos por Mark se interpusieran entre nosotros. Eres mi hermano y la única familia que me queda, por lo que siempre debes ser lo primero en mi mente.

Harry la miró estupefacto y con los ojos y la boca bien abiertos. Luego se relajó, sonrió y le dijo a su hermana.

—Pero ahora somos tres en la familia, Hope. No podemos dejar solo a Mark.

Entonces fue Hope la que mostró una expresión de sorpresa. Sobre todo, cuando Harry continuó hablando:

—Además, ahora esta es nuestra casa.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Me gusta este lugar y me gusta Mark, aunque a veces sea un mandón.

Ambos hermanos se rieron y Hope acarició la cara del pequeño. Adoraba a ese hombrecito y con cada día que pasaba más se sorprendía de lo mucho que maduraba.

—Hope —la llamó casi en un susurró—. Te quiero, y yo también deseo lo mejor para ti. No soy tan niño para no darme cuenta de cómo le miras, sabes.

Hope sintió como le quemaban las mejillas.

—Yo... Bueno, me agrada y creo que él también siente algo por mí.

—Yo diría que estáis enamorados —refirió con una sonrisa traviesa.

—¡No!... Es decir... puede que un poco.

Harry soltó una carcajada hasta que el dolor en las costillas le hizo gemir.

—No debes decir esas cosas —dijo Hope preocupada por la expresión de dolor en el rostro de Harry.

—No soy ciego, Hope. Y tú no eres tonta.

Hope se quedó pensativa mientras reflexionaba seriamente sobre las palabras de Harry. ¿Eran tan evidentes sus sentimientos por Mark? ¿Se habría dado cuenta Mark de ellos? ¿Él sentiría lo mismo? Y lo más importante de todo, ¿por qué no se había parado a pensar en ellos seriamente hasta ese momento?

Pero de todas estas preguntas, solo la respuesta de una la inquietaba.

—¿De verdad crees que está enamorado de mí?

—¡Claro! ¿Por qué piensas que se metió en la mina medio derrumbada a por mí?

—¿Qué? —Hope se quedó petrificada al escucharle.

—Creía que lo sabías. —Cuando Hope negó con la cabeza Harry comenzó a contarle lo que él conocía—. ¿Sabes que me refugié de la nieve en la mina? —Hope volvió a asentir—. Bueno, pues la entrada de la mina se hundió dejándome dentro.

Hope volvió a cogerle de la mano al ver la angustia en su cara.

—No recuerdo más que frío y dolor, hasta que escuché a Mark llamándome. Cuando logré abrir los ojos, él me tenía abrazado y me decía que me iba a sacar de allí. Luego, cuando le dije que quería irme a casa, me dijo que me llevaría junto a ti.

El corazón de Hope se derritió al escuchar las palabras de su hermano pequeño. Sin poder posponerlo por más tiempo, echó sus brazos alrededor de Harry y lo abrazó. Harry hizo lo mismo y ambos se dieron un gran abrazo.

—Te quiero, Harry —dijo Hope—. Eres el mejor hermano del mundo.

—¿Aunque no te obedezca siempre y me meta en líos?

Hope sonrió a pesar de notar como las lágrimas le surcaban el rostro.

—A pesar de ello. —Y cogiendo la cara de Harry entre sus manos le aseguró—: Siempre tendrás un lugar especial en mi corazón. ¿Lo sabes, verdad?

Harry asintió.

—Mark dijo que éramos su familia. ¿Crees que él también me querrá lo suficiente para dejarme vivir aquí?

Hope sonrió y le besó en la frente.

—Estoy segura de ello. Además, ¿cómo podría resistirse a esa cara de pilluelo?

Harry sonrió y su rostro cambió mostrándose más sereno. Hope se percató que con sus palabras le había quitado un gran peso de sus hombros y se dijo que Harry necesitaba que todos los días, tanto ella como Mark, le dijeran que lo querían y que formaba parte de esa familia.

Y así, quizás en unos meses, Harry dejaría de dudar y sabría con certeza que ese era su hogar y que lo amaban.

En ese instante, Mark llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—¿Puedo pasar? —preguntó—. No quiero interrumpir nada.

—Mark, justo ahora estábamos hablando de ti —le dijo Harry sonriéndole. Algo que agradó a Mark y le hizo

entrar, curioso.

—¿Y qué decíais?

Hope no supo qué fue lo que le impulsó a hacerlo, pero no pudo resistirse y se acercó a Mark para abrazarlo con todas sus fuerzas.

Mark por un instante se sorprendió y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero por suerte pudo mantenerse en pie. Luego, sin entender nada se quedó parado abrazando a Hope, mientras miraba a Harry para que le contara qué estaba pasando.

Por su parte, Harry se encogió de hombros, como diciendo que nadie entendía a su hermana, y le compensó con una sonrisa pícaro que despistó más a Mark.

—Gracias por lo que hiciste por mi hermano —le dijo ella.

Mark iba a agregar que no fue nada y que ya se lo había agradecido, cuando ella continuó hablando:

—Harry me ha contado que entraste en la mina sin importar que te quedaras enterrado vivo. Si no hubiera sido por ti...

Hope se estremeció al darse cuenta del alcance de lo que Mark había hecho. No solo había logrado salvar a su hermano, sino que además había arriesgado su vida al hacerlo.

Al estar en los brazos de Mark se dio cuenta de lo que Harry le había dicho. Era cierto que, en su interior había un sentimiento de agradecimiento, pero había más.

Estar en los brazos de Mark hizo que su corazón latiera con más fuerza y, con la cabeza en su pecho, podía escuchar como sus latidos golpeaban de la misma manera.

Ella lo miró a los ojos comprobando como Mark la estaba observando. La tensión entre los dos era palpable y ella no pudo resistirse a colocar sus brazos alrededor de su cuello. Luego, dejó que Mark acercara sus labios a los de ella.

Cuando sus bocas se tocaron, pudo sentir las mariposas en su estómago revoloteando a gran velocidad, aunque el beso solo duró un instante. Un beso fugaz que la había sacudido con la misma intensidad con que un trueno sacude el cielo.

Hope podía sentir el nerviosismo de ambos, pero cuando sus labios se separaron y ella lo volvió a mirar a los ojos, vio una sonrisa en el rostro y un brillo de felicidad en sus ojos.

Y algo más, vio aquello que hasta entonces se había negado a ver: él la quería.

—Ahora ya está en casa —dijo él mientras le apartaba un mechón suelto de su recogido.

—¿Es eso cierto? —preguntó sin recordar que estaban frente a Harry—. ¿Estamos en casa?

—Sí —aseguró Mark sin dudar—. Si no lo creyera, no lo habría dicho.

—Oh, Mark —dijo Hope con lágrimas de felicidad en su rostro—. No sabes lo mucho que significa para nosotros. Nos encanta este lugar y pensamos que ya eres parte de nuestra familia, ¿verdad, Harry?

Al escucharla Mark sintió como si alguien lo elevara del suelo y se sintiera flotar. ¿De verdad lo consideraban como un miembro más de su familia? ¿Pero era por amor o por agradecimiento? El beso y el rostro de Hope le decía que era amor, pero ya se había equivocado con Bethany y no quería volver a cometer el error de entregar su corazón si no estaba completamente seguro que le correspondían.

Aunque una vocecita interior le decía que ya era demasiado tarde para eso, pues ya estaba enamorado profundamente de esa mujer.

—Claro que eres de los nuestros —le aseguró Harry sonriendo.

Al escuchar a Harry volvió a la realidad y le devolvió la sonrisa.

—Me siento muy honrado de que me aceptéis en vuestra familia —dijo en un tono tan formal que acabaron todos riendo.

—Y ahora como parte de esta familia, debes asegurarte de que esta sea la mejor Navidad en muchos años —indicó Hope.

—Bueno, no sé cómo fueron las vuestras —comenzó a decir Mark—. Pero os aseguro que estás serás las mejores de mi vida.

Hope le acarició la mejilla con la mano y le dedicó una cálida sonrisa que lo dejó con las piernas temblando.

—Entonces habrá que ir a por un árbol y tendremos que hacer pudín y cazar un enorme pavo y...

—Espera, jovencito —le detuvo Hope al ver como su hermano se alteraba al hacer la lista de cosas pendientes—.

Te recuerdo que el médico dijo que no podías moverte durante un tiempo.

—Pero, Hope... Hay que prepararlo todo —le dijo desanimado.

—¿Qué te parece si saco mi viejo trineo para que nos acompañes cuando tengamos que salir y le pedimos a Tilxa que nos ayude? —propuso Mark.

La cara de Harry se volvió a iluminar y a punto estuvo de dar un salto en la cama.

—¡Sí!

A Hope no le agradaba mucho esa idea, pero conocía a su hermano y sabía que sería imposible mantenerlo en la cama mientras ellos preparaban la Navidad.

—Está bien —dijo convencida—. Celebraremos la mejor cena de Navidad que se ha visto en años.

Harry comenzó a gritar eufórico y Mark le miró con un brillo en los ojos que Hope sintió como su mundo se volvía del revés.

Era como si pudiera ver a un hombre totalmente diferente. Uno que dejaba ver todas las cosas buenas que albergaba en su interior al bajar sus defensas. Y se alegró, porque eso significaba que habían logrado llegar hasta su corazón.

Observó a Harry y a Mark riendo y hablando sobre qué árbol cogerían y qué necesitaban para decorarlo y se dijo que, por fin, después de muchas penurias, podía asegurar que eran felices.

Hope suspiró y miró a su alrededor. Se podía notar un cambio en la casa. Entre la llegada de la Navidad y el corazón de Mark saliendo de su cáscara marchita, las cosas parecían diferentes. Los tres finalmente podrían disfrutar de unas fiestas... en familia.

## Capítulo 25

### Noche de Navidad

**T**ras múltiples preparativos la cena de Navidad había llegado.

Durante todo el día Hope se había afanado en preparar todo lo necesario para la cena y se había esmerado en limpiar la casa. Una vez bañada y arreglada, se encontraba parada en el vano de la puerta de la sala de estar contemplando orgullosa el resultado.

La estancia olía a limón, a cera de abeja y al pino que se quemaba en la chimenea.

Mark, Tilxa y Harry en su trineo, habían hecho un buen trabajo al elegir el árbol de Navidad, y este lucía espléndido en una esquina junto a la chimenea.

Dando unos pasos hacia el interior se fijó en los pequeños detalles que decoraban el árbol y sonrió al recordar la maravillosa tarde en que los cuatro lo habían adornado.

Aún podía escuchar las risas de Tilxa y Harry, y de como Tilxa devoraba sus galletas de chocolate junto a un gran vaso de leche. Por lo que Hope sabía, Tilxa no estaba muy acostumbrado a celebrar la Navidad, y fue muy agradable vivirla a través de sus ojos emocionados.

De hecho, Tilxa pasaba tanto tiempo en la granja junto a Harry, que Mark le había preparado su propio catre en la habitación de Harry. Desde entonces era frecuente que se quedara a pasar la noche y que ambos muchachos estuvieran hasta altas horas de la madrugada hablando.

Hope estaba encantada por el cambio que se apreciaba en todos, especialmente en Harry, pero también en Mark que vivía pendiente de agradecerla con pequeños detalles.

Encantada con cómo funcionaban las cosas, repasó con cuidado la mesa de la estancia, comprobando que todo estuviera dispuesto para los ocho comensales.

—Hope, ¿de verdad tengo que ponerme estas ropas? —Harry apareció por la puerta acompañado de su inseparable muleta, con su mejor traje y recién bañado, aunque sus rizos pelirrojos seguían revueltos e indomables.

—Por supuesto. Hoy es un día especial y además tenemos invitados.

—Pero sí son los de siempre —refunfuñó él.

—Aun así. También vendrán elegantes y no querrás aparecer ante ellos como un pordiosero.

Harry, prudente, prefirió callarse lo que de verdad pensaba y se acercó a su hermana. Por unos instantes ambos hermanos se quedaron parados frente a la mesa, observando la vajilla buena, las copas de cristal, las servilletas de lino a juego con el mantel y los detalles que la hacían una obra maestra.

—¿No te recuerda esta mesa a las Navidades de cuando eras pequeño? —le preguntó Hope todavía absorta en sus recuerdos de noches de brindis en familia.

Harry asintió, aunque notó el pequeño nudo que siempre se le formaba en el corazón al no poder recordar a su madre. Le hubiera gustado tener algún recuerdo de ella, de su cabello, de su sonrisa o su olor, pero por mucho que lo intentaba le resultaba imposible.

Y siempre, por estas fechas, ese pesar se hacía un poquito más profundo. Pero, además, ese año, como en los anteriores, se sumaba a ese nudo el dolor que sentía por la pérdida de su padre.

—Me gustaría que papá estuviera aquí —susurró Harry mirando el árbol de Navidad.

Hope lamentó en el apto haberle traído malos recuerdos a su hermano, pero no quería que olvidara sus otras Navidades en familia. Incluso así, sabía que ese tema era delicado, más por esas fechas, por lo que quiso evocar momentos en que se sintieron realmente felices, como si fuera bueno conmemorarlo.

—Él estaría encantado del árbol. Os habría acompañado y hoy habría preparado su famoso ponche de huevo —dijo mientras rodeaba a Harry con un brazo y le frotaba el hombro.

Harry sonrió al traerle esas palabras algunas imágenes de Navidades pasadas.

—Recuerdo como trinchaba el pavo y a mí siempre me ponía el primer trozo.

—Sí —respondió Hope riendo—. Siempre decía que estabas creciendo y necesitabas el doble de comida que nosotros.

Durante unos segundos el silencio los cubrió, al estar sumidos en sus pensamientos, hasta que Harry la sorprendió con sus palabras.

—Estoy feliz de celebrar junto a Mark la Navidad. Creo que papá estaría contento de que estemos con él y que ahora forme parte de nuestra familia.

Hope sintió un hormigueo en su estómago, pues ella también pensaba lo mismo, pero sobre todo porque, a pesar de que se habían dicho en más de una ocasión que eran familia, la verdad era que no lo eran.

De hecho, Hope se preguntaba qué pensaba Mark de ella, ya que no le había comentado nada sobre el matrimonio.

Sabía que Mark le había pedido por carta que se casara con él, pero ya hacía meses desde su llegada y él no le había pedido formalizar su relación. Y ese detalle, de mucha importancia para ella, le hacía dudar de cuál era su función en la casa o qué esperaba Mark de ella.

Sobre todo, cuando la miraba como si quisiera atravesarle el alma, la acariciaba con sutileza cuando se juntaban sus manos al coger un vaso o cuando la sonreía y le traía regalos.

—Yo también lo creo —respondió mientras envolvía con sus brazos a Harry y deseaba que pronto se resolvieran sus dudas.

—Por cierto, ¿dónde está Mark? —preguntó Harry soltándose de su abrazo.

Al escuchar a su hermano, Hope recordó que debía mantener a Harry ocupado en la casa hasta que llegara Mark. Y por lo cerca que estaba la hora en que llegarían los invitados, Mark no debía tardar mucho.

—Creo que estaba asegurándose de que los animales estuvieran bien. De todos modos, se fue arreglado, por lo que no creo que pueda hacer mucho.

—¿A él también lo has obligado a ir elegante?

—¡Hey! —protestó Hope dándole un pequeño empujón, ya que con la muleta Harry podría perder el equilibrio—. Yo no he obligado a nadie.

—A mí, sí —soltó mostrando su pícara sonrisa.

El sonido de pasos acercándose a la casa señaló la fulminante llegada de Mark. Por suerte, solo Hope se había percatado de ello, y antes de que Harry lo notara intentó distraerlo.

—Harry, por qué no me ayudas a revisar bien los adornos del árbol.

El muchacho encantado se acercó al árbol, tocando las guiraldas de colores que Tilxa, Hope y él hicieron, mientras Mark se reía de las formas rocamboleras que tenían algunas.

Pero nada impidió que escuchara los pasos de Mark al acercarse. Solo que cuando Harry se volvió para ofrecerle una sonrisa de bienvenida, se quedó paralizado al ver lo que este sostenía.

Frente a ellos, bajo el marco de la puerta, Mark sonreía complacido por la reacción de Harry. Tanto él como Hope habían acordado darle esta sorpresa, pero no se había imaginado que lo dejara petrificado.

—Es...es... —consiguió decir Harry.

—Es tu regalo —le aclaró Hope colocándose a su lado.

Cuando el regalo en cuestión comenzó a gemir y a mover las patas, inquieto, la reacción de Harry cambió. Fue como si algo en él se conectara y salió disparado hacía el cachorro que Mark sostenía entre sus brazos.

—¿Es para mí? —inquirió.

—Así es. Es nuestro regalo de Navidad —le ofreció el cachorro a Harry que lo sostuvo olvidándose de la muleta que acabó en el suelo—. Aunque ponerle un gran lazo rojo fue idea de tu hermana.

Mark miró con cariño a Hope que ilusionada observaba a su hermano riendo, mientras el perro le lamía nervioso la cara.

—Gracias, gracias, gracias. Es el mejor regalo del mundo. Ya verás cuando lo vea Tilxa —dijo Harry mientras abrazaba al animal.

El cachorro se mostraba feliz en brazos de su nuevo dueño que lo contemplaba despacio. Se notaba que era de una raza grande, por lo enorme que eran sus patas y cabeza a pesar de ser solo un cachorro. También mostraba unas

orejas caídas, una expresión juguetona y un pelaje tupido de color arena.

Su rabo se movía a una velocidad sorprendente mientras sus patas abrazaban a Harry y su lengua se esforzaba en no dejar ni un milímetro de rostro por lamer.

—Creo que voy a llamarlo Bola, por lo gordo que está.

—No me extraña que esté gordo, no ha parado de comer desde que lo trajeron esta tarde —soltó Mark acariciando la cabeza del perro que dejó de lamer la cara de Harry para intentar lamer su mano.

—¿Lleva aquí toda la tarde? —preguntó extrañado Harry al no haberse dado cuenta.

—En realidad, lleva solo un par de horas en el granero —le aseguró Mark.

—Entonces debe estar hambriento.

Y sin más, se marchó con Bola en sus brazos. Ni se dio cuenta de que su hermana estaba justo tras él, ni de las sonrisas de ella y de Mark.

—No le des el pavo para comer —le dijo a modo de broma Hope.

—Claro que no. —Escuchó como su hermano le gritaba desde la cocina—. Le voy a dar el jamón que sobró de la cena de ayer.

Hope soltó un gemido de desaprobación y entre risas, Mark le dijo:

—Creo que ese perro nos va a salir muy caro.

—Solo espero que no crezca mucho. —Por la forma en que Mark la miró supo que no tendría suerte.

Cuando Hope volvió a mirar a Mark, parecía que este la estaba viendo bajo una nueva luz. Era como si estuviera percibiendo en ella algo desconocido y fascinante, por lo que no pudo evitar sonrojarse.

—Gracias por dejarle tener un perro —habló Hope.

—Fue mi idea regalárselo —le dijo como si eso aclarara su postura.

—Lo sé. Y te agradezco que hagas todo lo que está en tus manos para hacer que esta también sea nuestra casa.

—Es que esta es vuestra casa.

Mark quería abrazarla, besarla y no dejarla marchar nunca. No sabía muy bien cuando había sucedido, pero lo cierto era que estaba total y desesperadamente enamorado de ella.

Con solo mirarla, su corazón daba vuelcos descontrolados y las manos le sudaban. No podía evitar quedarse embozado admirándola, mientras se preguntaba cómo había tenido la suerte de que una mujer tan maravillosa y hermosa hubiera acabado junto a él.

Ajena a estos pensamientos Hope se dio la vuelta. Había notado como sus hermosos ojos la observaban, consiguiendo que su corazón se acelerara. Es más, tuvo que apartarse por prudencia, al no saber qué sucedería si seguía un segundo más cerca de él.

Estaba tan impresionantemente arreglado con su mejor traje que a Hope le costaba no mirarle. Su cara bien afeitada y su cabello peinado le daban un porte más elegante y guapo, aunque también le gustaba ese otro Mark con ropa más desgastada, barba de un día y despeinado.

Pero Mark no permitió que se alejara de él y la sostuvo de una mano.

Hope no esperaba que la detuviera, por lo que se paró y se giró para mirarle. Solo entonces se percató de que la estaba mirando directamente a los ojos, serio.

Mark se quedó por un segundo contemplándola. Estaba radiante con su elegante vestido verde jade, como el color de sus ojos. Llevaba el cabello recogido en un exquisito peinado, aunque al igual que su hermano, su rebelde cabello se negaba a quedarse quieto, y por ello, llevaba enmarcada la cara con mechones que se le habían soltado.

Estaba tan preciosa, que mirarla era como mirar una estrella.

No podía soportarlo más. Decidió que ya había esperado demasiado para asegurarse de que ella fuera suya. Y ese era el mejor momento para dar el gran paso.

Algo nervioso, Mark se puso de rodillas para asombro de Hope que se quedó paralizada y sin poder dejar de mirarle. Se tapó la boca con una mano para evitar jadear y sintió como si todo a su alrededor se detuviera, quedando solo ellos dos.

—Hope... Desde que recibí tu carta mi vida ha cambiado. Tú has conseguido que vuelva a amar y a creer en mí. En desear un futuro y en sentir que formo parte de algo. —Mark calló por un instante para tragar el nudo que se le había formado en la garganta—. Pero sobre todo has hecho que mi corazón sepa lo que es amar. Lo que siento por ti

no lo he sentido por nadie más, y estoy seguro que jamás volveré a sentirlo si no es a tu lado. Te amo, Hope Dobbs, y me harías el hombre más feliz si aceptaras ser mi esposa.

Por un segundo Hope se quedó en silencio asimilando lo que acababa de escuchar.

Él la quería. Mark Turner la amaba y le estaba pidiendo que fuera su esposa. Justo lo que llevaba anhelando durante meses.

Al ver que Hope no contestaba Mark se empezó a impacientarse y a repasar sus palabras. ¿Le habría dicho algo que no le había agradado?

Entonces vio como el rostro de Hope se iluminaba con la más radiante sonrisa que él le había visto. Que las lágrimas comenzaran a caer por sus mejillas no le importó, porque esa sonrisa le decía todo lo que necesitaba saber.

Ella le amaba.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Por supuesto que sí! —le dijo y acto seguido se lanzó a sus brazos.

Mark ya sabía que era de carácter impulsivo, por lo que no solo no se extrañó, sino que la recibió encantado entre sus brazos, estrechándola con fuerza.

Ambos estaban tan emocionados, que ninguno supo qué decir. Simplemente permanecieron abrazados muy fuerte, él uno junto al otro, hasta que Mark le dio un beso largo y profundo.

—Te quiero, Mark —dijo ella una vez que dejaron de besarse.

—Yo también te amo, Hope —aseguró Mark, feliz de que hubiera aceptado, pues podría tenerla en sus brazos para siempre—. Y aún tengo algo para ti.

—No tenías que haberlo hecho. Acordamos que solo le regalaríamos a Harry.

Sin decir nada más sacó del bolsillo derecho de su chaqueta una pequeña cajita dejando muda a Hope.

—Quería que fuera una sorpresa. —Sin decir más le ofreció la cajita a Hope junto con una brillante sonrisa.

—Pero yo no te he comprado ningún regalo —dijo ella.

—Me has hecho el mejor de los regalos al decirme que sí.

Mark la volvió a besar impidiendo que las manos temblorosas de Hope abrieran la cajita. Un beso breve, pero abrasador que consiguió estremecer a Hope hasta el punto de que por unos segundos se olvidara de la cajita que sostenía.

—Si sigues besándome no voy a poder abrirla nunca.

Ante su reproche revestido de broma ambos rieron. Unos instantes después, por fin Hope pudo ver el interior.

Un precioso anillo con un pequeño diamante la dejó impresionada. No solo por la belleza de este, sino porque a pesar de su sencillez emanaba de él elegancia.

—Era de mi madre. Lo guardé todo este tiempo esperando a que llegaras.

—Mark —dijo emocionada ante las tiernas palabras de su futuro esposo—. Eres tan amable conmigo.

—Tendrás que acostumbrarte. Ahora que voy a ser tu marido pienso mimarte todos los días y decirte cada mañana lo hermosa que eres y cuanto te amo.

Hope se sonrojó al imaginarse despertando a su lado cada amanecer, durante el resto de su vida. Y la visión le encantó al sentirlo como si un sueño se hiciera realidad.

—Y yo prometo ser la mejor esposa del mundo —respondió con una mirada soñadora en sus ojos.

—Con que seas tú, será maravilloso. No cambies nada de ti, Hope, porque eres simplemente perfecta.

—Te amo, Mark. —Volvió a declararle, lo abrazó y buscó sus labios.

Fue entonces cuando el ruido de un carro acercándose los sacó de su pequeña burbuja de felicidad y recordaron que esperaban invitados.

—¡Hope, ya están aquí! —gritó Harry desde su habitación, siendo acompañado su grito por el ladrido de Bola.

En el acto ambos se separaron y sonrieron ante el jolgorio que se había formado en la casa en unos segundos. Con Harry gritando y cojeando hacia la puerta y Bola ladrando mientras daba brincos a su alrededor.

—Creo que será mejor que nos vayamos acostumbrando a todo este escándalo —soltó Mark divertido, mientras le cogía de la mano a Hope.

Ella por su parte se mostraba muy preocupada por el aspecto de su vestido y su peinado, pero cuando sintió como él acariciaba su mano con un dedo, levantó los ojos para encontrar los de él.

—¿Preparada para recibir a nuestros invitados? —le preguntó dejando claro que esa casa ya era de ella, aunque

todavía no estuvieran casados.

—Preparada —asintió mostrando una gran sonrisa.

Segundos después la señora Baxter, Alan y Martha entraron a la casa, portando regalos y bendiciones.

Fueron recibidos por los cuatro habitantes de la casa, que sonreían tan jubilosos que los invitados solo tardaron tres segundos en saber que había sucedido algo.

A Hope le hubiera gustado decírselo en privado a Harry, pero cuando Mark y Hope comunicaron su enlace la felicidad en la cara de su hermano no dejó dudas de que se alegraba por ellos.

Los abrazos y felicitaciones fueron el comienzo de una celebración que comenzó con unas copas de ponche, hasta que llegaron los dos invitados que faltaban. Tilxa y su padre Nalkar.

Solo entonces supieron lo que era tener una casa repleta de ruido, gritos, risas y ladridos, a la vez que comida y bebida en abundancia.

Esa noche la casa de los Turner cobraba de nuevo vida, con tanta intensidad que a Mark le costaba creer que pudiera ser la misma.

Recordaba como solo unos meses atrás su vida era triste y vacía y en ese momento, sin embargo, tenía a su alcance todo lo que había deseado.

Cuando una vez sentados a la mesa, Mark le ofreció el primer trozo de pavo a Harry, y este le miró como si le hubiera ofrecido el cielo, tuvo la certeza de que todo iría bien con su nueva familia.

Puede que no fuera perfecta, y más porque Bola se había empeñado en morderle los zapatos, pero era completamente suya.

Complacido y orgulloso, miró a Hope, que estaba sentada frente a él presidiendo la mesa, y reía ante algún comentario de Tilxa o de Harry. Y supo, sin lugar a dudas, que había recibido el mejor regalo de Navidad.

---

<sup>[1]</sup> La Reserva India Flathead, se encuentra al oeste de Montana, en Estados Unidos, muy cerca del Parque Nacional de los Glaciares. En ella habitan los Salish, Kootenai y los Pend d'Oreilles, las tribus que forman la Tribus Confederadas Salish y Kootenai de la Nación Flathead. La reserva fue creada en 1855 a través del Tratado de Hellgate.

<sup>[2]</sup> «Hombre cuervo» en el idioma Kutenai. Kutenai o Kootenai es el nombre de una de las tres tribus que componen la reserva india de Flathead.

<sup>[3]</sup> El nombre del lago y de la reserva india coinciden, al llevar la reserva india el mismo nombre que el lago.